

CRISTINA PERI-ROSSI

Antología



*LA AUTORA

Cristina Peri Rossi nació en Montevideo (Uruguay) el 12 de noviembre de 1941 y en 1972 se exilia en España, escapando de una dictadura. Estudia música y biología y es graduada en Literatura Comparada. Eligió Barcelona para vivir el exilio "que fue una experiencia larga, dolorosa, totalizadora", en el que tarda casi diez años en hacer de su experiencia personal y comprometida una alegoría, cae en una nueva dictadura que ella denomina la del amor, de la que le salva la ironía y la ternura, la pasión por la palabra cercana y vibrante que nos remite a una continua exploración de los sentimientos y los hechos cotidianos.

Un exilio que fue una pasión, tan fuerte como el amor, porque para los obsesivos, "lo importante es la pulsión, no el objeto". Y en esa ciudad "pragmática y soñadora al mismo tiempo" sigue viviendo. Aunque el exilio ya ha acabado, aunque puede volver. Porque tal vez el Montevideo recordado, añorado, deseado, ya no existe: "... las casas de los sueños son de aire y flotamos en ellas, náufragos de nosotros mismos". Irremediablemente condenados a soñar y a buscar.

La literatura de Cristina Peri Rossi es una búsqueda obstinada, ineludible de las palabras para decir el sueño y la nostalgia del origen,

del antes "de que el grito fuera canto, antes de que el rugido fuera sonido articulado", de todos los paraísos de los que hemos sido desterrados.

Su obra narrativa comprende *Viviendo* (1963), *Los museos abandonados* (1968), *El libro de mis primos* (1969), *Indicios pánicos* (1970), *La tarde del dinosaurio* (1976), *La rebelión de los niños* (1980), *El museo de los esfuerzos inútiles* (1983), *La nave de los locos* (1984), *Una pasión prohibida* (1986), *Solitario de amor*, *Cosmoagonías* (1988), *La última noche de Dostoievski* (1992) y *Desastres íntimos* (1997).

De su obra poética destacan *Evohé* (1971), *Descripción de un naufragio* (1974), *Diáspora* (1976), *Lingüística general* (1979), *Europa después de la lluvia* (1987), *Babel bárbara* (1991), *Otra vez Eros* (1994), y *Aquella noche* (1996). Ha publicado también un ensayo titulado *Fantasías eróticas* (1990)..

Todo lo que supe de ti lo aprendí en los libros
y a lo que faltaba, yo le puse palabras...

Cristina Peri Rossi, nace en Montevideo (Uruguay) el 12 de noviembre de 1941, Licenciada en Literatura Comparada, comienza su carrera literaria en 1963 con la publicación de su libro de cuentos *VIVIENDO*. Más tarde, estudia música y biología.

En 1972, se exilia en España, obteniendo la nacionalidad española en el año 1975 sin perder su nacionalidad uruguaya de origen.

Las razones que llevaron a Peri Rossi al exilio fueron el ser una escritora revolucionaria contraria al régimen militar que, en la década de los 70, regía en su país. En 1973, Pacheco, presidente de Uruguay hasta entonces, escoge un mal sucesor que acaba dando paso a una tremenda dictadura militar, apoderándose del control total durante los doce años de su mandato.

Los efectos de la mencionada dictadura fueron nefastos para todos los que allí vivían, de forma tal que cualquier forma de libertad de expresión cultural o política, fue suprimida. A consecuencia de estas fuertes presiones, miles de personas se vieron forzadas al exilio, entre ellas, nuestra autora: Cristina Peri Rossi.

Ha sido profesora de literatura, traductora y periodista, y sus obras han sido traducidas a nueve idiomas. Actualmente vive en Barcelona (España). En 1994 recibió la Beca John Simon Guggenheim para la literatura de ficción. Ha colaborado con el Periódico de Catalunya, los diarios *El País* y *Diario 16*. En la actualidad colabora como columnista con el *Diario El Mundo*.

Cristina Peri Rossi ha sido galardonada con los más prestigiosos premios literarios entre los que se encuentra el Premio Internacional de Poesía Rafael Alberti, concedido en el año 2003.

OBRAS (Orden cronológico)

1. Viviendo. Montevideo: Alfa, 1963. Cuentos.
2. Los museos abandonados. Montevideo: Arca, 1968. Cuentos.
3. El libro de mis primos. Montevideo: Biblioteca Marcha, 1969. Novela.
4. Indicios pánicos. Montevideo: Nuestra América, 1970. Cuentos.
5. Evohe. Montevideo: Girón, 1971. Poesía.
6. Descripción de un naufragio. Barcelona: Lumen S.A., 1974. Poesía.
7. La tarde del dinosaurio. Barcelona: Plaza y Janés, 1976. Cuentos.
8. Diáspora. Barcelona: Lumen S.A., 1976. Poesía.
9. Lingüística general. Valencia: Prometeo, 1979. Poesía.
10. La rebelión de los niños. Caracas: Monte Ávila, 1980. Cuentos.
11. El museo de los esfuerzos inútiles. Barcelona: Seix Barral, 1983. Cuentos.
12. Cristina Peri Rossi. Valencia: Quervo, 1984. Crítica.
13. La nave de los locos. Barcelona: Seix Barral, 1984. Novela.
14. Una pasión prohibida. Barcelona: Seix Barral, 1986. Novela.
15. Europa después de la lluvia. Madrid: Banco Exterior de España, 1987. Poesía.
16. Solitario de amor. Barcelona: Grijalbo, 1988. Novela.
17. Cosmoagonías. Barcelona: Laia, 1988. Novela.
18. Fantasías eróticas. Madrid: Temas de Hoy, 1989. Novela.
19. Acerca de la escritura. Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza, 1991. Ensayo.
20. Babel bárbara. Barcelona: Lumen S.A., 1991. Poesía. del Premio Ciudad de Barcelona 1991
21. La última noche de Dostoievski. Madrid: Mondadori, 1992. Novela.
22. La ciudad de Luzbel y otros relatos. Madrid: Compañía Europea de Comunicaciones e Información, 1992. Cuentos.
23. Otra vez Eros. Barcelona: Lumen S.A., 1994. Poesía.
24. Aquella noche. Barcelona: Lumen S.A., 1996. Poesía.
25. Primer amor. Cuento. En: Madres e hijas. Freixas, Laura (ed.) . Barcelona: Anagrama, 1996. Cuentos.
26. Inmovilidad de los barcos. Vitoria: Bassarai Ediciones, 1997. Poesía.
27. Desastres íntimos. Barcelona: Lumen S.A., 1997. Cuentos.
28. Poemas de amor y desamor. Barcelona: Plaza y Janés, 1998. Poesía.
29. Las musas inquietantes. Barcelona: Lumen S.A., 1999. Poesía.
30. El amor es una droga dura. Barcelona: Seix Barral, 1999. Novela.
31. La semana más maravillosa de nuestras vidas. Cuento. En: Otras voces. Barcelona: Egales, 2002, pp. 153–174. Cuentos.
32. Cuando fumar era un placer. Barcelona: Lumen, 2003. Novela
33. Estado de exilio. Madrid: Visor de poesía, 2003. Poesía
34. Mi querido Cronopio. Omega. 2003. Novela

35.El pulso del mundo. Montevideo. Trilce. 2003. Selección de artículos periodísticos aparecidos en prensa.

36. La maldad de escribir, 9 poetas latinoamericanas del siglo XX. Antología en la que aparece la autora, incluida en primer lugar, seguida de escritoras de la talla de: Blanca Varela, Olga Orozco, Fina García Marruz, Cecilia Meireles, Mar di Giorgio, Ana Cristina César, Amelia Biagioni y Elsa Cross.

***ENTREVISTAS**

CREACION

Cristina Peri Rossi y la poesía

Contra la fugacidad de lo efímero

Residenciada en España desde 1972, Cristina Peri Rossi encuentra a finales del año 2002 dos motivos de celebración: su cumpleaños y el Premio Internacional de Poesía Rafael Alberti, que le otorgaran en Madrid el pasado 17 de diciembre por su libro Estado de exilio. En esta página conversa con Nidia Hernández, quien además ofrece una selección de la obra poética de esta escritora uruguaya

Peri Rossi: "La poesía es, o no es, nace, o no nace"

Un año más tarde...

El 12 de noviembre del año 2001, Cristina Peri Rossi (1941), me comentaba feliz la reedición, 25 años más tarde, de su libro de poemas publicado en 1975, Descripción de un naufragio, que coincidía con su cumpleaños número 60: "me alegra que esta segunda edición la hayan hecho estando viva, hoy por cierto, me van a hacer una entrevista para la televisión por mis 60 años".

Un año más tarde, para celebrar esta vez sus 61 años, compartimos con los lectores de Verbigracia algunas respuestas que nos diera Peri Rossi para nuestro programa La maja desnuda, así como una breve selección de su obra poética.

Cristina Peri Rossi acaba de terminar un libro sobre el cigarrillo y las mujeres, que saldrá en marzo, en Lumen (su título probable: Fumar es (era) un placer), mantiene varios performances con su poesía por diferentes ciudades de España, además de escribir sistemáticamente en El Mundo de Catalunya.

Poesía y vida...

"Intento que la vida y la poesía sean la misma cosa: es una propuesta romántica, y sé que soy una romántica controlada, apenas, por la razón. En La Bohème, de Puccini, cuando Mimi le pregunta a Alfredo qué hace, éste contesta: 'Soy un poeta, y vivo como escribo'. Ese es mi lema. La poesía (que no sólo está en los versos, está en una mirada, en un paisaje, en unas ruinas, a veces hasta en el horror, en el dolor, en el cine y en algunas novelas, pocas) hace que valga la pena vivir. La poesía es intensidad, y a la vez, es una lucha contra la fugacidad de lo efímero, del instante, de la muerte, en suma.

La poesía es, o no es; nace, o no nace. Es muy difícil proponerse deliberada o voluntariamente escribir poesía y conseguir un buen poema. Yo creo en la inspiración: de pronto, en la madrugada oscura, despertarse con un verso que sale del inconsciente y nos susurra al oído una música, una emoción, un sentimiento. Para mí (romántica, al fin) la poesía nace de la emoción, de la intensidad. Primero se siente, después se escribe. Pero no puedo reducir la emoción a la experiencia: también hay emoción en las ideas, en la ciencia, en la técnica. A veces, un descubrimiento biológico (el gene de la adicción, por ejemplo) me ha emocionado tanto como el reencuentro con un amigo. O el funcionamiento de un ordenador, una máquina con la que había soñado en la infancia. Cuanto mayor es el registro de nuestras emociones, estamos más vivos, y por lo tanto, más poesía. Yo suelo llamar 'estado de gracia' al momento en que me doy cuenta de que estoy a punto de poema. El poema sale solo; no tengo que trabajarlo. Es como la música".

Misión de la literatura...

"La misión de la poesía o de la literatura en general podría ser; dar testimonio de la vida, de lo soñado, de lo sufrido, de lo gozado. Dicho de otro modo: dejar huella, para que los seres humanos de otras generaciones, de otras latitudes, puedan reconocerse, identificarse, o conocer lo diferente, lo contradictorio, lo opuesto. Es inconcebible la historia de la humanidad sin la poesía. Reconocemos que nos hemos enamorado porque en alguna canción, en algún poema alguien contó qué se sentía, cómo era. Cuando a Bécquer –según una de sus rimas – la mujer amada le preguntó qué era poesía, contestó sagradamente: 'Poesía eres tú': poesía es subjetividad".

A un joven poeta...

"Yo le recomendaría a un joven poeta, que viva intensamente, que lea intensamente, y que no confunda la poesía con el verso. Rilke ya escribió la Carta a un joven poeta, que suscribo. La poesía es un estado de ánimo y puede convertirse en cine, en relato, en hacer el amor, en mirar o en fumar de determinada manera. Es una esencia y una forma".

(Conversación con Nidia Hernández en el programa de poesía La maja desnuda de la Emisora Cultura de Caracas 97.7 FM).

**"Diferencias negociables", entrevista con Cristina Peri Rossi
(fragmento)
por Reina Roffé**

(...)

– *¿Europa después de la lluvia es su libro más lírico y melancólico?*

– En Europa después de la lluvia la unidad es de visión: la mirada melancólica sobre Europa, especialmente sobre una ciudad, Berlín, en la época del muro. Es la mirada de una extranjera, es decir, de alguien separado, no integrado. El libro surgió durante mi estancia en Berlín, en 1980, gracias a la invitación de la Deutsche Akademischer Aussendienst, una invitación muy generosa, que permite residir en Berlín y escribir (o no: es una elección personal) subvencionadamente. Yo, que era una exiliada en Barcelona, me enamoré de la ciudad de Berlín. Era una ciudad simbólica, onírica: dividida en dos por un muro, como ocurre en los sueños repetitivos, donde un obstáculo impide siempre el goce. Apollinaire, que había visitado la ciudad durante la Primera Guerra Mundial, escribió que ya entonces Berlín era la ciudad más triste del mundo. A mí no me pareció triste, sino melancólica, romántica (en el sentido estético del término. No podemos olvidar, además, que el romanticismo, como sensibilidad, surgió precisamente en Alemania) y profundamente lírica. No conocía la lengua, pero podía comunicarme con el paisaje, con sus íntimas cafeterías, con su silencio sólo cortado por el sonido tintineante del agua. La armonía de la ciudad me fascinaba. Alguien me contó, entonces, que la ciudad había sido reconstruida, después de los horribles bombardeos, por las mujeres. En efecto: la ciudad había quedado sin hombres, a causa de la guerra, y las mujeres levantaron con sus propias manos una ciudad a la medida de los seres humanos: los edificios no tienen más de tres plantas, hay una plaza llena de árboles en cada esquina, y en invierno, en los jardines de Charlottenburg, los empleados del Ayuntamiento colocan semilleros en los árboles, para que los mirlos y los demás pájaros no mueran de hambre. Además, Berlín no era una ciudad industrial, y eso me resultó completamente gratificante. Por las ciudades industriales no se puede pasear, ni salir a caminar: están hechas para los medios de transporte, no para los peatones. Y yo soy una peatona vocacional. Alguien dijo (ya no recuerdo quién) que las ciudades son estados de ánimo. Años después, me di cuenta de que yo había

conseguido con Europa después de la lluvia la melancolía de la ciudad, atrapar su lirismo, su romanticismo.

—En Europa después de la lluvia, título que se corresponde con el nombre de uno de los cuadros del pintor surrealista Max Ernst, hay un poema, "Aquí todavía todo está flotando", que es un homenaje a este pintor. ¿Piensa, como alguna vez dijo Julio Cortázar, que el surrealismo ha ejercido en usted una fuerte influencia y le ha servido para desarmar modelos?

—No siento ninguna simpatía por el surrealismo literario. En literatura, no soporto la arbitrariedad. En cuanto al "juego", del cual tanto ha escrito Huizinga y el propio Cortázar, es un símbolo. No hay ningún juego inocente. Hasta cuando Karpov se enfrenta a Deep Blue, las interpretaciones se multiplican: el hombre enfrentado a la máquina, la inteligencia natural y la artificial, etc. Todo jugador sabe (y yo soy una jugadora aficionada) que en cualquier partida, en cualquier apuesta, en cualquier pase, se juegan muchas más cosas que las aparentes. Nadie juega sólo dinero, sólo fichas, sólo dados. Y los juegos de palabras, o los lapsus, son muy significativos. El surrealismo en pintura me gusta un poco más, aunque también le exijo significación, no azar o pirueta. "Aquí todo está flotando" es un pequeño dibujo de Max Ernst muy poco conocido. Tan poco conocido que mi traductora alemana, que no lo había visto nunca, tuvo que recurrir a una especialista en Max Ernst para obtener el nombre original del cuadro (el verbo flotar, en alemán, se escribe de diferente manera, según signifique flotar en el aire o flotar en el agua). Lo que me apasiona, en cambio, es la facultad humana de simbolizar, génesis del lenguaje. Me extasia contemplar una cruz, por ejemplo. ¿Suma, cristianismo, farmacia? Me enamoro de palabras, en cualquier lengua. Y de las voces que las pronuncian. Creo que las palabras son pequeños fetiches. De ahí a inventar símbolos y vocablos sólo hay un paso.

—En este libro usted presenta su visión de la Europa contemporánea a través de la mirada de una extranjera. ¿Continúa pensando que "aquí todavía todo está flotando"?

—El dibujo de Max Ernst me resulta fascinante: un navío inclinado, entre el mar y el cielo. No se sabe si está a punto de volar o de naufragar. Reino de la ambivalencia, del doble sentido. Tampoco sabemos a qué se refiere el "Aquí". ¿Al mar? ¿Al aire? ¿A Europa? ¿A la humanidad? Quise poetizar esa ambigüedad en el mito y en la historia de Europa. (Sin olvidar que Max Ernst pintó, también, ese terrible cuadro de destrucción, caos e infierno que es "Europa después de la lluvia", alusión, sin duda, a la Segunda Guerra Mundial). Escribí el libro cuando Maastrich todavía no se había diseñado, pero la unidad

européa comenzaba a esbozarse, como mito y como plan económico. El libro recoge los dos sentimientos que puede inspirar este continente al mismo tiempo: las filias o las fobias. Procuré que mi mirada fuera la de una extranjera, cosa nada difícil, si tenemos en cuenta que nací en Montevideo, vivía en Berlín, no hablaba alemán ni inglés, pero me subyugaban los bosques de la ciudad, sus lagos y la pintura de Caspar David Friedrich, un pintor casi desconocido en España, entonces. (También padeció un largo período de ostracismo en Alemania, aunque a partir de 1980, aproximadamente, su pintura ha vuelto a considerarse como lo mejor del romanticismo alemán y europeo). Pero mi sentimiento de extranjería era relativo. Mis bisabuelos, tanto los maternos como los paternos, eran europeos, la educación que recibí era imitación de la francesa y Montevideo fue, con Buenos Aires, la ciudad más europea de América Latina. El primer indio que vi en mi vida fue en Berlín: un pintor indígena exiliado, chileno. Yo entonces tenía más de treinta años. Me licencié en literatura comparada, europea, aunque muchos de mis escritores favoritos eran norteamericanos. Creo que las mezclas son muy sabias, son muy buenas, y mis antepasados estaban un poco revueltos. De todos modos, es una suerte que me guste la ópera italiana tanto como el blues, Wagner y Barbra Streissand, Poe y Kafka.

(...)

*La presente entrevista forma parte del libro *Conversaciones americanas* de la escritora y periodista argentina Reina Roffé (Páginas de Espuma, Madrid, 2001).

Cristina Peri Rossi, poeta, novelista y ensayista **"Las grandes novelas del siglo XX se han escrito en el cine"**

Cristina Peri Rossi (Montevideo, 1941) cultiva diversos géneros literarios y por ello se considera una escritora total. Comenzó publicando libros de relatos y con su cuarto libro y primera novela, "El libro de mis primos", consiguió el reconocimiento en Uruguay y la amistad de Julio Cortázar, que quiso conocer a la autora de una obra que se parecía tanto a un original suyo que, según le confesó más tarde, tuvo que tirar después de leer su libro. El erotismo y la transgresión sexual de su primer libro de poemas, *Evohé* (1971), supusieron un pequeño escándalo en su época. Esa provocación y transgresión está siempre presente en sus relatos, novelas, poemas o ensayos, en los que también se hace patente la crítica a un sistema patriarcal que la autora rechaza.

“El exilio te enseña a vivir solamente con lo imprescindible”

Desde su exilio, obligada por la dictadura de su país en 1972, la escritora acarrea ya 19 mudanzas a sus espaldas, y en estos momentos está viviendo la última de ellas. “Una mudanza de un escritor equivale a un incendio”, dice citando a Carlos Fuentes. En uno de sus poemas afirma: “El exilio te enseña a vivir solamente con lo imprescindible”, aunque lo imprescindible no es siempre poco, añade. Para esta escritora, el afán de conocimiento es lo que la mantiene joven y viva, “incluso por encima de conocer cosas dolorosas o negativas, está el placer de haber entendido algo”.

Dejó Uruguay obligada por la situación política del país en 1972, y ahora hace más de 30 años que vive en Barcelona. ¿Se puede volver al lugar de antes del exilio o se pierde irremediabilmente en el camino?

Volver estrictamente nunca se puede volver, puedes volver al lugar geográfico, pero no al tiempo, y lo que uno quiere realmente es volver al tiempo que dejó. Hay 30 años en los que yo no he vivido en Uruguay; físicamente el lugar es el mismo, pero cambió el tiempo, cambié yo. Ahora estoy bien, no me planteo volver. Desde el punto de vista legal ya no soy una exiliada, pero metafóricamente, el exilio es “estar fuera de”, y como no estoy de acuerdo con el sistema político en el que vivo, ni con la economía en la que vivo, ni con muchas de las cosas del mundo en el que vivo, puedo decir que estoy exiliada de algunas cosas. En general creo que el lugar de la escritura es el lugar del exilio, el lugar de la observación, del no-integrado; si yo no me integro, puedo observar mejor. Para el escritor es un lugar difícil, complicado para vivir, pero es muy fecundo literariamente.

“Una manera de hablar es una manera de sentir”. ¿Qué significa para usted la lengua, en su caso española, y con ella, su acento –uruguayo – además de ser el instrumento de su trabajo?

El acento no lo pierdo, no lo cultivo, pero forma parte de mí y de mi identidad. Me siento rara cada vez que hablo otra lengua, he sido traductora de francés muchos años, pero cuando lo hablo me siento otra persona. Cuando uno se exilia tiene que haber una isla en la cual mantiene su identidad, algunos pequeños reductos que tengan que ver con lo que uno fue, para que el exilio no signifique una esquizofrenia, un corte radical en el que uno se convierte en otra persona.

Muchos consideran la poesía intraducible. Usted es poeta, y ha trabajado de traductora. ¿Cómo ve las traducciones de sus poemas a otros idiomas?

A veces he peleado mucho con mis traductores por encontrar la palabra exacta que defina lo que yo digo, sin encontrarla. Sin embargo, cuando se traduce un poema se recrea, y no por ello se desmerece, a pesar de que hay casos límite, claro. Se pierde una parte, siempre se pierde la sonoridad, y a veces se pierde incluso el ritmo, pero finalmente podemos disfrutar de grandes poetas que de otra forma no podríamos leer en la lengua original.

¿Qué cosas le faltan por contar, y no quiere dejar de hacerlo?

No me lo planteé a los 20 años, ni a los 40, pero ahora me planteo si vale la pena escribir ciertas cosas terribles que han ocurrido, que se escriben para investigar la condición humana y, sobre todo, para comprender los casos límite. Por ejemplo, acerca del periodo de la represión en Uruguay y en Argentina, hay historias reales terribles, pero completamente novelescas, que permitirían crear grandes personajes. Me estoy planteando seriamente: “¿Vale la pena el esfuerzo de ponerme mal, de ponerme en situaciones psicológicas muy límite?”.

No se escribe por dinero, ni por fama

Lo pienso a esta edad, porque parece que llega un momento en que la literatura y la vida están en oposición. No se escribe por dinero, ni por fama. A veces sostengo que la Literatura es una rama de la Pedagogía, puesto que hay en el fondo un deseo de servir a la Humanidad, de que los horrores retratados no sucedan “nunca más”, como tituló Sábato la investigación sobre los desaparecidos en Argentina, pero por desgracia la Historia demuestra que todo se repite.

¿Podría existir un mundo sin literatura? ¿Es la literatura algo distinto a la vida?

Nunca ha existido un mundo sin literatura, pero la mayoría de la gente puede vivir sin literatura, lee muy poco, llegan a ser ricos, presidentes, jueces, sin leer... ahora bien, la gente que a mí me interesa, lee. Creo que leer enriquece, aunque en algunos casos también puede hacer daño. De todas maneras, en la actualidad está el cine, y yo creo que las grandes novelas del siglo XX se escribieron en el cine, mucho más que en la literatura. La poesía, no obstante, es diferente, porque no se puede llevar al cine. Quizás lo que pase en el futuro es que exista una especie de novelística comercial para entretenimiento, y después quede la poesía como el territorio de la intimidad y el espacio insustituible.

Uno de sus poemas dice: "Escribo porque olvido / y alguien lee porque no evoca de manera / suficiente". ¿Se establece una relación más directa entre el lector y el escritor de poesía, que entre el lector y el escritor de novela?

El lector de poesía es el mejor lector, porque no quiere que le cuenten cuentos. El mismo lenguaje te lo dice: de "novela" salió la palabra "novelería", que es "tontería", pero de poesía no puede salir nada. Faulkner decía que cualquier persona de cultura media puede escribir novela. Basta con colocar una sucesión de hechos en un libro y tienes una novela. Pero un buen poema... ah, no, eso no lo hace cualquiera... El lector de poesía es un soñador, es un melancólico, es un nostálgico de ese ser completo que no tenemos. Nunca somos seres completos, siempre tenemos un sentimiento de falta y es ese lugar donde está la poesía.

¿Cree que se viven buenos tiempos para la poesía?

Sí, porque no tiene que ver con el número de lectores. Yo he observado que la gente va a los recitales de poesía, y que va a escuchar y cierra los ojos... es como si en las sociedades por suerte más ateas, el recital cumpliera la función de los templos, de lo religioso. Esa comunicación directa entre poeta y el lector, entre la voz poética y el oyente, es muy necesaria, por eso defiendo que los poetas aceptemos esta función de lectura pública de la poesía.

Se intenta que los libros sean productos de masas, ¿tanto importa subir el índice de lectura? ¿o es el índice de venta de libros lo que interesa?

Es un índice de ventas, está claro. Hay una relación siempre entre el mercado y la escritura. Lo que hay que intentar es mantenerse en una zona de libertad. El escritor sabrá qué elige. A mí muchas veces me han ofrecido un premio literario si escribía tal novela de tal manera, y yo no la he escrito, yo defiendo que por lo menos éste es un espacio en el que hago lo que quiero.

¿Qué opina de los críticos?

La función del crítico es muy importante si orienta bien al lector. Su función es orientar hacia los reales valores de la literatura. Pero me pregunto por la formación de esos críticos, ¿de dónde han salido? ¿qué estudios tienen? En ningún diario sale la crítica a una operación que ha hecho un médico o a un señor que fabrica zapatos y, sin embargo, salen críticas a veces despiadadas a libros, o libros muy

importantes son pasados por alto, de manera que no hay que tomar muy en serio a los críticos.

¿Cómo compra los libros de otros? ¿Por qué?

Como lectora me guío por el olfato. Si abro un libro al azar y la frase está bien escrita lo compro. Si la frase chirría, no. La primera obligación del escritor es el oído. Tiene que ser un músico de su lengua. En general ahora no leo muchísimo, he leído mucho en mi vida, pero llega un momento en que eliges, seleccionas. Lo curioso es que como tengo intereses muy diversos me puedo pasar días enteros leyendo sobre las cosas más variopintas: ajedrez, opera, dinosaurios...

¿Qué haría para fomentar la lectura en los adolescentes?

El interés por la lectura tiene que ser de orden afectivo y emocional. Surge cuando el chico o la chica siente que los libros le hablan de algo que le concierne. No se debe enseñar históricamente la literatura. La literatura tiene que ser lúdica. Se puede iniciar a los estudiantes con textos llenos de humor. Tienen que entender que la literatura tiene que ver con la vida, pero si empiezan con el Mío Cid, difícilmente lo van a entender. Por otro lado yo pondría una asignatura fija de cine, les haría ver ciertas películas, y a partir de eso que leyeran la novela de la película.

Usted ha sido profesora y ha sido invitada en numerosas ocasiones a dar conferencias y cursos en varias universidades, ¿cuál debe ser el papel de la universidad hoy en día?

La universidad tal y como está ahora la borraría del mapa. No funciona, es esclerosada, no hay investigación real, y existen demasiadas jerarquías. La universidad que yo deseo, y en la que trabajé antes del exilio en Uruguay, es una universidad que tiene que ver más con la idea de la paideia (educación) griega. El aprendizaje tiene que ser a través del diálogo y del trabajo en común, pero no es lo que pasa en la universidad española.

Entrevista por Isabeltxu Ojeda Cruz

Hoy nuestro contacto es con la escritora Cristina Peri Rossi, de la cual se habló, y mucho, en España, por la presentación de su última novela, "El amor es una droga". El diario El País de Madrid comenzaba diciendo, por ejemplo: "Un fotógrafo llega a los 50 con adicción a varias sustancias y con el corazón maltrecho. Después de

una cura de desintoxicación, se retira al campo. Pero un día va a la ciudad y conoce a una chica muy bonita que lo conduce al abismo".

Así presentaba brevemente esta novela El País de Madrid, que fue, además, presentada en sociedad el pasado 18 de setiembre.

La presentamos, primero, en Barcelona, donde la presentó Manolo Vázquez Montalbán, a quienes ustedes conocen por sus numerosos viajes a Montevideo. Y después, Vicente Berrut la presentó en Madrid. Te voy a aclarar que la crónica de El País, hecha muy rápido tiene un pequeño error. El título de la novela es "El amor es una droga dura", que es como se le llama, como tú sabés, a las drogas "fuertes", a la cocaína y a la heroína, a diferencia de las drogas "blandas".

¿Y es cierto que tú dijiste que te llevó toda la vida escribir esta novela?

Sí, pero fue la contestación a uno de los tantos periodistas que preguntan "cuánto tiempo le llevó escribir este libro". Yo creo que cualquier libro lleva toda la vida, en la medida en que un libro es un resumen de todas las experiencias que uno ha vivido hasta ese momento, de todo lo que ha leído, de todo lo que ha vivido, de sus propias contradicciones, de todo el ser hasta ese momento. Como si pudiéramos en la computadora un tema, y saliera toda la información que viene no solamente de la conciencia, sino también del inconsciente.

Por eso la respuesta fue "toda la vida". Pero la podría haber dado acerca de cualquier otro libro.

Es una historia de pasión, y de pasión aún a costa de la salud.

Sí. Lo que los románticos llamaban "la pasión por el abismo", ¿no? Y de lo que nosotros somos todavía herederos. Esto lo decía Borges, que afirmaba que el romanticismo no era solamente un movimiento estético de determinado período conocido con el nombre de "Sturm und Drang" ("tormenta y pasión"), sino que era una sensibilidad. Y creo que los uruguayos tenemos bastante herencia también a través de Italia. Es una novela sobre la pasión, sobre la pasión de un hombre que tiene un problema cardíaco y que tiene que decidir si se retira al campo a llevar una vida más mansa, confortable y tranquila, o si sigue viviendo como le gustaba vivir antes, aún a riesgo de perder la vida. Que, de todas maneras, siempre la vamos a perder. Porque eso es verdad.

Hagamos un poquito de memoria en este espacio en que, además de enterarnos de esta última novela tuya, queríamos...

Que, por suerte (y quiero decirlo con mucha satisfacción), va a llegar pronto a Uruguay porque se va a publicar en la Argentina. Así que voy a tener la alegría de que va a llegar pronto a Uruguay.

Haciendo un poco memoria: desde que te radicaste en España, ¿viviste siempre en Barcelona?

Sí. Se puede decir que permanentemente he estado en Barcelona, excepto en un período en que tuve una de esas maravillosas invitaciones –quizá la mejor invitación para escritores, en el año 1980–, de la Deutscher Peremischer Austandient, de Berlín, cuando todavía existía el muro, que invita cada año a un escritor no europeo, a un músico, a un director de cine. Y en 1980 me tocó a mí.

Tuve el privilegio y la gran suerte de vivir en Berlín (a pesar de no saber ni una palabra de alemán ni de inglés, pues yo sólo conozco las lenguas latinas). Para mí fue una experiencia realmente emocionante porque encontré en Berlín muchas cosas que creía perdidas al haberme ido de Montevideo. Sobre todo, el tipo de gente que vivía entonces en Berlín. En esa época, cuando existía el muro, no existía servicio militar si se residía en Berlín. Entonces, todo los chicos jóvenes contestatarios que no estaban de acuerdo con el sistema de servicio militar, la juventud que se podía pensar que era heredera de los ideales de la modernidad y del año 68, estaba en Berlín. Para mí fue una experiencia muy rica, de la cual salió, además, un libro de poemas que se llama "Europa después de la lluvia" y parte de mi novela "La nave de los locos".

Me hablás de Berlín, y tenemos todavía la noticia fresquita del Premio Nobel de Literatura para Günther Grass. ¿Cómo lo recibiste? ¿Qué te pareció?

A mí me parece correcto. Entre los candidatos que había, me parece que se lo merece, sobre todo porque ha sido un intelectual muy coherente. Quizá es la única voz disidente que todavía queda en Alemania, el único intelectual (no el único, pero el más importante), y muy en solitario, que defiende los viejos ideales de fraternidad, libertad, que tantos han traicionado.

No muy querido en su país, ¿no?

Fue discutido. Pero él tiene que hacer el papel del intelectual. El ha asumido el papel que tenía el intelectual durante la Ilustración, es decir, criticar el sistema, sea cual sea el sistema. Criticar todo aquello que es injusto, estemos en el sistema en que estemos. El ha sido muy fiel a ese principio y lo sigue siendo, aun a costa de lo que puede ser el cariño o no. Tampoco podemos aspirar a que nos quiera todo el

mundo. Yo, ¿para qué quiero que me quiera Pinochet? ¿Para qué quiero que me quiera Hitler? No podemos aspirar a que nos quiera todo el mundo. Que nos quieran aquellos cuyo cariño significa una apuesta por nosotros mismos y la confianza.

Volviendo a tu ciudad, a Barcelona...

Gracias por lo de "tu ciudad", ¡pero mi ciudad es Montevideo!

Sí, ya sé. Además, venís casi todos los años, ¿no es así?

La verdad es que tengo el premio "Ciudad de Barcelona", de lo cual estoy enormemente orgullosa. En 1992 me dieron ese premio por un libro de poemas firmado "Mabel Bárbara" y que tiene la virtud de que es un premio al que uno no se presenta. En ese premio concursan todos los libros publicados durante ese año y un jurado decide cuál es el mejor. Me lo dieron cuando se cumplían 20 años de mi llegada a la ciudad. O sea que me lo tomé como un homenaje simbólico, aunque posiblemente los que me adjudicaron el premio no tenían la menor idea de que se cumplían esos 20 años.

¿En qué zona de Barcelona vivís?

En este momento vivo en un barrio que está bastante cerca de la Diagonal, que es la Gran Vía, como si dijéramos 18 de Julio. Pero vivo en esta zona —que es una zona intermedia, de clase media—; sobre todo porque tiene una plaza adelante. Barcelona, como las grandes ciudades europeas, es una ciudad superpoblada, con problemas de contaminación. Y tener una plaza con unos arbolitos enfrente, aunque te parezca mentira, es un privilegio. Entonces, cuando me asomo al ventanal, veo la plaza, veo los arbolitos (que, además, son raquíticos porque aquí llueve poco y la tierra es poco fértil). Pero, de todas maneras, es algo muy importante tener algo de verde alrededor, en una ciudad que es muy hermosa pero que está construida con asfalto y cemento y hierro.

Es una ciudad, de todos modos, que te ha cautivado, no te has movido de ella, no has querido dejarla.

Tengo una relación ambivalente, como se tiene con todas las ciudades donde uno se exilió y que no eligió por motivos turísticos. Barcelona, además, ha cambiado mucho. Y la Barcelona que más me gusta es la de estos últimos años. A partir de las Olimpíadas la ciudad ha cambiado mucho. No solamente se embelleció, porque la verdad es que la gestión del Ayuntamiento socialista ha sido espléndida: limpiaron todos los edificios, convirtieron en peatonales muchas calles; sobre todo,

se preocuparon por que este problema de la contaminación, de la falta de espacios verdes, e intentaron un "pacto" entre la necesidad de expansión de los automóviles y la construcción de edificios, y, digamos, el aspecto humano de la ciudad.

En estos últimos años, de 1992 hasta ahora, la ciudad ha pegado un gran cambio, y yo creo que también los catalanes, que es una gente muy discreta, muy respetuosa de la vida privada, pero que a veces parecían un poco fríos. Ahora, sobre todo porque se ha convertido en un gran escaparate de compra y venta y de negocios, son más simpáticos.

¿Tenés tus costumbres cotidianas de ciudadana muy arraigada, cosas que hacés semanalmente, cosas que te gusta hacer en Barcelona?

Yo soy muy "barriera", me gustan mucho los barrios. Lo que pasa es que en estas ciudades grandes el barrio existe poco. Aunque Barcelona los conserva. En la parte en que estoy viviendo ahora, no es tanto el barrio, sino que un edificio enorme de unos 600 o 700 departamentos. No se puede hacer vida de barrio, pero en los otros lugares en que he vivido en Barcelona he tenido, por ejemplo, la cafetería, donde voy de mañana a desayunarme y donde la gente del barrio me reconoce y a veces va la televisión a filmarme.

Entonces, la he tenido que sustituir por otras cafeterías que me gustan mucho. Costumbre montevideana y que en Barcelona se tiene poco porque la gente vive de manera muy acelerada, realmente con falta de tiempo para conversar con los amigos. Hay ciertos lugares que para mí son emblemáticos, que son como fetiches, y lamentablemente veo que a veces los destruyen con mucha rapidez. Aquí todo se construye muy rápidamente. Pero como soy muy sentimental y muy tanguera, hay lugares...

El otro día estaba en la consulta del médico, porque quería algo para la gripe, y una señora de unos 70 años, me dice: "Hola, Cristina". Yo no la reconozco. "Cristina Peri Rossi", dice. "¿Usted no se acuerda de mí?" "No", le respondo. Y me dice: "Soy la cajera de...", y me nombra una confitería a la que yo iba muy a menudo. Y dice: "¡Las veces que la vi escribir en esa confitería! Yo era la cajera. Pero me jubilé". Esas cosas son tiernas y a mí me emocionan. Yo creo que son las cosas por las que vale la pena vivir. Pero en las grandes ciudades se pierden estas cosas.

¿Desayunás siempre fuera de casa?

Aquí los horarios son distintos. Justamente, en estos días está aquí una gran amiga uruguaya, Cristina Medina, que vino a la presentación de mi libro, a quien deben conocer porque es ayudante de dirección teatral, y hablábamos de los horarios distintos a los de Uruguay que

hay en las comidas. Aquí se almuerza a las 3 de la tarde. Entonces, los uruguayos, que tenemos la costumbre de almorzar antes, a las 12 del día estamos muertos de hambre. Por lo tanto, nos vamos a tomar algo, un segundo desayuno antes del almuerzo.

¿Y en esos lugares escribís, tenés inspiración fácil? ¿No te interrumpe la televisión ni la gente que te saluda?

No. Yo tengo la facilidad de que puedo escribir en cualquier lugar donde me sienta cómoda. Lo que sí es cierto es que las veces que he intentado escribir fuera de Barcelona me ha sido más difícil. Viví un tiempo en Sevilla y me costó bastante escribir ahí porque la luz es distinta, el entorno es distinto. Y el problema es que, después de haber añorado tanto Montevideo, no tengo ganas de irme a otro lugar a añorar a Barcelona... Al fin y al cabo, los seres humanos somos animales de costumbres. Y Barcelona tiene para mí un encanto particular, que es que tiene un puerto y para mí es muy difícil... Estuve presentando el libro en Madrid, y Madrid está bellísima, hermosa, elegantísima, es una gran ciudad, mucho más cosmopolita que Barcelona, por cierto, y tiene una luz maravillosa, una luz casi montevideana. Y, sin embargo, le falta el mar.

Barcelona ahora se ha abierto al mar —,porque estaba de espaldas—, y era una cosa que a los uruguayos nos volvía locos, y decíamos: "¿Cómo es posible tener el mar y construir de espaldas al mar?" Lo que está frente al mar en Barcelona es el cementerio judío, que se llama Montjuic ("monte de los judíos"), que sería el equivalente a nuestro Cerro. Pero vivían de espaldas al mar, mucho más vinculados con la tierra. Casi todos los barceloneses tienen un abuelo rural, del campo, de la Cataluña profunda. Y están mucho más relacionados con la cultura rural que con la cultura portuaria, que es una cultura de tránsito, de novedades, un poco más de mundo que se mueve.

A partir de las Olimpiadas, Barcelona se abrió al mar. Yo le he dedicado varios poemas, en mi último libro, que se llama "Inmovilidad de los barcos", a esta apertura al mar que era tan necesaria para la ciudad.

Además de los libros que publicaste, y que acabás de publicar en España, ¿seguís colaborando con revistas y con diarios españoles?

Sí. No sé si se leen en Montevideo, porque yo no tengo control sobre eso, sino que lo tiene la agencia, que es EFE, que tiene un servicio que se llama "Grandes firmas", en el que somos diez o doce escritores (está Octavio Paz, y estuvo un tiempo Bioy Casares), y la única mujer soy yo. Es un servicio que vende el artículo. En esos artículos puedo hablar sobre lo que quiero con total libertad, ya sea sobre lo social, lo político o lo cultural. Yo hago un artículo mensual y

sé que la agencia lo vende en todas partes. Sé que a veces lo venden en Venezuela, pero no tengo control sobre ellos. Simplemente yo los remito y ellos los revenden. Esa es una de las formas de estar presente. Además, colaboro esporádicamente mucho en diarios y revistas locales, tanto de Madrid como de Barcelona.

Hablando de Cataluña, de los catalanes y de Barcelona, me imagino que a esta altura hablás el catalán como el español...

Te imaginás mal porque soy una gran lectora de lenguas latinas y, además, una gran admiradora del provenzal, que es el origen del catalán; pero hablo muy mal y, como ves, conservo el acento uruguayo inconfundiblemente. Creo que se me nota porque cada vez que subo a un taxi me preguntan de dónde soy, y normalmente creen que soy porteña porque les cuesta mucho distinguir el acento porteño del montevideano.

El catalán lo entiendo. Por ejemplo, si me invitan a un programa en el Canal Autonómico catalán, que sólo se emite en catalán, me hacen las preguntas en catalán y yo contesto en castellano. Pero es porque yo tengo gran dificultad para hablar cualquier lengua que no sea la "barriobajera" de Montevideo.

"El amor es una droga dura" es la última novela de Cristina Peri Rossi, que tendremos, como ella misma lo anunciaba, pronto por aquí. Y seguramente tendremos a la propia Cristina, que suele venir en el verano, ¿no?

Sí. Aprovecho, generalmente, diciembre. El año pasado estaba escribiendo esta novela, que terminé el 25 de enero, y es un período de gran actividad aquí porque a los catalanes les cuesta mucho imaginar la Navidad y el año nuevo en verano. Es un período de gran actividad, aquí, pero espero poder ir este año. Mi gran ilusión es poder ir este año en un momento de diciembre.

* Entrevista realizada por la estación de radio El Espectador, Uruguay 4 de octubre de 1999. Transcripción de Fernando Iglesias.

***ARTICULOS**

**Peri Rossi escoge a Juana de Ibarbourou
Gustavo Ayala**

La poesía de mujeres ha sido, muchas veces, transgresora, escandalosa, lúdica y maldita, desde Safo, la matriarca, hasta nuestros días, con Alejandra Pizarnik o yo misma. Cada poeta funda su tradición, dijo Octavio Paz, y en mi tradición este poema es un origen, una raíz.

La poesía modernista en Uruguay (donde nació Juana de Ibarbourou) tuvo grandes voces femeninas, todas transgresoras: el erotismo velado de Delmira Agustini, por ejemplo, que murió asesinada por su esposo, o sea víctima de la violencia de género.

Juana gozaba, sin embargo, de la aprobación masculina, quizás por su extraordinaria belleza: tuvo el apoyo de Juan Ramón Jiménez, fue bautizada como "Juana de América" y propuesta por él como candidata al Nobel.

Este poema me asombra desde el título, por la concepción de una identidad femenina burlona, desafiante, orgullosa, nada convencional. El mito del barquero de los infiernos, Caronte, presente en la literatura y en la pintura desde lo antiguo (habría que recordar, por ejemplo, los siete cuadros pintados en serie por Bocklin con el título de La isla de los muertos) y el viaje de las almas al Infierno es tratado con absoluta falta de solemnidad, de manera lúdica, burlona, juguetona, irrespetuosa: rebelde.

Esa rebeldía es a los papeles tradicionales adjudicados por la cultura y el orden patriarcal ("siniestro patriarca", llama a Caronte), frente al cual ella se siente libre y "salvaje".

La fuerza de ese adjetivo es importante, porque se trata, justamente, de las almas de los muertos que imploran, son sumisas. El escándalo es la transgresión, es el desafío, es la irrupción de lo femenino, vivo, carnal, sensual y erótico en medio de la muerte. Otra vez, Eros y Tanatos pero aquí, Eros es una mujer poeta que asume toda la fuerza de su voz y de su pasión, de su desacato.

* Texto de Cristina Peri Rossi, del libro Centuria de Visor de poesía

Rebelde

Caronte: yo seré un escándalo en tu barca.
Mientras las otras sombras recen, giman o lloren,
y bajo tus miradas de siniestro patriarca
las tímidas y tristes, en bajo acento, oren,

yo iré como una alondra cantando por el río
y llevaré a tu barca mi perfume salvaje,
e irradiaré en las ondas del arroyo sombrío
como una azul linterna que alumbrara en el viaje.

Por más que tú no quieras, por más guiños siniestros

que me hagan tus dos ojos, en el temor maestros,
Caronte, yo en tu barca seré como un escándalo.

Y extenuada de sombra, de valor y de frío,
cuando quieras dejarme a la orilla del río
me bajarán tus brazos cual conquista de vándalo.

(De Las lenguas de diamante, 1950)

Multiculturalismo y tolerancia **Por Cristina Peri Rossi**

El concepto de cultura es uno de los más difíciles de definir desde la antigüedad. Numerosos filósofos, pensadores y sociólogos han propuesto distintas definiciones, pero algunas resultan demasiado amplias y otras, demasiado estrechas. Con la irrupción en Europa de los inmigrantes (fenómeno inverso al habitual: siempre habían sido los europeos hambrientos, perseguidos o ansiosos de ganancias quienes habían emigrado) la palabra multicultural se ha puesto de moda y los medios de comunicación plantean numerosos debates en torno al fenómeno que ocurre en las calles, en los barrios: la convivencia con el otro o la otra, las diferencias, la tolerancia o la intransigencia.

La definición más amplia y extendida de cultura la dio Octavio Paz hace muchos años: dijo que eran las costumbres, los usos, los «cultivos» y los saberes de cualquier comunidad, que, según decía, abarcaban desde la poesía hasta la manera de enterrar a los muertos, los ritos, las danzas, la ciencia o la política. Creo que es una definición demasiado amplia y confusa que, en su afán de abarcar casi todas las actividades humanas, induce a error. El diccionario, en cambio, es más claro: dice que cultura es el resultado o el efecto de cultivar los conocimientos humanos y de afinarse por medio del ejercicio de las facultades intelectuales. Sólo en la cuarta acepción, en la que corresponde a la antropología, agrega: «Conjunto de valores y formas de la vida material y espiritual de un grupo étnico».

Si no nos ponemos de acuerdo acerca de qué es la cultura, el multiculturalismo corre el riesgo de convertirse en una caja de Pandora que todo lo encierra, que todo lo admite, incluso aquello que es una incultura. Lo quiero decir con toda claridad: en nombre del multiculturalismo no se pueden tolerar costumbres que atentan contra los derechos humanos o de los animales, contra la integridad física y psíquica de las personas. Porque costumbre y cultura no son lo mismo; muchas veces resultan antitéticos. Los hábitos, las costumbres, los rituales difícilmente son cultura: en la medida en que repiten de manera casi siempre alineada (es decir, acrítica) una serie de actos sostenidos

por la tradición son costumbres, pero no necesariamente cultura, ya que la cultura tiende al conocimiento, al progreso, al ejercicio de las facultades intelectuales, nunca al dogma, ni a la imposición, ni a la repetición. Si costumbre y cultura fueran la misma cosa, se podría dar el caso paradójico de que apalear negros formara parte de la cultura de algunos norteamericanos del Sur o que emborracharse y drogarse en las discotecas los fines de semana formara parte de la cultura de muchos jóvenes españoles. Y así sucesivamente: perseguir judíos formaría parte de la cultura alemana o perseguir palestinos, de la cultura judía. Amputar las manos de los ladrones, lapidar adúlteras o encarcelar a homosexuales sería parte de la cultura de algunos pueblos orientales, por ejemplo.

No: por encima de las costumbres, de las religiones, de los hábitos, de las creencias y de los rituales existen los derechos humanos, consagrados por las Naciones Unidas, y estos derechos inalienables, de hombres y de mujeres llegarán el día en que habrá que reconocer también los de los animales son la cultura superior, la universidad, la que debe regir en cualquier sistema político y debe ser respetada por todas las religiones, tradiciones o folclores.

La integridad física y psíquica del individuo, hombre o mujer es un derecho superior y sólo las culturas que lo respetan merecen ese nombre. El multiculturalismo es respeto, sí, pero no todo es respetable en una cultura determinada. Linchar negros es un acto de incultura, igual que los actos de violencia de los hinchas de fútbol o la violencia masculina contra las mujeres. ¿O debemos considerar que esa violencia forma parte de la cultura masculina porque el 48% de las mujeres europeas la han padecido alguna vez, según datos oficiales de la Unión?

La Historia se ha encargado de demostrar que no todas las costumbres o ritos son culturales: ha cambiado la forma de arar la tierra, de curar las enfermedades, de enseñar a los niños y de proteger a los disminuidos. Si las costumbres fueran cultura, seguiríamos en la edad de la caverna.

Multiculturalismo sí, pero mientras no atente contra los derechos fundamentales de cada individuo. Y, por otro lado, esos derechos que un individuo adquiere por el solo hecho de nacer deben ser respetados en las comunidades adonde llega o se establece. Es decir, si tiene que renunciar a la ablación de sus hijas, porque la ablación es un atentado a la integridad de mujer, también es acreedor a los derechos de la cultura a la cual llega: no puede ser explotado económicamente por ser extranjero y tiene que disponer de todos los beneficios de la nueva sociedad.

En la Historia de la Humanidad hubo culturas dominantes, y esa dominación se consiguió, casi siempre, por medio de la fuerza, de las armas. Aun así, la contaminación, el mestizaje fue inevitable: los romanos que vencieron en la guerra a los griegos, terminaron

seducidos por su cultura, y Leonor de Aquitania y sus cortesanas consiguieron imponer, en el Mediodía francés, la lectura, la escritura y el uso de cubiertos a los señores feudales cuyo instinto les llevaba sólo a batallar. Hoy, el multiculturalismo, en Europa, es la convivencia pacífica, democrática e igualitaria de ciudadanos de diferentes orígenes que adoptan, para subsistir, el pacto del respeto a las diferencias, la tolerancia con lo otro, pero aceptan, por encima de todo, los derechos humanos consagrados por las Naciones Unidas, forma de Gobierno universal que hemos adoptado para defender a los hombres y a las mujeres justamente de la intolerancia, de la prepotencia, de la desigualdad y de cualquier forma de tortura.

Parece mentira, diría mi abuela, que a principios del siglo XXI todavía sea necesario luchar por los valores de la Revolución Francesa, hasta en Europa.

Del mismo modo, el concepto de tolerancia tiene que tener límites. En realidad, todo lo existente tiene que tener un límite, de lo contrario se convierte en psicótico y hace la convivencia imposible. Debemos, y es beneficioso, tolerar las diferencias (amarlas ya es un grado sólo concebible en quien está muy seguro de sí mismo) mientras esa tolerancia no se convierta en complicidad con la incultura, con el crimen o con el atentado a los derechos fundamentales. Tolero que mi vecino escuche música rock, que no es la que me gusta, siempre y cuando lo haga con un volumen que no me impida ni leer, ni escribir, ni escuchar mi propia música. A su vez, me obligo a escuchar a mis cantantes favoritas de ópera sin que sus maravillosos agudos (que deben ser detestables para él) le impidan dormir, rascarse o descansar (creo que no lee). La tolerancia debe ser recíproca y con un límite preciso: los derechos individuales. Y esto se aplica a las diversas religiones, a todos los sexos en el mundo y a las culturas, cuando lo son. Porque no todo a lo que el regionalismo, el folclore y el localismo llaman cultura lo es. A veces, son sólo costumbres. Fundar una identidad en el costumbrismo puede dar beneficios políticos a algunos partidos, pero una identidad rígida es una forma de estancarse, de no crecer. De narcisismo, en definitiva.

Fuente: El Mundo. Febrero 2004

Vestida con la bandera uruguaya Cristina Peri Rossi

Soy celeste

El 10 de febrero, en Las Cocheras de Sants, de Barcelona, organicé un acto de celebración del triunfo del Frente Amplio en las últimas

elecciones. Me acompañaba la “guardia vieja”: los exiliados que todavía quedan en Barcelona y muy buenos amigos catalanes, actores, periodistas, políticos. Al final del acto, cuando se cantaban los himnos, Manuela de Madre, una excelente alcaldesa socialista de un barrio periférico de Barcelona, desenganchó la bandera frenteamplista del escenario, de veinticinco metros cuadrados, subió al estrado y me envolvió en ella, como regalo. Era la primera vez que yo me ponía una bandera en tantos años como exilios llevo conmigo. Me la llevé a casa y dormí con ella, como si fuera mi amiga. Los catalanes que me conocen desde hace mucho tiempo me miraban incrédulos: he escrito contra los nacionalismos y las identidades patrias. Pero también tengo mi corazoncito. Después, pensé que este acto final (la celebración y la bandera) correspondían, quizás, a una idealización: la distancia embellece.

Cualquier pregunta acerca de la identidad me parece retórica, si no se asienta sobre la afectividad. Yo, que llevo más de treinta años viviendo fuera de Uruguay, conservo el acento tal cual lo traje; en lugar de perderlo, influyo en mis amistades para que lo imiten. Por ejemplo, adoro que una madrileña me diga “hoy no voy al laburo” o una valenciana me diga “agarrá el vaso, andá”. Ser uruguayo es, como casi todo, una manera de hablar. Y una manera de hablar es una manera de sentir. ¡Cuántas veces le he reprochado a la lengua catalana que sólo use el verbo *estimar* por *querer*! Nosotros estimamos, queremos, amamos, adoramos, idolatramos y además, de vez en cuando, tenemos un metejón, perfectamente definido por el tango del mismo nombre “hasta el sueño está metido con vos y se me pianta”. Y ahí hemos dado con el núcleo de la identidad: una forma de sentir. (Uno de los mejores libros uruguayos es aquel que describe cómo se formó esa sensibilidad). No hay una manera única de ser uruguaya; la mía consiste en amar los tangos, morir de añoranza por un bar rasca de la calle Ituzaingó donde ponían, incansablemente, el único disco: *Rencor*, cantado por Julio Sosa, extrañar el café Expreso Pocitos, donde me gusta “recibir”, leer y mirar el mar (o sea, el Río de la Plata), amar los días grises y húmedos, el asfalto con luces de neón, la Plaza Zabala, la fainá, el dulce de leche y las interminables conversaciones para arreglar el mundo, que siempre va un poco peor, según el pesimismo uruguayo –otra señal de identidad–. Nunca tomo mate, pero en cambio, me gustan los bizcochitos de anís, las tortas fritas y la pastafrola. Los uruguayos suelen ser gente seria y melancólica. Usan colores oscuros, ríen muy poco y hablan en voz baja y con lentitud. Y somos idealistas, románticos. ¿Ustedes saben que en el año 1969, por ejemplo, de los 165 días lectivos de la Universidad sólo se celebraron 101, el resto se fue en huelga de solidaridad con Viet-Nam? Los uruguayos participamos muy activamente contra la guerra de Viet-Nam, ahora bien, no sé si algún vietnamita se enteró. Porque somos pocos, chicos, pero muy solidarios. Un titular del Dario,

hace muchos años, decía así: “Uruguay amenaza severamente a la URSS”. Y la URSS, por supuesto, tembló. (Fue cuando la desgraciada intervención en Praga.)

Para mí, ser uruguaya es conservar, en el exterior, esa cultura de la solidaridad en la que me crié: en mi casa, cuando era chica, a la hora de comer, siempre había gente recogida de la calle: una viuda tuberculosa, un comisionista cansado, dos hermanos huérfanos. Y aunque nosotros éramos pobres, compartíamos la sopa, el buzo, la campera, el gato para cambiar la rueda del auto. Mi madre, maestra, enseñaba a leer a los gallegos del barrio que habían emigrado sin saber ni leer a escribir. Jamás les cobró un peso. Y cuando yo daba clases, varios profesores fueron expulsados; los que nos quedamos, entre todos, pagábamos sus sueldos. Muchos la seguimos practicando en el exilio. Tengo un amigo oncólogo –igualito que Tabaré Vázquez– que hace manganetas para operar en una famosa clínica privada a los enfermos de cáncer que tendrían que esperar meses enteros en la seguridad social. Es una cultura de la delicadeza espiritual, también. Los “por favor”, “si me necesita”, “yo lo espero” constituyen una especie de elegancia en el trato que ni siquiera la dictadura consiguió eliminar. ¿Tendrá que ver con la ingestión adictiva del dulce de leche, el dulce más dulce del mundo? (Es muy difícil convencer a un europeo acerca de su sabor; lo encuentran empalagoso.) En todo caso, y pese a que engorda, yo prefiero dulce de leche a la mañana, a la tarde y a la noche. Y el piropo que más recuerdo en mi vida fue de una española que me dijo: “Sos más dulce que el dulce de leche”. Es una dulzura adictiva: todo me parece demasiado brutal, sin ella.

Cristina Peri Rossi nació en Montevideo, en 1941; sus ascendientes fueron italianos. Se licenció en literatura en el I.P.A., estudió música y biología y publicó su primer libro de relatos en 1963. Formó parte de la redacción del semanario Marcha. Se exilió en 1972 en Barcelona, luego en París y volvió a Barcelona, donde reside desde entonces. Ha publicado treinta y cinco libros: novelas, poemas, relatos y ensayos. Ha sido traducida a veinte lenguas. Es conferenciante de las principales universidades españolas y colabora en los periódicos más importantes de España y en la prensa internacional.

25 febrero 2004

El día en que le gané a Maradona

Cristina Peri Rossi
Brecha. Uruguay, febrero del 2001.

De chica me gustaba mucho jugar al fútbol, para horror de mi familia, que lo encontraba poco femenino (como si hubiera un único modelo de femineidad, que no incluía los deportes considerados varoniles) y para desconsuelo mío, ya que estaba claro, desde entonces, que era más fácil ganarse la vida como centro delantero que como escritora, bióloga o pianista, que eran mis otras opciones vitales. Mis tíos abuelos solían llevarme al Estadio Centenario, en un enorme Dodge gris, eran todos de Peñarol (yo también) y tenían la precaución de retirarse del estadio cinco minutos antes del final del partido, para evitarme las posibles trifulcas, con lo cual, a veces, me iba con el resultado equivocado, porque en el último minuto (o en el descuento) el pardo Abaddie o el flaco Schiaffino, el puntero (¿izquierdo o derecho?) metían el gol definitivo. Me enteraba porque mientras el Dodge gris enfilaba el camino de regreso, yo me quedaba mirando el mástil, donde las banderitas ascendían con cada gol. A veces, en España, donde la afición al fútbol es tan grande como lo era en el Uruguay de mi infancia, asombro a los críticos literarios o a los periodistas que vienen a hacerme entrevistas con la relación completa del "once" uruguayo que triunfó en Maracaná, única épica por la que se nos conoce en el exterior (¿el exterior de qué?, ¿cuál es el centro?, ¿quién no es exterior de algo o de alguien?). Vivo en Barcelona, pero ojo, no soy del Barça, diminutivo con el que se lo conoce. En realidad, no tengo equipo, y a veces, por solidaridad con los más pobres, con los de escasos recursos, soy del último de la tabla, o del recién ascendido: de equipos tan poco conocidos en el exterior (¿el exterior de qué?, ¿cuál es el centro?, ¿quién no es el exterior de algo o de alguien?) como el Alavés o el Numancia. No soy del Barça por los mismos motivos que no soy del Real Madrid: porque se han convertido en empresas multimillonarias dirigidas a golpes de talón bancario, que especulan con los sentimientos nacionalistas o localistas de los aficionados, que necesitan adherirse a algo, y dicen "ganamos" o "perdimos" en un proceso de identificación por el que siento una repugnancia instintiva.

He vivido durante muchos años a cien metros del estadio del Barcelona y sólo una vez fui a ver un partido: el de Barcelona con Peñarol, en un innoble torneo de verano de escasa atención. O sea soy una sentimental, cosa que todo el mundo que me conoce sabe. Esa tarde admiré el enorme estadio del equipo local, el bonito césped, las instalaciones flamantes, y me sentí completamente rara, verdaderamente extranjera: sin lugar a dudas yo era la única espectadora hincha de Peñarol. Me dan miedo las multitudes enfervorizadas por un lema político, una canción de moda, un credo religioso o cualquier cosa que pueda convertirse en fanatismo, y casi todo es susceptible de ser objeto fanático: lo que importa es el proceso, no el objeto. Al cuarto de hora, Peñarol metió un gol que no me animé a aplaudir en medio del silencio sepulcral del estadio, pero algún lector que me reconoció, entre el público, me gritó, en castellano

con acento catalán: "¡Aplauda, aplauda, escritora, es su equipo!". De modo que me volví, me sentí un poco más tranquila: quizás era un lector catalán que me concedía venia para hinchar por el equipo de mi país de nacimiento. (Los catalanes comprenden muy bien los nacionalismos, salvo uno: el español.) Una golondrina no hace verano, y el partido terminó Barcelona 3, Peñarol 1, como era dado esperar.

Vi a a Maradona jugar en el Barça, por televisión, en la difícil etapa que vivió en esta ciudad (¿cuál de sus etapas no ha sido difícil?) y creo que alguna vez escribí algún artículo, en la prensa española, acerca de los problemas que para un pibe porteño de origen pobre podía significar un éxito tan fulgurante, un cambio tan radical de manera de vivir. (El hecho de que hablara de sí mismo en tercera persona me parecía completamente significativo de una disociación, de un desdoblamiento.) El capitalismo salvaje infla, hincha, especula, aprovecha, consume, y hay que ser muy fuerte, muy maduro para aguantar el proceso: el ascenso y la caída.

Romario fue mucho más astuto que Maradona; tiene, aparentemente, mejores defensas psicológicas: también pasó por el Barcelona, pero se rió de todo el mundo. Y Rivaldo es un obrero capacitado: rinde cuando tiene que rendir, se la juega, pero sabe que la fortuna es transitoria y exige, no derrocha, no se entrega si no es mediante cuantiosos talones (bancarios, no de Aquiles).

Poco antes de fin de año leí que Maradona había publicado unas memorias, convenientemente escritas por otra persona, y que el libro tenía muchísimo éxito. Pero la noche de fin de año, una querida amiga uruguaya me pasó un fax desde Montevideo, con una página de la Guía del Ocio, donde se destacaban los libros más vendidos en la Feria del Libro. Para mi asombro, mi novela El amor es una droga dura figuraba primero en la lista, y tercero el de Maradona. Mi sorpresa fue mayúscula, por varias razones. La primera, es que mi editorial en Argentina, Seix-Barral, ni siquiera me comunicó que mi novela había sido publicada (en España el mismo sello la editó hace más de un año), no tengo un ejemplar, no he visto ni la portada. El segundo motivo es el orgullo. Les confieso que haberle ganado a Maradona me llena de satisfacción. En estas economías liberales donde todo se vende, especialmente el mal gusto, la chabacanería, el sensacionalismo, las vacas locas, la sangre contaminada, donde lo único que importa es la imagen (parecer y no ser), ganarle a Maradona es ganarle al sistema, que en materia de ediciones consiste en publicarlo todo, con la mayor frivolidad del mundo, inventándose genios, talentos y escritores inexistentes, o empleando el éxito en el periodismo o en la televisión para lanzar libros de leer y tirar. Ganarle a Maradona no entraba en mis proyectos, ni en mis aspiraciones. No puedo menos que agradeceréselo a los lectores de mi país.

BANDERAS

POR CADA hombre muerto, se regala una bandera. La ceremonia es sencilla y se desarrolla siempre de la misma forma, en la intimidad de la familia y sin curiosos que interfieran. Primero llegan dos oficiales que comunican la triste noticia a los deudos; luego, comienzan los preparativos para la entrega de la bandera. Hay que hacer notar que la presencia de los oficiales tiene un efecto moderador sobre el dolor de las familias que, por sobriedad, contienen sus manifestaciones de pesar. Algo en los uniformes, en los gestos medidos y protocolares impone límites a los sentimientos exasperados: se llora con más recato. Para desplegar la bandera, se prefieren las superficies chatas, como la mesa del living, por ejemplo, con mucha solemnidad, en medio del silencio general (sólo se escuchan los sollozos ahogados de alguna mujer). uno de los oficiales procede a extenderla con mucho cuidado, procurando que no se formen pliegues. La bandera se desenvuelve sobre la mesa como si fuera el tapiz, antes de la celebración de la misa. Una vez ha quedado extendida, el otro oficial dirige algunas palabras –sobrias, contenidas– al público reunido. Se habla de valentía, honorabilidad y servicio a la patria. Cuando termina, se hace un minuto de silencio. Luego, el mismo oficial, procede a enrollar la bandera. Podríamos decir que éste es el momento más emotivo de toda la ceremonia. Muchas familias no pueden contener el llanto, las cejas crispadas. La bandera se pliega así: primero, se dobla por uno de los extremos, de modo que forme un pequeño triángulo, luego el triángulo se dobla sobre sí mismo y así sucesivamente, hasta terminar con la bandera. Cuando ésta se ha reducido a un cuadrado, en virtud de la propiedad geométrica de la adición de dos triángulos equilátero iguales, uno de los oficiales (no el que la enrolló) procede a depositarla en manos de uno de los miembros de la familia, que la recibe con gran emoción. Puede decirse entonces que la ceremonia ha concluido, y los oficiales, haciendo el saludo de rigor, se retiran.

Si bien la bandera así doblada no pesa mucho, en cambio se ha advertido que es algo incómoda de llevar. El miembro de la familia que la ha recibido suele no saber qué hacer con ella. Colocada debajo del brazo, a la altura de la axila derecha o izquierda, si bien permite disponer de las extremidades con libertad, en cambio produce mucho calor, especialmente en los días de verano. Si se la sostiene entre las manos, obstaculiza otras tareas, necesarias para la continuidad de la vida, como gesticular, por ejemplo. También es difícil encontrarle un lugar en la casa. Sería irrespetuoso –dado que de alguna manera la bandera es el padre o el hijo muerto– colgarla de la pared del living, donde adquirida un carácter decorativo no siempre a tono con los demás ornamentos. Usada como sábana tiene el inconveniente de no ajustarse exactamente a las dimensiones de las camas normales, y el

frío, además, se cuelga por los costados. Y nadie comería a gusto encima de los colores que representan al noble soldado muerto. Hay madres que la colocan encima del tocador, pero se llena de polvo y atrae a las polillas. Lo más adecuado parece ser guardarla en una bolsa de nylon en el cajón de la ropa en desuso.

Se ha visto, con todo, hombres por las avenidas transitando con su bandera arrollada debajo del brazo, como el periódico de la tarde.

El creciente consumo de banderas ha dado lugar a una floreciente industria. Multitud de mujeres desocupadas se dedican, ahora, con todo esmero, a la confección de pabellones patrios para cubrir las necesidades del ejército, la aviación, la marina, la infantería, el cuerpo de paracaidistas, las brigadas especiales, los lanza-llamas, el servicio de expedicionarios y los selectos equipos de bombarderos. De este modo, la población del país se ha dividido en dos grandes categorías: aquellas personas dedicadas a la confección de banderas y aquellas destinadas a recibirlas. Pero no son dos sectores separados entre sí. Muchas veces una mujer que se encontraba cosiendo a máquina, las tres franjas de color que componen nuestra bandera, fue interrumpida por dos oficiales que cumplían el penoso deber de entregarle una, no cosida por ella.

Como menudas diferencias se advierten en la confección de una bandera y otra (el espesor del hilo, el ancho de la bandera de separación entre un color y otro, el tamaño de las puntadas, la costura de los bordes), se ha desarrollado entre las gentes una curiosa afición: coleccionar piezas raras. Las familias estudian entre sí las características de sus numerosas banderas y se dedican a buscar aquellas que se distinguen por alguna peculiaridad, desdeñando las fabricadas en serie. Un pequeño mercado negro de banderas se ha iniciado, al margen de la entrega oficial. Pero este tráfico indecente no afecta a la mayoría de las familias del país, que con todo esmero continúan fabricando banderas. Todo lo cual revela el alto grado de patriotismo del que gozamos en la actualidad.

Cristina Peri Rossi
El País Cultural Nº 272
20 de enero de 1995

EL RUGIDO DE TARZÁN

Johnny Weissmuller gritó y el bosque entero (con sus insinuantes lianas y espesos follajes) pareció temblar: el vaso de whisky resbaló de la pequeña mesa de vidrio y cayó sobre la alfombra de piel de león; un lago redondo y oscuro crecido con la lluvia. Johnny gritó, un grito largo y sostenido, con sus cortezas y litorales, sus montañas de sonido,

sus cuevas vegetales, sus profundidades ocultas donde vuelan los murciélagos y sus nubes ágiles que se deslizan como humo. Un grito prolongado y profundo, largo, hondo, que por el aire resbalaba de rama en rama, convocando a los pájaros azules y a los blancos elefantes; un grito que atravesaba el claroscuro de las hojas, las cicatrices de los troncos, y saltaba entre las rocas como ventisquero; ascendía las cumbres de las quietas, solemnes montañas, corría entre las piedras primarias, oscurecidas por el follaje y precipitaba los ríos estivales, de agua lenta, cristalina. No sólo el vaso cayó; también un cenicero se deslizó, un cenicero de porcelana en forma de hoja de plátano, regalo de una de sus antiguas admiradoras. Y las numerosas colillas estrujadas se desparramaron como menudos troncos quemados.

Al grito, acudían las aves de largo vuelo equinoccial, los peces pequeños que lamen el costado de las rocas, los ciervos de reales cornamentas, los cuervos de mirada alerta, los cocodrilos asomaban sus largas cabezas y los árboles parecían moverse. Era un grito triunfal, una clave sonora respetada por los grande paquidermos, los altivos flamencos y los escurridizos moluscos. Entonces Jane levantaba la cabeza, resplandeciente y morena, tocada por el grito como por una incitación largamente esperada. Y Jane corría, Jane corría por los senderos del bosque, se abría paso entre las ramas de grandes y carnosas hojas, Jane atravesaba los húmedos corredores de la selva guiada, conducida por el grito, protegida por el grito, alentada por el grito. Los pájaros volaban detrás de ella, los leones se ocultaban, las serpientes escondían las cabezas, grandes hipopótamos cedían paso.

No sólo el cenicero se estrelló contra el suelo: un cuadro de la habitación se estremeció, pareció golpear la pared y luego de cimbrar un momento el aire (denso de humo y de alcohol) quedó torcido, anhelante, con un ángulo en falsa escuadra. Era la copia a todo color de un viejo fotograma de la selva, de la prefabricada jungla de Toluca Lake, con sus montañas de cartón, sus baobabs de papel pintado y sus piscinas convertidas en lagos llenos de pirañas. Fuera del apartamento, los automóviles que cruzaban la avenida se detuvieron un instante, alarmados por el grito, y luego, veloces, siguieron el camino. Los elefantes sacudían sus grandes orejas como lentos abanicos, los monos cruzaban la selva por el aire, saltando de rama en rama y los pájaros, como látigos, golpeaban las hojas de los altos bananeros. En el fotograma, además, había una muchacha vestida con piel de tigre que yacía en el suelo, encadenada, los túrgidos senos asomando entre las manchas opalinas del tigre, los muslos muy blancos (muslos de alguien que toma poco sol) descubiertos por las cuidadosas rasgaduras de la falda, los labios anchos y rojizos entreabiertos en lo que podía ser un gesto de provocativo dolor o una sensual imploración, Johnny estaba unos pasos más atrás, el ancho y musculoso torso desnudo, la nariz recta, los huesos bien formados con pequeña y sugestivas sombras alrededor de las tetillas y de la cintura; un poco más arriba

del ombligo se iniciaba una línea, un cauce torneado que el taparrabos triangular (largo entre las piernas, pero angosto en los costados, como para que asomaran las formidables líneas de los muslos) ocultaba, pero cuya trayectoria —como un río afluente— era posible adivinar.

El cuadro lo había pintado una admiradora suya, hacía muchos años, a partir de una escena de Tarzán y las Amazonas, protagonizada por él y por Brenda Joyce; por lo que Johnny recordaba de la película, en ella había una cantidad extraordinaria de muchachas, portadoras de flechas, todas ataviadas con piel de tigre (él se había enfadado mucho cuando supo que las manchas de la tela eran fruto de una buena operación de la tintorería del estudio: los tigres escaseaban, por lo menos en Hollywood, y además, había empezado a surgir una cantidad increíble de sociedades protectoras de algo, de perros, de tigres y hasta de ballenas, lo cual volvía el arte cinematográfico muy difícil) y con sandalias de liana. En la película, él volvía a lanzar su largo, agudo y penetrante grito, un grito de selva y de montaña, de agua, madera y viento; un grito que ululaba como las sirenas de los paquebotes del Mississippi, que batía alas como los pájaros azules de Nork-Fold, que atraía a las salamandras de los pantanos de West-Palm (al oeste de Colorado River hay un sitio que amo) y alentaba el vuelo de las ánades de Wisconsin. Johnny gritó, gritó en la ladera del sofá forrado de piel de bison, y la cabeza del ciervo, en la pared, no se estremeció; volvió a gritar pensando en Maureen O'Sullivan y el grito retumbó en la habitación como una pesada piedra cayendo sobre los atolones de Leyte; la isla madreporica reprodujo el grito en los vasos de whisky con huellas de labios y de cigarros, en las conchas del Caribe conservadas como trofeo y en cuyas cavidades todavía las notas bronca del mar fosforescente se juntaron con los agudos de su grito; Johnny gritó sobre los largos pelos de las mantas africanas que cubrían de animales aterciopelados el lecho conyugal vacío en el apartamento de California, gritó sobre las reliquias de marfil y las hojas de tabaco, un grito largo y desesperado, desencajado, el grito de un humilde recepcionista del Caesar's Palace de las Vegas, su último empleo, y por un momento pensó que Jane acudiría, que Jane cruzaría las abigarradas calles centrales, que se abriría paso entre los resplandecientes semáforos y las carrocerías brillantes de los autos, que Jane, vestida con un abrigo de leopardo, atravesaría la avenida centellante de neón, saltaría por encima del río de cacahuets y bolsitas de maíz, que correría entre los anuncios de porno-films y de cigarrillos Buen Salvaje Americano hasta el humilde apartamento donde Edgar Burroughs acababa de beber un whisky, antes de llamar por teléfono al Hogar de Retiro de Actores, en Woodland Hills, porque un anciano llamado Johnny Weissmuller no dejaba dormir a los vecinos con sus gritos.

CRISTINA PERI ROSSI
El País Cultural N° 130
29 de abril de 1992

*CUENTOS

Minicuento

Siempre imagino que mi madre tiene nada más que veinticinco años (la edad que ella tenía cuando yo nací), de ahí que me enfurezca si la oigo arrastrar los pies, cloquear, toser, pensar como una vieja. No entiendo por qué a los veinticinco años le han salido arrugas ni me explico cómo siendo tan joven se acuesta tan temprano.

Si en algún momento de pavorosa lucidez advierto que es una vieja, tal descubrimiento me llena de horror, por lo cual trato inmediatamente de expulsar dicho conocimiento de la luz de mi conciencia, de manera que enseguida recupera sus veinticinco años.

Ella me trata a mí continuamente como si yo fuera una niña, por lo cual nos entendemos perfectamente. No insisto en crecer, porque sé que es inútil: para nosotras dos, el tiempo se ha estacionado y ninguna cosa en el mundo podría hacerlo correr. Moriré de cinco años y ella de veinticinco, a nuestros funerales asistirá una muchedumbre de ancianos niños y de niños que jamás llegaron a crecer.

CANTAR EN EL DESIERTO

El hecho de que cante en el desierto no debería asombrar a nadie, pues muchas personas lo han hecho desde el principio de los tiempos, cuando todo era arena (también el cielo) y los océanos estaban helados.

Sabemos que cantaron en el desierto, pero no los escuchamos, por lo cual, hasta cierto punto, podríamos decir que cantaron para sí mismos, aunque ése no era, en principio, el destino de su canto.

Puesto que no los oímos, también podríamos dudar de que efectivamente hayan cantado; sin embargo, estamos seguros de que sus voces se elevan o se elevaron por encima de las arenas del desierto, con esa clase de certeza que nos permite afirmar que la Tierra es redonda, sin haber visto su forma, o que gira alrededor del Sol, sin que en los hechos, nos demos cuenta de que nos movemos. Es la clase de convicción que nos hace suponer que han cantado en

el desierto, a pesar de no haberlos oído. Por ser el canto una de las aptitudes de la gente y porque existen los desiertos.

Ella canta a media voz. Las arenas son blancas, y el cielo, amarillo. Está sentada en un médano, a poca altura, con los ojos cerrados, y el polvo le cubre el cuello, las pestañas, los labios por donde escapa un hilo de voz como un licor sobre la tierra reseca. Canta sin que nadie la escuche, a pesar de lo cual, estamos seguros de que canta, o de que ha cantado alguna vez.

Con seguridad el hilo de su voz se pierde casi de inmediato en el espacio amarillo que la rodea, sin vibraciones. Y el Sol, que chupa con voracidad las pocas gotas de agua de un lago próximo, se bebe las notas de su canto con furor. No por eso ella deja de cantar, ni tampoco eleva la voz: continúa cantando en medio de las arenas blancas, de las pirámides de sal que se elevan como templos de una divinidad ciega y obtusa. Las arenas, que han devorado a más de un camello y su jinete, ocultan las notas de su canto. Pero al otro día (o a la otra noche, porque si bien no lo oímos, podemos suponer que también canta bajo el cielo oscuro, en la soledad del desierto) ella vuelve a elevar la voz. Tanta insistencia no sorprende a nadie, pues parece algo intrínseco al canto, ya veces, intrínseco al desierto. A tal punto que nos sería difícil imaginar un desierto sin una mujer apostada sobre un médano, cantando, sin ser escuchada.

La naturaleza del canto nos es desconocida, aunque estamos persuadidos de que el canto existe. Cuando ella baja a la ciudad (porque no siempre está en el desierto: a veces comparte la vida de nuestras ciudades y ejecuta los actos convencionales que venimos repitiendo desde nacidos) la aceptamos como una habitante más, porque en realidad, nada la distingue de nosotros mismos, salvo el hecho de que canta en el desierto: algo que podemos olvidar, puesto que nadie la oye. Cuando vuelve a desaparecer, suponemos que ha regresado al desierto y que en medio de las arenas blancas y el cielo como un océano, ella alza la voz, eleva su canto que como una gota de agua caída del espacio, el médano se traga.

Gloria del Pino

Cuando a la mañana siguiente Claudia rebobinó la cinta no encontró ningún relato que la entusiasmara. No es que la calidad de los cuentos fuera mala, ni siquiera mediocre, algunos tenían una redacción impecable, pero la temática era insulsa, repetida y aburrida.

Claudia se había dormido alrededor de las dos y el programa de radio aún había durado media hora más. La cara b de la cinta se estaba acabando cuando la locutora presentó el cuento de la semana, de autoría reconocida con el mundo de la literatura y todo eso, esta

vez le había tocado a Peri Rossi. Aquel nombre resonó dentro de la cabeza de Claudia, lo había escuchado alguna vez en algún otro lugar, así que procuró prestar atención y subió un poco el volumen del aparato.

La mujer pasó corriendo frente a la ventana, y a él le pareció una hora demasiado temprana para llorar...

La cinta saltó, se había acabado, no había más. Claudia le dio la vuelta y buscó la continuación sabiendo que no la iba a encontrar. No tardó demasiado en rendirse su empeño, pero volvió a escuchar aquellas frases una y otra vez hasta que se las aprendió de memoria.

Le pareció que detrás de aquel comienzo tenía que existir una historia tremenda, era perfecto, él y su serenidad, ella y su desesperación. Sintió una necesidad extrema nunca sentida antes, tenía mono de aquel relato, necesitaba escucharlo. No podía encontrar la continuación de las palabras de Peri Rossi un domingo por la mañana. No podía así que cogió boli y papel y empezó a escribir sin pensar, compulsivamente.

La mujer pasó corriendo frente a la ventana, y a él le pareció una hora demasiado temprana para llorar.

Hacia un rato que se había despertado, sentía un frío intenso en la piel pero no la necesidad de abrigarse el pecho. Un dolor punzante en el pecho.

La vieja ya no estaba a su lado y la taza de café estaba vacía, le pareció extraño el descuido de la esposa pero supo disculparlo.

Se acababa de sentar en el borde de la cama cuando vio pasar a la mujer desde su ventana. La conocía. Quizá verla correr la había hecho parecer más joven pero la torpeza de sus años cargaba sus piernas. Él la conocía, era su mujer y le pareció, no sólo una hora temprana para llorar sino un raro suceso el de que la vieja corriera y llorara a una hora tan temprana.

Mientras andaba en estas cavilaciones perdió a la mujer de vista y dejó que su mirada se perdiera también en el vacío. Recordó la única vez en que había visto a aquella mujer llorar, él había llorado con ella viendo en el regazo de la fémina el cuerpecillo inerte.

Sin percatarse él, la vieja volvió a pasar ante la ventana, esta vez acompañada por un hombre que no lloraba pero que corría también.

El viejo sintió como una lágrima sesgaba su mejilla, se sorprendió llorando y al querer tirar de la sábana para limpiarse los ojos sintió un impedimento, pesaba demasiado. Se giró para ver qué sucedía. Justo detrás de su cuerpecillo gastado, yacía un cuerpo ocupando su lado de la cama, su trozo de almohada, un cuerpo de cara idéntica a la suya, pero quizás un poco más vieja.

Alguien abrió repentinamente la puerta de la habitación, la vieja que todavía lloraba pero ya no corría, entró en el dormitorio seguida del médico del barrio.

El viejo no supo entender lo que sucedía. Se levantó y se acurrucó en la esquina más oscura. La vieja lloraba, el médico reconocía el cuerpo, el viejo se sentía cada vez más fríos los pies.

El médico miró a la vieja y con sobriedad denegó con la cabeza, así son las cosas, la vieja bajó la cabeza y lloró todavía más haciendo menos ruido, ¿por qué te vas?, el viejo se sintió helado, dolorido y el frío siguió llenando sus oídos hasta hacérselos estallar, desapareció para siempre, ven. La vieja levantó la cabeza hasta la esquina desde la que le había llegado aquel escalofrío dorsal. Espérame.

Claudia leyó el relato después de escrito. No era bueno pero había aplacado su mono. Deseó por primera vez en su vida que llegara el lunes.

No fue difícil encontrar el cuento dentro de una recopilación de cuentos hispanoamericanos, le temblaban las manos cuando lo cogió, le temblaron más cuando buscó a Peri Rossi entre las páginas. La emoción que la embargaba hizo que allí mismo, de pie entre dos estanterías, se pusiera a leer.

Ella no lo vio.

Una enorme sonrisa llenaba su gesto.

Esperó un par de vueltas más, hasta que al fin, gimoteante, la mujer se derrumbó en el suelo.

Ahora iba él.

– La he visto correr desde mi ventana...

...

– Yo también me he divorciado – sollozó la mujer.

La sonrisa de Claudia empalideció.

– Soy entrenador – declaró – forma parte de mi trabajo.

...

– Pero no puedo parar de llorar – explicó ella – me paso la noche despierta, llorando, y cuando amanece, me echo a correr, no se me ocurre otra cosa. Pienso que si corro lo suficiente, dejaré de llorar. Además no quiero que los niños me vean en este estado...

Una profunda desnutrición llenaba la cara de Claudia.

– Me gustaría entrenarla.

Algo sobre orgasmos, llantos y secreciones. La flaqueza no dejó que Claudia levantara la vista de aquella intervención. Aquel parrafillo era perfecto, había sido perfecto – la mujer pasó corriendo... a él le pareció una hora demasiado temprana para llorar –, pero ya no lo era.

Cerró el libro y lo devolvió a su lugar.

ASI ES LA VIDA

En un lugar de La Mancha había una gasolinera, perdida en medio de la inmensidad como una mora en el desierto. No hubiera reparado en ella (le gustaba conducir adormecido, con la grata sensación de estar todavía en el útero materno) si no fuera porque el coche comenzó a derrapar. “Carajo –pensó–, los dos estamos viejos y cansados. Algún día tenía que ocurrir. Se irá muriendo por el camino, igual que yo”. El hombre de la gasolinera, rudo, parco, cetrino, le dijo que el coche no estaría arreglado hasta el otro día. Que eligiera. O lo dejaba o llamaba para que lo vinieran a buscar. Hacía varios meses que no pagaba el seguro. Problemas de liquidez, como dicen los periodistas económicos y la gente en bancarrota. Curiosa palabra. La banca está rota. A veces, jugando al bacará, había hecho de banca. Siempre se había declarado en quiebra, al final. El sueño de ganarle a la banca termina con el soñador pelado, arruinado, hecho polvo. Polvo serás y al polvo volverás. A propósito, ¿cuánto hacía que no echaba un polvo? Meses. O un año, quizás. Le preguntó al de la gasolinera –rudo, parco, cetrino– si había algún sitio para pasar la noche. Era el crepúsculo, ese largo crepúsculo luminoso y rosado de agosto, en La Mancha, no conocía el lugar, nunca se había detenido para nada, ni siquiera para mear, había atravesado la carretera como en sueños, mecido por las ruedas del coche como por una nana y prefería esperar hasta mañana, cuando el tipo de la gasolinera –rudo, parco, cetrino– le devolviera el coche, su cuna. “Al lado del after hours hay un hotel”, le indicó, lacónico, señalando una mota marrón a lo lejos. Divisó, perdida entre campos amarillos, una construcción achaparrada, cubierta por un toldo morado y con una penosa guirnalda de bombillas de colores con la A alta y luminosa. Le pareció un fotograma de Will Wenders, ese alemán enamorado de Estados Unidos (uno siempre se enamora del país y de la mujer ajenos). “De los paisajes no se come, cabrón”, murmuró. Siempre había tenido vagas ensoñaciones artísticas, es decir, era un iluso. Por eso a los cincuenta años no tenía ni casa propia, ni mujer (ella se había divorciado y no podía decir que no la comprendiera) ni un buen empleo. Aunque a su edad no había buenos empleos, salvo la política, que detestaba, o las mafias, y era demasiado individualista para pertenecer a una. También había tenido dos hijos, pero los hijos son de criar y de tirar. Uno estaba en Washington, le parecía, haciendo un master de algo, y el otro, el favorito de su mujer, holgazaneaba con techo y comida gratis, sin necesidad de ir al burdel, porque las chicas venían a casa.

A la puerta del after un macizo le cobró la entrada y le estampó un sello en la mano, como si fuera un preso. Dentro había poca gente, era demasiado temprano. Y poca luz, como siempre. Algún camionero tomando cerveza, una cubana de buen trasero, tres tipos jóvenes con pinta de despedida de soltero y una rubita muy guapetona y pintarrajeada, nacionalidad imprecisa, un aro de latón colgando del

ombligo. Se acodó a la barra y pidió un whisky, vaya a saber qué mierda hay dentro de la botella, y ahora meten la música, me han visto cara de cliente. En el techo, un par de bolas psicodélicas giraban como planetas borrachos. Y la música empezaba a entrar por el cuerpo, como una serpiente. La rubita sacó a bailar a dos de los jóvenes, emparedada, como un sandwich, cómo movía las tetas y el culito. No le interesaba mirar. “¿Cómo va el negocio?”, fue la inoportuna pregunta que le hizo al de la barra, quien después de observarlo como a un imbécil, le dijo: “Como la vida misma”. Se rió. Pensó que era la primera vez que se reía en todo el viaje, y era, justamente, en un after hours perdido en La Mancha. Se zambulló en el whisky como en una piscina, en el preciso momento en que se abrió una puerta, entre el fondo y la barra, y apareció una eslava alta, flaca, con una intensa melena rubia y la piel más blanca del mundo. “Completo, el after –pensó–, para todos los gustos”. Él prefería a las rubias. Y la caída del comunismo había traído, entre otras cosas, una enorme cantidad de rubias de ojos claros, dulces y dóciles, con una secreta nostalgia en la mirada. Esto se le ocurrió en el momento en que ella se le acercó. No había elección posible: el camionero que bebía cerveza acababa de ligar con la cubana (tal para cual, pensó), la monina del aro en el ombligo se las ingeniaba con tres, sólo quedaba él y su whisky, al principio de una noche del mes de agosto que no parecía muy floreciente. Se sentó a su lado en uno de esos bancos redondos de patas de metal y asiento rojo, él le pidió un whisky. “Así es la vida”, comentó, sin tener la menor idea de qué quería decir. “¿Cómo te llamas?” le preguntó. “Nadia”, dijo ella. ¿Dijo Nadia o dijo Nadie? Una prueba irrefutable del triunfo del Mal sobre el Bien, que se había producido en los comienzos de la Historia, era la Torre de Babel. Si se llamaba Nadia, debía de ser rumana, como la Comaneci, que no paró de ganar medallas durante el comunismo; pero si había dicho Nadie, quizás era un mensaje cifrado, la confesión de su estado existencial: sola, sin papeles, en manos de una mafia rusa que la explotaba. Así es la vida. “Comaneci, Comaneci”, le dijo él, intentando establecer un puente. Ella no dio señales de comprender, pero dirigió rápidamente su manita blanca, de forzosas uñas color lila, a su bragueta. No tenía tiempo que perder. A polvo, cada treinta minutos, señores, así es el negocio y la democracia. Él retiró la mano con crispación. “Deja mi bragueta en paz”, le dijo. Si no sabía quién era la Comaneci (de la cual había estado enamorado secretamente en su infancia) ya habría aprendido qué era una bragueta en boca propia. Así era la vida. Un frenesí, había dicho un santo o un poeta, con dos whiskys de pésima calidad cualquier poeta era un santo o viceversa. No pareció muy desconcertada. No todos los hombres empezaban por el mismo lugar, aunque siempre terminaban por el mismo. “¿Quieres bailar?” dijo la eslava, complaciente, y él hizo un gesto negativo con la cabeza. En realidad, tenía ganas de mirarla. Era hermosa. Una belleza

algo lánguida, sin perversión, con un toque de elegancia natural cuyo origen debía estar en el pasado. “¿Bucaresti?” le preguntó. Dijo que no con la cabeza. “¿Costanza?”. Sonrió, festiva y afirmativamente. Nunca había estado en Costanza, pero se prometió que iría. Necesitaba un estímulo para viajar. Pidió el tercer whisky con un poco de recelo. Se sentía más animado, pero sabía que era por el alcohol. Tenía mala bebida: al tercer whisky, quería a todo el mundo, en primer lugar, a sus enemigos. Como a otros les daba por la agresividad, a él, la bebida, le daba por el cariño indiscriminado. Pero ¿qué hay de malo en un poco de cariño que no se merece? A ver, a ver, díganme ustedes qué tiene de malo sentir, de pronto, una inmensa simpatía, una gran piedad por esta rumanita dulce, de ojos azules y cabellos rubios que nació en Costanza, está en poder de una mafia rusa, quiere meterle mano en la bragueta pero él, muy dignamente, la rechaza, qué tiene de malo sentir simpatía por el gordo de la barra con cara de morsa, recordar con afecto a su querida ex esposa adicta a los hijos y a la televisión, y sentir mucha ternura por esos tres jóvenes desconocidos dispuestos a tirarse a la chica del aro del ombligo por la módica suma de diez euros el polvo más la consumición? Cuando bebía, se ponía muy generoso. No sólo el mundo le parecía maravilloso, a pesar del desempleo, de los accidentes en las carreteras, del terrorismo, del fracaso del comunismo, de su matrimonio y del cine europeo, sino que quería pagar todo: las bebidas, las comidas, el papel higiénico, las putas, las no putas, el arreglo del auto, dar dinero a todas las oenegés y entregar sus ropas a los menesterosos. Él era así, de modo que al tercer whisky se empeñó en hacerle escuchar a la rumanita La Internacional, que era la música que tenía en el móvil. Inútil. La rumanita debía haber nacido después de la caída del muro de Berlín o carecía de oído, porque no la reconoció. En cambio, le dijo: “Yo tengo lugar donde ir”, lo cual le pareció una propuesta interesante, siempre y cuando dejara su bragueta tranquila, porque él era un cincuentón con principios, no uno de esos cerdos que van a cualquier puticlub a levantar rumanas sin papeles. El lugar no estaba lejos y era un cuchitril inmundo e insano, pero él ya se había tomado el cuarto whisky, con lo cual fue capaz de encontrarlo sencillamente íntimo. Así es la vida. Un poco de alcohol, una rayita, y lo que se siente y se piensa se convierte en otra cosa. Se echaron sobre la cama en el momento preciso en que él quiso preguntarle por qué sus hermosos ojos azules tenían una vaga sensación de nostalgia, cosa que no supo decir en rumano, pero se dio cuenta de que ella lo comprendía. Lo comprendía porque de pronto lo empezó a mirar con más tristeza, si cabe, como si necesitara mucha ayuda, traficantes hijosdeputa, qué le habrán contado, España país de sol, playa, faralaes, bailaoras por todas partes, dinero a manta, hombres dispuestos a casarse, a ponerte una casita con mueblecitos, lavadoritas, cocinitas y a polvo diario, sólo un polvo, ni uno más, te lo prometo, cástate conmigo, cástate conmigo, nos iremos juntos

de este maldito after hours, de esta maldita carretera con molinos eólicos y gasolineras como manchas de mora, nos iremos a Costanza, allí donde naciste y escucharemos La Internacional y no tendrás tristeza en la mirada, iremos al lago, no más hombres en tu vida, no más bájate las bragas, chúpame la polla, yo estudiaré rumano y tú aprenderás inglés, te lo prometo.

Debían tener micrófonos en el cuchitril, porque le dieron una paliza fenomenal y lo depositaron, con dos costillas rotas y la cara hecha un flan en la gasolinera, advirtiéndole que no se le ocurriera avisar a la policía, ni buscar a la esclavita, ni llamar por el móvil, que se llevaron consigo. Mientras se alejaban y él intentaba parar la sangre de su nariz, escuchó los compases de La Internacional.

LA REBELION DE LOS NIÑOS

Nos conocimos por casualidad en una exposición de arte, en la planta baja del edificio. La exposición la organizaba el Centro de Expresión Infantil y allí estaban reunidos una serie de objetos experimentales, que habíamos realizado en nuestro tiempo libre o en las horas dedicadas a las tareas manuales, ya que, según las modernas teorías de Psicología y de Recuperación por el Trabajo, nada era mejor para nosotros, ovejas descarriadas, que entregarnos de lleno la tarea de expresarnos a través de la artesanía, la manufactura o el deporte. Para conferirle a todo el asunto un aire de espontaneidad más genuino, no se había hecho una selección previa del material, sino que cada uno de nosotros pudo presentar lo que quiso, sin someterse a ningún requisito previo, salvo a aquellos que rigen para todas las actividades de la república, claro está, y que tienden a defendernos del caos, del desorden, de la subversión disimulados tras apariencias inofensivas como sucede con el arte, por ejemplo, en que muchas veces, bajo el aspecto de experimentación o la libertad creadoras, se introduce solapadamente el germen de la destrucción familiar, del aniquilamiento institucional y la corrupción de la sociedad. Todo esto en un cuadro, solamente. Yo había encontrado en el garaje de la casa que ocupa mi familia (no sé si llamarla de esta manera, pero dado que el lenguaje es una convención, o sea, una parcial renuncia a mi soledad, a mi individualidad, no veo inconveniente alguno en llamarla así, porque si la llamara de otra manera, no convencional –si la llamara, por ejemplo, goro, apu, bartejo, alquibia o zajo– nadie me entendería y el invento del lenguaje perdería sentido, porque ya las madres no tendrían qué enseñarles a sus hijos pequeños, y el día que los padres no sirvan como intermediarios para que un convencionalismo se transmita generacionalmente, ¿me pueden decir qué sucederá con las nociones

de autoridad, respeto, propiedad, herencia, cultura y sociedad?) una silla vieja, a la que quité toda la urdimbre de paja, conservando solamente el esqueleto de madera. Permití, con todo, que algunos pedazos de la tela del forro le colgaran, como pelo viejo, como estigmas de una vida pasada en el arroyo. Esta frase tan bonita se la debo a mi familia. El sentido con que la usan es vulgar, aunque la imagen tenga su belleza. El tipo que la inventó, hace quién sabe cuántos años, debió ser un gran poeta o algo así, esos tipos que tienen intuiciones geniales, pero después la sociedad se apropia de las cosas para su uso convencional y las imágenes se decoloran, pierden intensidad, efecto, gracia, y aunque siguen sirviendo para que una cantidad de monos se comuniquen, ya no es lo mismo. Repetí la frase varias veces, cerrando los ojos, hasta olvidar por completo el viejo sentido con que había llegado hasta mí, y me puse a imaginar a partir de ella. “Pasarse la vida en el arroyo” me sugería fantasías tan ricas, tan llenas de colores, formas y climas que decidí adoptarla con diversísimos usos. Por ejemplo, en cuanto te vi, pensé que algo de ese color verde de tu piel, musgosa, llena de líquenes y de algas, se debía, indudablemente, a que desde nacida habías vivido en el arroyo (un arroyo muy verde, lleno de sauces y de árboles que dejaban colgar sus ramas en el agua), en contacto permanente con plantas, peces, piedras, tierra húmeda, ah, y la sinuosidad de las barcas. Esa también la tenías. Pero en las líneas del cuerpo. En cuanto a los ojos, supe en seguida distinguir su color: se trataba de un tono ultramar, que podía acentuarse o no, según el estado del tiempo: si había nubes negras, si cobrizas, si de plomo, si irisadas, si marea alta o baja. Por momentos se oscurecía, a impulsos de alguna corriente interior morosa, opresiva, o por el contrario, aclaraba perlándose, cuando la luz te daba en la cabeza, en la frente, sobre los cabellos. Navegar en esas aguas podía ser estremecedor. Soy un buen nadador. Podría practicar, fortalecerme, entrenarme en el agua que tienes en los ojos. La del resto del cuerpo aún no la conozco, pero estoy seguro que la tienes, por esa forma de pez que luces. Peza. Pez mujer. No una sirena: eso sería vulgar. Hundir los remos en el agua, aparentemente quieta, morosa, mansa, estacionada que tienes en los ojos. Estoy seguro que tendré que hacer mucha fuerza para hundir los remos. Tanta serenidad solamente puede ser la apariencia de una terrible fortaleza interior, que me tentará, con su gravedad, hacia el fondo del mar, para anclarme allí, varado. Mi bote sería azul, un poco más azul que tus ojos. Y remaré con constancia, con tenacidad, verás, el agua pasará por mis costados de la barca, a veces parecerá que no progreso, que no me muevo, pero seré feliz, al fin alcanzaré la meta. Todavía no estoy seguro de adónde iré. Al embarcadero, al muelle, a otro país. A los países que tienes escondidos en alguna parte, estoy seguro de averiguarlo. En cuanto te vi lo supe. Tenías esa forma de pez que me seduce tanto. Te habías vestido de una manera particular. Tu manera particular me encantó,

desde el principio, y me sentí solidario de ella. El vestido también es un lenguaje, sólo que diferente. En realidad, caso todas las cosas que conozco pueden ser lenguaje, algunos más sutiles, otros más complejos, diferentemente elaborados, lenguajes cuyo ámbito de difusión es pequeño, casi privado, y produce un placer muy especial a quienes comprenden el sentido de sus símbolos, su significado, en fin, múltiples lenguajes que hacen de cada uno de nosotros un descifrador y un elaborador de imágenes.

En la galería, la gente se paseaba entre los objetos. Hacía preguntas. Consultaba el catálogo. Nosotros –los expositores– deambulábamos por los corredores y las salas, vagabundos y aburridos. Había señores venidos de otros lugares, a observar la experiencia. Si consideraban positivo el resultado, seguramente llevarían la idea a sus propios sitios, para que otros estados, otros niños, otras sociedades, otros opresores, otros oprimidos, copiaran la fórmula. En casi todas las actividades –o sea, en casi todos los lenguajes– las cosas se resuelven por imitación o por invención. El niño pequeño –recuerdo a mi hermano– comienza inventando símbolos, hasta que los opresores lo obligan a aceptar un lenguaje ya confeccionado, que viene en todas las guías y diccionarios, como la ropa de los almacenes. A mí me gustaba recortar las figuras del catálogo del “London-París”. El “London-París” tenía varias secciones y mi madre me llevaba, arrastrándome entre los ascensores y la gente. Yo le tenía miedo a los ascensores porque una vez me quedé encerrado en uno de ellos con un negro, era muy pequeño y se trataba del primer negro que veía en mi corta vida. No estaba preparado para esa sorpresa. El “London-París” editaba anualmente un catálogo dividido en secciones, y todavía recuerdo el olor del papel-ilustración donde imprimían los modelos, los precios, los dibujos. Ropa cara e importada, como correspondía a una colonia. Súbditos ingleses, más aluvión del continente europeo, señores, una mezcla de razas y de nacionalidades, imposible descubrir, rastrear al indio detrás de tantas navegaciones emprendidas en busca del oro de América. Mi hermano pequeño comenzó diciendo “baal-doa, doa”, lo cual fue una espléndida creación de su parte. No necesitaba demasiados fonemas para expresarse, como nos enseñaran posteriormente, le alcanzaba con las cinco vocales y algunas fricativas. Pero como todo reprimido, debió aceptar el lenguaje de los vencedores, y al poco tiempo tuvo que sustituir su “baal-doa, doa” por “papá-mamá”, que, para ser francos, como invitación –haya sido quien haya sido el inventor– demuestra poca imaginación. Antes de los tres años, mi hermano ya no ejercitaba más su capacidad creadora, había adquirido una buena cantidad de símbolos verbales al uso de la comunidad, que le permitían entender casi todas las cosas que le decían y aun comunicar las suyas sin mayor dificultad. Lo habían integrado.

Tú tenías unas botas negras, de cuero, que te llegaba a la rodilla. Quise entender el lenguaje de tu ropa y tuve alucinaciones varias, un

secreto sentimiento de complicidad, un estremecimiento. Desde allí salía la flor de un pantalón lila, oscuro, de una pana muy suave,, que más que una pana, parecía una puma. La felina sensualidad de los pumas echados en el parque, sometidos, y aun, lúbricos. La espuma de sus bocas. Un andar sigiloso y lascivo, insinuante, entre el poder y la seducción. La chaqueta era larga, de forma sinuosa, llegaba casi hasta el suelo, y tuve temor de pisarla, de envararme y de envararte allí, para siempre prisionero de una exposición.. Si casi todo es lenguaje, debe ser porque somos unos exhibicionistas de todos los diablos. Vivimos mostrándonos, saliendo de nosotros, tratando de comunicar, de exponer, de transmitir. Pit-piiit-piiii. Ula-ula-uuuula. Aho-aho-ahooooah. Tarzán de los monos, el barco extraviado en la niebla, el tren el subterráneo, todo comunica, ella comunica su inquietud, camina por la playa, la malla es pequeña, ¿esconde?, ¿demuestra? no ha podido decidirse entre la insinuante provocación o la aterradora sencillez del desnudo. Todos somos unos condenados provocadores. No pude ver bien el color de tu chaqueta a causa de las luces que iluminaban el objeto que exponías. El que había salido de tus manos como de una entraña pequeña. Con fragmentos de vidrio (un vidrio irisado, metálico, que se parecía tanto al color y a la textura de tu piel) habías construido unos juegos de agua. Con ellos salpicaste a medio mundo y ésa fue la mejor de la exposición. Cuando algún señor de edad se acercaba, curioso, interesado, a revisar el mecanismo, la composición de tu juego de agua, y sorprendentemente, sin saber cómo, un chorro de agua bastante turbia le mojaba la cara, el cuello de la camisa, la camisa, la corbata. Nadie se atrevió a enojarse y nosotros (los expositores) nos divertimos mucho. A nadie se le había ocurrido algo tan bueno. Mi silla (el esqueleto de una silla), por ejemplo, era bastante inocente. Es cierto que simulé un tapiz con papel de diarios viejos, pero no producía deseos de sentarse. En realidad, más bien daba ganas de mirarla. Elegí cuidadosamente las partes de los periódicos destinadas a destacarse sobre el esqueleto de madera. Para eso, revisé prolijamente los ejemplares de los diarios de los dos últimos años, en la colección de la Biblioteca Nacional, dado que nuestros tutores nos prohíben archivar información. Confían en el rápido deterioro de la memoria, para lo cual la ayudan impidiéndonos cifrar, certificar nuestros recuerdos documentalmente. Del presente recordaremos sólo aquello que la memoria quiera conservar, pero ella no es libre, se trata también de una memoria oprimida, de una memoria condicionada, tentada a olvidar, una memoria postrada y adormecida, claudicante. Aunque he tratado de mejorar su funcionamiento mediante varios ejercicios, no logré gran resultado. Estoy seguro que si a nadie se le hubiera ocurrido inventar la escritura, gozaríamos de una memoria en mejor estado. Pero con la excusa de la palabra escrita, se ha vuelto tan perezosa que se pasa la mayor parte del tiempo durmiendo o distraída. Y seguramente no recordaré mañana que hoy me he

prometido a las dos de la tarde recordar que mañana a las dos de la tarde tengo que recordar que mañana a las dos de la tarde tengo que recordar lo que hoy he prometido, aunque hoy estoy seguro de que así lo haré, he dejado pautas por todos lados para ello, he guiado y ayudado a la memoria de mañana con pistas y señales, porque la memoria es como una niña pequeña, hay que sostenerla y ayudarla a andar, hay que ejercitarla y protegerla. Leyendo los diarios viejos me di cuenta de la cantidad impresionante de cosas de las que me había olvidado, durante los días de estos dos años. Cosas tan importantes que pensé no olvidar jamás. Y se trataba solamente de los dos últimos años. ¿Cómo imaginar la cantidad exorbitante de cosas que había podido olvidar desde nacido? Atentados. Catástrofes. Ascensiones presidenciales. Huelgas de mineros. Accidentes aéreos. Guerras. Manifestaciones disueltas por la policía, en uno y otro lado. Bonzos inmolados. De cada mil niños que nacen en el continente, seiscientos cuarenta mueren de enfermedades curables. Bebés nacidos sin cabeza. Astronautas. Concentraciones populares reclamando la paz. Bombas que estallan en el Pacífico, nada más que experimentales. "Accidentes" en las cárceles, a consecuencia de los cuales morían obreros, morían estudiantes, morían luchadores, y todo permanecía igual. Guerras declaradas y guerras solapadas. Napalm cayendo del cielo a la tierra a través de los aviones. Concursos internacionales de belleza. Intrigas. Emboscadas, crímenes colectivos, hecatombes, suplicios, martirios, tormentos, prisiones, revoluciones contra la revolución, discursos, declaraciones, escándalos, sacrificios, abnegaciones. Y muchas, muchísimas competencias deportivas.

Después de seleccionar cuidadosamente el material que me interesaba, recorté varias hojas, llenas de fotografías, y ése fue el papel que usé para tapizar una parte de la silla. Un pedazo de papel, por ejemplo, traía la fotografía de un bebé quemado por el napalm en Vietnam. Se ve que la foto la habían tomado desde muy cerca, con un buen lente de aproximación, y luego la habían ampliado hasta darle un tamaño apropiado para el formato del periódico. A los soldados les gustaba mucho lucir sus triunfos, mostrar sus habilidades. También elegí una vista de una manifestación en Córdoba, en el momento de ser disuelta por la policía. El aire era un hongo de gases y nubes de humo que extendía su algodón impregnado sobre los manifestantes que corrían por encima de las víctimas. En otro lugar se veía, enorme, la fotografía de Charles Bronson, con el bigote caído, la pose un tanto felina, el aire de virilidad reconcentrada y muscular que encanta a las mujeres, a las mujeres viejas, se entiende, a las mayores de treinta años. En seguida coloqué, subrayándola con un trazo rojo, la cifra en dólares que gana Alain Delon por cada película en la que interviene. También recorté y pegué en la silla varios discursos de generales y otros tipos que gobiernan los países, señalando con una gruesa línea azul las palabras y las frases que se repetían, como si todos hubieran

sido escritos por la misma persona, o copiados de un solo manual. Frases enteras que se repetían. Era muy divertido. Después agregué la imagen de dos mujeres desnudas que se besaban en la boca y se tocaban los senos. En realidad, eso no era una fotografía de diario. Era una postal pornográfica; se trataba de dos mujeres muy suaves, muy bonitas, tenían unos cuerpos claros y dulces, de líneas tiernas, nada chocante se desprendía de ellas. Seguramente el editor se equivocó; quiso hacer algo que incitara los sentidos y esa imagen, en realidad, incitaba los sentimientos. Con todo, lo más interesante era el asunto de los discursos. Muchos tipos se detuvieron delante de la silla a leerlos. Los términos que se podían hallar en casi todos los discursos aludían en general a conceptos muy vagos y difíciles de precisar, sin entrar en discusiones, tales como “bienestar de la nación”, “defensa de las libertades”, “salvaguardar los intereses comunes”, “protección de las instituciones públicas”, “legalidad y orden”, “progreso y desarrollo”, “en aras de la felicidad de la república”, “sacrificio y empeño de las Fuerzas Armadas”, “dura lucha contra los enemigos foráneos”, “inspiración extranjera”, “sano nacionalismo”, “honradez y honor militares”, “fuerzas oscuras que socavan la nacionalidad” y todo ese tipo de cosas, pero con una prosa de la peor especie, porque es una prosa oficial. El juego de aguas era muy bonito. Me hubiera gustado tener uno así en la terraza de mi casa. Los colores de los vidrios, especialmente. Tú tenías las manos un poco melladas del trabajo en metal. En seguida me di cuenta que eso era muy importante para ti. Recoger materiales diversos, pedazos de madera, de hierro, varillas de vidrio, trozos de cerámica y llevártelo todo a tu casa, para participar después en la tarea de dar forma a las cosas que llevabas en la imaginación. Tenías las manos melladas del trabajo, los dedos. Me explicaste que en tu sección del taller había una turbina, un tubo de oxígeno, un soldador eléctrico, y yo pude pensar bien en ti, sin dificultades, finita, delgada, moviéndote entre las carrocerías y las chapas de metal. Hurgando entre los trastos, entre los desperdicios, hasta encontrar el objeto, la forma, el material que te faltaba para acabar la composición. En cambio y había entrado al curso por pura indefinición. En realidad me interesaba tanto la plástica como la música, como la sociología, como la medicina, como la física, como la química, la botánica y la matemática superior. Así que, en el trance de decidir, tomé una moneda, y la lancé al aire, cara o cruz definirían mi vocación: saltó la cruz y yo inicié mi ascensión humanística. Sabía que podía aprender sin dificultades, aun con cierta rapidez, las más diversas técnicas, aquellas que nos habilitan para mover los pinceles como si fueran dedos, aquellas que nos permiten mover los dedos en el teclado como si fueran pinceles, aquellas que nos permiten redactar con corrección, aun con cierto brillo, las deliciosas travesuras de la lógica del sueño o las extravagancias de la ensoñación, pero carecía de

talento creador. Aun así, ¿quién se animaba a desafiar la predestinación de la cruz?

—¿Qué haces? —me preguntó ella, en cuanto la aglomeración de público nos permitió refugiarnos en un costado del jardín. Yo pensaba en sus juegos de agua.

—Nada —le dije, y era una de las respuestas más serias que había dado en mi vida de catorce años. Nos habíamos sentado al borde de una fuente, lejos de la sala de exposición, entre los álamos tan oscuros que no se veían, como guardianes emboscados. Ella parecía bastante ajena al paisaje. Ésa era una característica que conservaría a lo largo de la noche. Asumía el paisaje con naturalidad, aun no sabía bien si porque lo encontraba adecuado, armonioso, o si, por el contrario, le resultaba tan despreciable que ni le merecía críticas, por irremediable.

—¿Y cómo lo consigues? —me preguntó en seguida— Hace doce años que procuro no hacer nada, y no podido lograrlo todavía. Siempre se me están ocurriendo cosas, y antes que me dé cuenta, ya estoy metiendo las manos en algo. ¿Te parecería bien que me las atara?

—Tú no tienes sólo doce años —protesté. No quería que nuestra conversación se estableciera sobre bases falsas.

—Por supuesto que no. Tengo catorce, como tú. Los otros dos años tuve forzosamente que hacer algunas cosas, aprender a caminar, hablar, a leer los periódicos y todo eso. Por lo tanto, no los tomo en cuenta. Son años perdidos: uno debería nacer con todo eso ya aprendido, para poder aprovechar el resto del tiempo en no hacer nada.

Ella me gustaba mucho. Vi, a lo lejos, las luces de la exposición, la gente, oscura, moviéndose entre los aparatos, y un cuidador solitario, que recogía los cables de la iluminación que caían sobre la parte exterior de la galería, entre los álamos también negros del jardín. Solamente parecía preocupado por seguir la huella del cable, como una serpiente, entre las hojas húmedas, el viento, las semillas caídas, los postres y los carteles alusivos.

—¿Cómo sabes que tengo catorce años? —ella ya me había tomado algunas ventajas en la conversación, y yo me tenía que mostrar cauteloso. —La protesta de los artistas carece de significación en el ámbito de la cultura de masas. También la protesta puede ser masificada, y por lo tanto, neutralizada, de la misma manera que se masifica la pasta de chicle o las reproducciones del Guernica. En el universo de las masas dirigidas, controladas por la ideología de los amos de las computadoras, una silla de artista es menos que la pata de una mosca rebelándose contra la deshumanización del sistema —peroró.

Yo no había querido llegar a temas profundos. En realidad, la profundidad me da vértigo. Por eso he decidido no pensar más: para no caerme. La menor cosa: la meditación acerca de una pequeña pieza del motor de un automóvil, me conduce, por asociaciones a analogías,

a otras meditaciones, y así sucesivamente, de manera que la pequeña pieza del motor del automóvil se convierte en el centro de un universo de inquisiciones, de las cuales el vértigo se desprende, como fruto maduro, y con él yo me caigo al pozo, un pozo que me da miedo. Los demás no tienen pozo o lo han tapado. Si consiguiera bastante arena yo también lo taparía, pero no creo que alcanzara la que he visto en las playas, y además, es una arena sucia: tiene desechos de embarcaciones, de bañistas y de amantes. El amor también deja sus huellas, sus desperdicios, sus residuos, y a veces el viento, el mar, la brisa que sopla no se los quieren llevar. Y el día que consiga no pensar más, nadie lo notará, ya que la mayor parte de la gente que conozco ha resuelto hacer lo mismo; es más cómodo y garantiza la libertad; bueno, las formas de libertad que podemos tener, para que la integridad del estado no peligre. Y si lo consigo y las autoridades se enteran, tal vez me den una medalla por buen comportamiento o servicios a la nación, lo cual me permitiría vivir de rentas. ¿Y quién puede imaginar una situación mejor, disfrutando de rentas y sin pensar? Alguien me dijo que ése era el sueño americano, uno que una vez estuvo en el exterior (el exterior es toda la malignidad que nos acecha más allá de las fronteras) y vio la obra de un tipo que se llamaba Albee o algo así.

No he querido rebelarme contra la deshumanización del sistema – insistí. La silla es la silla, nada más, solamente que en lugar de reposar el culo sobre la felpa muelle, de un bonito color verde, todos aquellos que se le acerquen tendrán que meter sus asentaderas sobre el barro del Vietnam, el colonialismo explotador, la desigualdad de clases, la represión organizada, y el Coloso de Marusi. Las Fuerzas–Armadas–Que–Protegen–A–La Nación. Para quienes creen todavía en la permanencia del instinto sexual, adherí una fotografía de Charles Bronson o la pareja de mujeres homosexuales, a gusto del consumidor.

–Ambas cosas me parecen un poco ingenuas para tus catorce años –dijo ella, mirándome a la cara. Yo difícilmente podía soportar la crudeza de sus ojos verdes, con destellos de inteligencia, sin sensualidad–. Pero teniendo en cuenta que la edad promedio del público oscilará en los cuarenta, creo que has elegido bien los motivos. Ahora, sentémonos –me invitó, al borde de una fuente. Habíamos paseado un poco a través de un camino de cipreses, que ella ni notó. La fuente tenía dos ángeles, a horcajadas de un pez grande como ellos. Los ángeles estaban musgosos y les chorreaba agua por todos lados. Simbolizaban no sé qué, algo que le vendría bien el estado.

–Trata de no mojar te la ropa –le dije. El arte de nuestros abuelos gotea por todos lados.

–Es un arte frito –dijo ella, desenvolviendo un caramelo, llevandoselo a la boca con placer, e invitándome con otro. Ésa era una buena afinidad: los dos adorábamos los caramelos. Durante un buen rato nos dedicamos a llenarnos la boca con una variedad bastante completa de

sabores: caramelos de chocolate, de cereza, de leche, plátano, miel, ciruela, naranja, ananá y limón. Masticábamos bien la pasta, sorbíamos el líquido desprendiendo y mirábamos la noche, oscura y apacible. Me dijo que la llamara con más gusto y gana me diera, de manera que yo decidí llamarla Laura, por un poema de Petrarca que se me vino a la mente en ese instante: “Donna, non vid’io” (Ballata I, Accortasi Laura dell’ amore di lui, gli si mostra severa). A Petrarca lo leemos porque es antiguo: nada peligroso puede haber en él. Ella ya había acumulado varios nombres a lo largo de su vida, aparte de los banales y sin ningún sentido que le habían adjudicado sus padres, y que solamente servían para rellenar las actas: hubo quien quiso llamarla Brunilda, un adolescente de doce años que se enamoró de ella y la nombraba Yolanda; su primo, con quien se inició en las ceremonias sexuales, y la bautizó Anastasia, y una amiga íntima junto a la cual aprendió del amor y de la poesía, que la llamaba Gongyla. Ella podía recordar que tenía una abuela de nombre Gertrudis, y un abuelo Nicanor.

—Tu serás para mí, Rolando —me dijo, besándome en la frente, grave, austeramente—. Siempre quise tener un hermano. Creo que ése ha sido un trauma de infancia, cuyas consecuencias todavía padezco. ¿Has deseado tener una hermana?

—No —mentí, bajando los ojos y pateando una piedra roja, redondita, que sobresalía entre las hojas del suelo. ¿Cómo decirle que en ese mismo momento tenía unos deseos malditos de que ella fuera mi propia hermana? Si hubiera tenido una hermana me habría enamorado de ella perdidamente y habría vivido un drama occidental y cristiano, por los incestos me despiertan admiración, ternura, respeto, sensualidad y el placer. La culpa de que yo pensara en ella como hermana incestuosa la tenía el pantalón lila, o las botas negras, o el pelo cobrizo que le caía sobre los hombros. Era un pelo finito, escaso, y se las arreglaban mal para llegar hasta un poco más abajo de la nuca, pero al final, entre vacilaciones y desmayos, llegaba. Para ahuyentar esos pensamientos, me puse a mirar hacia el suelo y le pregunté:

—¿Dónde están tus padres? —sabía que todos los alumnos de nuestra promoción compartíamos un destino semejante de padres censurados: muchos habían muerto durante el levantamiento armado de 1965, otros fueron dados por desaparecidos en los meses de guerra civil, o pagaban su ilusión revolucionaria en los cuarteles, cárceles, prisiones del estado. Nosotros, sus descendientes, habíamos sido colocados bajo la custodia de las mejores y más patrióticas familias del país, aquellas que, para arrancar el peligroso germen de la subversión que posiblemente habíamos heredado, como una enfermedad en el oscuro aposento de los genes, se ofrecieron gentilmente a vigilarnos, recordarnos, instruirnos de acuerdo al sistema, descastarnos, mantenernos, integrarnos, en una palabra a su sociedad. Algunos, con más o menos suerte (dependía del caso) habían quedado en manos del estado, que los colocó en sus institutos, orfanatos y albergues,

quizás de por vida, esperando su rehabilitación. Porque como todos sabemos, el estado tiene la obligación constitucional de dar techo, abrigo y comida a todos sus hijos, sin distinción de nacimiento, raza, color de la piel. Lo que puede distinguir si es el color de las ideas, porque el estado no va a estar dando techo, abrigo y comida a quienes siniestramente socavan sus instituciones, maquinan su destrucción y lo desprestigian. Ésa había sido precisamente la suerte de mi hermano Pico: para evitar que ambos pudiéramos complotarnos contra la seguridad del Estado y organizar la subversión, nos habían separado; a mí, me había tocado pasar a vivir con una de las más rancias familias del país, de probada fidelidad a las instituciones, como que ellos mismos eran las instituciones, desde hacía más de cincuenta años, tan rígida como dispuesta a borrar de mí toda simiente del pasado; en tanto Pico, menos rebelde, más pequeño, fue a parar a un reformatorio. Aún continúa reformándose, que yo sepa, por lo que he podido conversar en el parque con un muchacho que también tiene a su hermano en el mismo reformatorio, y que ha inventado un sistema de comunicaciones bastante seguro y eficaz. El sistema es un poco complicado, al principio, pero una vez que se adquiere práctica, se vuelve ágil y sencillo. Se comunican a través de estampillas de correo, que intercambian entre ellos. Hasta ahora nadie ha advertido que ambos se comunican, y él mismo se ofreció a enviar mi correspondencia a Pico a través de su procedimiento. Yo acepté, pero en seguida me di cuenta que tengo pocas cosas para decirle a Pico. Pico solamente tiene siete años y, en realidad, cuando mis padres murieron en el levantamiento armado del año 1965 (en nuestra cómoda casa de dos plantas, pasados sumariamente por las armas, mientras escuchaban un concierto de piano de Franz Liszt) solamente tenía tres, por lo cual poco sabía yo de él hasta ese momento. De todas maneras, la separación fue muy dolorosa, porque ninguno de los dos teníamos ganas de ir allí a donde nos enviaban: a mí, con la nueva familia encargada de regenerarme, a él a un reformatorio que tendría la misma finalidad, y no sé cuál de los dos estará mejor o peor, porque ambos sistemas tienen sus ventajas y sus inconvenientes, según el caso. Además, para consolarnos, nos han dicho que nuestra suerte ha sido mucho mejor que la suerte que habríamos corrido de haber triunfado la revolución, porque entonces habrían mandado a todos los niños a Siberia, que es mucho más fría, como todo el mundo sabe, y está llena de osos. Pero a mí me parece que mi padre no tenía ningún interés de enviar a nadie a Siberia, ni abrían separado a ningún niño de su familia, porque le gustaban mucho los niños y las familias; ahora nos han hecho separar de nuestras familias para que no nos separaran de nuestras familias. Con el muchacho ese le envié un mensaje a Pico que decía: "Querido Pico, ¿cómo estás?". Él me contestó a los dos días con otro cuyo texto descifrado era: "Yo más o menos o mal según se mire. ¿Y tú?". Pasé varias semanas sin tener

nada que decirle, hasta que le envié otro que decía: “Vivo con una familia muy rica y soy bastante ingenioso. Si necesitas algo avísame, que trataré de enviártelo”. El texto de su respuesta era una lista de pedidos que procuré complacer rápidamente: “Aprovechando la oportunidad, te diré que andamos escasos de cigarrillos, lápices, papel de escribir, cuchillos u otro objeto cortante, chocolates, libros, revistas, manuales de instrucción armada, ganzúa, algodón, éter, bisturí y soplete. Hay un tipo de aquí que dice si puedes mandarle disimuladamente un texto de química. Yo desearía tener un pez de color, pero tengo miedo de que me lo quiten durante la inspección. No podría soportar que se lo llevaran, después de haberlo tenido”.

Estuve ocupado un tiempo, tratando de complacer a Pico, lo que no fue fácil en todos los casos, debido al rígido control bajo el cual vivimos. No tuve problemas, por ejemplo, para abastecerlo de cigarrillos: alcanzó con apoderarme de algunos de los cartones que mi nuevo progenitor –hombre muy rico y por tanto de influencia en el manejo de la cosa pública– deja deliberadamente sobre el escritorio o la mesa de luz, para hacerme cómplice. Son cigarrillos de los buenos, americanos, con filtro y hermosas cajillas: pensé que los dibujos a Pico le iban a gustar, aunque no fume, porque me dijo el mismo muchacho que se encarga de nuestra correspondencia que Pico es un adulto muy sereno, austero y reservado, de vida casi monacal, entregado solamente a la poesía y a la política. Con los lápices, en cambio, empecé a tener dificultades. Todos aquellos instrumentos que sirven para expresarnos están rigurosamente controlados, para evitar que expresemos cosas que no conviene expresar, por lo tanto, debí canjear varias de mis mejores piezas filatélicas (afición inofensiva, y por lo tanto propiciada por el Estado, los centros de reeducación y las familias colaboradoras) por pequeños grafos consumidos, colas de lápices y algunas tizas. Es increíblemente alto el nivel de cotización que han alcanzado los bolígrafos, aquellos que podemos sustraer y ocultar, por supuesto. Objetos cortantes me fue enteramente imposible conseguir. Desde que murieron mis padres no he vuelto a ver ningún instrumento afilado a mi alrededor, y ya se me ha indicado que, para evitar que maneje hojas de afeitar, deberé cortarme estos pelos incipientes de la barba que han empezado a crecerme con la máquina eléctrica, porque el uso de la barba está prohibido, nos vuelve sospechosos, pero tampoco podemos manipular objetos cortantes. Por otra parte, es imposible desmontar alguna de estas máquinas que emplean para cortar fiambres, el pasto o las legumbres, sin que alguien en la casa advirtiera la operación, nos denuncie, y recibamos la sanción correspondiente, nada leve, porque se vería en ella la fuente de la subversión nacional. Chocolate pude enviarle en abundancia, hasta tabletas inglesas y suizas, que mi madre adoptiva recibe de las empresas extranjeras como obsequios, junto a perfumes, lociones, latas de conservas, licores, extractos, cremas para entrar al baño, cremas

para estar en el baño, cremas para estar en la casa,, cremas para la mañana, cremas para la tarde, cremas para la noche, cremas discretas para interiores oscuros, cremas para las funciones de gala y otras más que no recuerdo, pero seguramente existen (también hay una crema para quitarse la crema del rostro y otra crema para quitarse la crema que se ha colocado en el cuerpo). La selección de las revistas me fue muy difícil de hacer. No conozco los gustos particulares de Pico ni de sus compañeros, y él no pudo especificar qué material le interesaba leer. Las revistas que circulan fácilmente entre nosotros son las destinadas a excitar nuestros instintos sexuales, dado que es de suponer que si consiguiéramos interesarnos obsesivamente en eso, debilitaría cualquier otra idea peligrosa que pudiera ocurrirnos. De modo que nuestros padres adoptivos, nuestros maestros y profesores, se ocupan tenazmente de fomentar en nosotros los intereses sexuales, por lo cual nunca nos falta material ameno e ilustrativo para entretener nuestros ocios. Sin embargo, no puedo saber qué clase de literatura sexual preferiría Pico. Tampoco sé si ya se habrá decidido por alguna manifestación especial de la sexualidad, o si querrá informarse bien, antes de decidir. Frente a mi ignorancia acerca de sus preferencias, opté por enviarle varios ejemplares de revistas pornográficas dedicadas a diferentes temas. Algunas estaban consagradas exclusivamente a la homosexualidad, y su contenido obvio me parecía muy poco atractivo, ¿qué persona normal puede sentirse interesada todavía por un coito de macho y hembra, por fantástica que resulte la posición asumida para el hecho, aunque la cámara fotográfica especialmente acondicionada haya desmesurado el tamaño de los órganos o el lente, gracias a complicados mecanismos, pueda sugerir sensaciones que después en el lecho nunca aparecen? Solamente en caso –remoto– de que Pico aún no hubiera practicado el coito heterosexual, podría sentirse atraído por esta clase de revistas, y siempre que su imaginación fuera muy pobre. Incluí, por lo tanto, algunos ejemplares dedicados a otras variedades de la actividad sexual, tales como la zoofilia, la homosexualidad, la necrofilia, el onanismo, etc. No pude obtener, por estar censuradas, revistas de mecánica, electricidad, política, historia, filosofía o sociología, y por respeto, no quise enviarle las de deportes. Sé que en su comunidad (así llaman ellos a su albergue) uno de los castigos más severos que se aplica haya transgredido una regla de fraternidad o de compañerismo, es la lectura de material deportivo, ése con el cual tratan de aturdirnos, abrumarnos, convencidos de que si nos volvemos fanáticos del deporte, alejaremos otras ideas perniciosas de nuestras mentes. Le mandé también bastante papel de dibujo: en cambio, los últimos pedidos eran sencillamente imposibles de cumplir. Libros, estaban casi todos censurados por una u otra razón y todos los días partían buques repletos para arrojarlos en alta mar, donde seguramente sublevaría a los peces, si es que éstos no habían perdido ya el instinto de la rebelión. Aunque una vez conocí una edición en clave de un

manual de lucha guerrillera, eso fue hace muchos años, cuando aún vivían mis padres. Ya en esa época estaban prohibidos, aunque mucha gente se las ingeniaba para difundirlos clandestinamente, pero luego que el levantamiento hubo fracasado, nunca más me enteré que fuera posible obtener alguno: los que sobrevivieron no los necesitaban, puesto que estaban las Fuerzas Armadas para protegernos, y los otros, o habían muerto o fueron recluidos de por vida (¿o debo decir de por muerte?) en los campos para prisioneros del Estado. El pececito de color sí se lo envié. Pensé comprar dos, uno para mí y otro para él, que fueran hermanos, los peces, pero después abandoné la idea: pasaría mucho tiempo, junto a la ventana, mirando al pez rojo dar vueltas dentro del agua clara, nadar, moverse de un lado a otro; pensaría que como yo, Pico también, donde estuviera, miraría aquel pez, aquella agua, pensaría como yo en el pez, en él, y tal vez yo nunca me enterara cuando alguien le arrebatara el pez, y sin saber que él ya no tenía nada girando en el agua, dando vueltas, yo siguiera, equivocadamente, contemplando mi propia pecera, mi pez, mi agua, de modo que decidí comprar uno solo y mandárselo. Era un hermoso pececito rojo, pequeño, con su contorno perfectamente dibujado, las aletas finas, el cuerpo redondo, un movimiento ágil y elegante de la cola y un par de ojos, que, a diferencia de tantos otros peces, eran unos ojos inquietos, entusiasmados de vivir.

Al poco tiempo recibí una única nota de Pico, que decía así: “Gracias por el pececito. Se llama Ugolino. Todos lo queremos mucho, pero especialmente yo. El celador lo retiró anoche, y lo dejó ir por la cañería del agua. Estaba vivo aún cuando pasó a la cloaca”.

No he tenido más noticias de Pico. Tal vez no tenga nada nuevo que decirme, o hayan interceptado algunas de sus notas. El muchacho a quien yo veía en el parque con el pretexto de intercambiar postales, me ha dicho que algo grave ha sucedido adentro del albergue. Él tampoco ha podido saber de qué se trata, ya que su propio hermano, para evitar complicaciones, ha suspendido la correspondencia por un tiempo. El muchacho del parque piensa que ellos han sido trasladados a otra parte, quizás porque descubrieron que alguno conseguía comunicarse con el exterior, o porque han cometido una importante desobediencia. Sea como sea, otra vez hemos quedado sin noticias.

—Mis padres están metidos en un cuartel —contestó tardíamente Laura, chupándose la punta del dedo con sabor a caramelo—. Cadena perpetua. Un juez militar les tipificó “Atentado a la Constitución”, “Asociación subversiva”, “Complicidad en evasión”, “Conspiración”, “Encubrimiento”, “Instigación a la violencia”, “Ofensa a la Fuerzas Armadas”, “Atentado”, “Tenencia de explosivos”, “Alta traición”. ¿No es sorprendente que una sola persona pueda cometer tantos delitos simultáneamente? En total, 955 años de prisión. No creo que puedan cumplirlos todos. Se morirán antes, con seguridad, y ésa será su venganza —reflexionó Laura en alta voz, mientras sacudía una mancha

de líquen que le había quedado en el pantalón lila, a la altura de la rodilla, por culpa del ángel. Mientras me inclinaba para ayudarla, mojando con saliva el redondel verde, un poco de su pelo cobre me acarició la frente. La frente que ahora tengo desnuda. Mi propio pelo me fue cortado cuando pasé a integrar el nuevo núcleo familiar. A veces siento un poco de nostalgia por él, por mi pelo castaño que me cubría la frente y me llegaba a la nuca y era muy suave, pero las autoridades han prohibido a los varones usar el pelo largo. Parece que no les gusta—. No los he vuelto a ver —murmuró Laura con voz baja y equilibrada. No pude, por discreción, investigar si había pena en ese hecho. ¿Qué sentido tiene extrañar aquello que no nos dejan extrañar? El de una rebeldía inútil.

—La mancha se ha ido —le dije, acariciando suavemente la tela, la rodilla, el hueso, la piel. El dedo fue caminando despacio, como un niño tímido que recorre una ciudad desierta, pero llena de soldados.

—Creo que eres un poco sentimental —me dijo ella, con aire reprobador. Encendió un cigarrillo y me ofreció el paquete.

—No voy a fumar —le dije—. Estoy harto de hacer humo. El cuidador se movía a lo lejos, enrollando los cables que sujetaban la nave de la exposición. Alguien estaría en el salón pronunciando un discurso, colocando cintas, reverenciando al mundo, puntuando las obras, ensalzando el orden, nuestro orden, el orden impuesto. Pero nosotros nos habíamos quedado callados, juntos y un poco tristes, desganados entre las sombras del jardín, sin moverse, ella fumando y mirando hacia el suelo de hojas caídas, yo mirándola a ella, al pantalón lila. Lila. Laura. Lielia. Ligeria. Los álamos. Laura tan ligera tan liela tan lila como los álamos.

—¿Qué árboles son éstos? —me preguntó, y yo supe que se refería a los árboles que nos rodeaban, como parientes muertos, en la tristeza.

—Álamos. Son álamos —le respondí.

—Tú me pones un poco melancólica —me dijo, aplastando suavemente la colilla contra el suelo de hojas húmedas y marchitas.

—No es cierto —le dijo—, son las estatuas y los álamos. Estatuas clásicas, álamos silvestres— nos quedamos en silencio, otra vez, pero sin separarnos. En el silencio había un vínculo que nos unía como a hermanos en el mismo antro, útero o calabozo. Si fue porque estaba demasiado cansada, ella dejó que una de sus piernas lilas se deslizara suavemente hacia mi costado, como por descuido. La dejó reposar, como un miembro separado de él. Le quité apenas de la frente unos cabellos desbocados que se habían agazapado allí, ebrios, argonautas, conspiradores.

—¿Crees que alguna vez los dejarán verse? —me preguntó de pronto, y su voz temblaba—. No sé —dijo—, a través de una cerca, de un alambrado, por encima del muro. Alguna vez durante los largos años.

—Tal vez —mentí. Y para hacerlo bien, tuve que encender un cigarrillo y distraerme contemplando aparentemente las volutas que ascendían hasta los álamos.

—No —dijo ella firmemente—. Estarán separados, muy lejos, cada uno en cubil, en lugares remotos, distanciados por kilómetros de caminos de tierra, cercas, alambrados, postes, púas y sirenas, detrás de enormes muros cuyo final no se divisa. Quizás hayan perdido la memoria, todo lo que sabían, y él sólo sepa que es un hombre y ella sólo que es una mujer, y todo otro conocimiento haya volado de sus mentes, durante el tiempo del castigo, todo conocimiento se haya ido por las venas con la sangre derramada, durante el cautiverio, el tiempo de estar presos, separados, ajenos, distantes. Acaso ya ninguno de los dos recuerde quién es el otro. Mejor hubiera sido estar muertos —concluyó sombríamente.

Yo me quedé callado, inmóvil.

—Ellos no se matan a sí mismos por disciplina —afirmó rotundamente: un revolucionario no se mata, porque ama la vida.

—Yo me hubiera matado —respondí, firmemente.

—¿Cómo te habrías ingeniado para hacerlo? —me preguntó, interesada. Yo continuaba fumando, por hábito, no por principios.

—Yo qué sé —dije—. Me hubiera pegado un tiro o algo así —respondí.

—Supón que no hubieras tenido armas en ese momento; que las armas te las hubieran quitado todas. ¿Cómo te las habrías ingeniado entonces?

—Hubiera corrido, eh, corrido. Sí. Hubiera corrido delante de ellos hasta obligarlos a pegarme un tiro.

—Pero eso no es posible —murmuró, decepcionada por mi respuesta—. Te ha sujetado bien entre cinco o seis y te han lanzado al fondo de un calabozo. Has pasado días y días incomunicado, sin comer, sin beber, en el más completo silencio y aterradora soledad. Semanas enteras, sin hablar, sin escuchar un sonido humano, una voz: semanas enteras en la oscuridad más absoluta, en la negrura, en la falta de aire y de luz, sin escuchar el canto de los pájaros ni las evocaciones de los otros ni tocar más que el frío de los crines ni oler más que las propias heces acumuladas en el suelo, como una bestia, a la cual se le arroja un pedazo de pan viejo y de carne agusanada a través de la ventana de hierro —siempre cerrada— una vez por día. Y después de semanas de oscuridad, de negrura, de frío y de locura, se suspira por un golpe, se suspira por la mano del esbirro que te mece la barba crecida.

Ella me estaba acorralando, me estaba cercando con sus preguntas y yo veía cada vez más difícil la posibilidad de la salvación. Las sirenas aullaban alrededor mío, el tiempo se acortaba, yo corría despavoridamente por las calles mojadas, los perros estaban a punto de alcanzarme, corría, corría, detrás los amos, los perseguidores, pero yo no quería vivir separado de tí, de ti, de ti.

—Hubiera sido previsor y hubiera llevado escondida en la cavidad de la oreja una de esas pastillitas fatales e imprescindibles que producen la muerte instantánea. La primera vez que hubiera tenido las manos libres, zas, a la boca con ella, y hombre muerto.

—Tonto. Eso no sirve. Al primer golpe que recibes, salta la cápsula que pierdes para siempre o se te hunde en la cavidad del oído. Hubieras obtenido una bonita y momentánea sordera, nada más.

Yo ya no tenías más posibilidades. Cercado, rodeado por los perros, acosado por las sirenas, acorralado contra una calle sin salida, no verte nunca más, no saber de ti, no poder mirarte a los ojos, no tocar tus rodillas, no verte vivir. Creo que ella tampoco las tenía, porque me dijo:

—La próxima vez habrá que meditar bien esta cuestión.

Cocluido el tema, nos dirigimos, bastante deprimidos, hacia el sendero que nos conduciría otra vez a la sala de la exposición, desde la cual ya nos estaban llamando por los altavoces.

—¿Qué harás con el primer premio? —le dije, seguro de su triunfo.

v—Ya verás —me anunció, con mirada maliciosa y cómplice.

Llegamos justo en el momento en que el Presidente de la Institución anunciaba que el jurado había finalizado la deliberación. Como soldados dóciles, Laura y yo nos dirigimos a nuestros respectivos lugares, ya asignados en el ensayo previo. Como a monos en la exposición, de los cuales se esperan habilidades, gracias y piruetas para el respetable público que ha comprado su entrada, nos habían dispuesto sobre una tarima, dándonos un número que correspondía a nuestra identificación. Con los presos hacen lo mismo, sólo que nadie conoce sus nombres, ni los mismos carceleros; para siempre son solamente el número que el juez les ha adjudicado. Pensé que sus padres, los padres de Laura, los míos si hubieran sobrevivido, también tendrían números, números para ocupar sus celdas, números para sentarse a comer el guiso recalentado, la carne agusanada, y una vez perdida la memoria, una vez el tiempo transcurrido, ya solamente serían aquello: un número de tres cifras —quizás de cuatro—, ya nadie recordaría sus nombres, ni ellos mismos, un número en los roles, en las listas de los guardianes, en las estadísticas, en los registros, en la historia que alguna vez alguien contaría de este tiempo, y quién sabe si el que la contara sabría algo más de ellos que su número de identificación, quién sabe si aquella historia que irían a contar sería la verdadera historia, ¿y si ellos, los encargados de contar la historia, contaban una historia que no correspondía a la verdadera historia? ¿Se borrarían para siempre de la memoria de los hombres? Pensé que la historia que llamaban historia y que nos enseñaban era, en realidad, la historia fraguada voluntariamente, o aun, una historia escrita con buenas intenciones pero manchada por la culpa de la falta de memoria, del olvido, del anonimato, del perdón. Porque la historia la escriben los vencedores. Esto lo pensé mientras dócilmente me acomodaba en el lugar establecido. No me importaba ser dócil en esas cosas, hasta me

parecía una concesión graciosa. De lejos, Laura me enviaba miradas cómplices, a las que yo contestaba sobriamente, aparentando una seriedad adecuada para el caso, pero con secreto regocijo de la inteligencia. Fue entonces que la ceremonia comenzó.

El señor Presidente del Círculo de Artes se dirigió con pasos solemnes hacia el centro del escenario, de la arena, luciendo su cinta de Sumo Simio Pontífice de los Primates, maestro de ceremonias, Gran Organizador. El antropoide manipuló durante unos instantes el micrófono, hasta colocarlo delante de sus fauces. Todos estábamos inmóviles, callados: la inmovilidad y el silencio eran los fundamentos de nuestra educación moral, social y cívica, por oposición al movimiento y a la palabra, factores, como todo el mundo sabe, de dispersión, convulsión y subversión políticos.

Se comenzó el acto leyendo la lista de los objetos que habían sido eliminados por una u otra razón. El mío fue uno de los primeros, por considerárselo hostil y poco decorativo. Estaba visto que nadie bien nacido querría tener una silla de éstas en su casa, ni su contemplación le proporcionaría alguna clase de placer, y hay que tener en cuenta que todo en nuestra sociedad tendía a proporcionarnos una sensación de bienestar al sentarnos, que era la posición más adecuada para mantener la tranquilidad del Estado. Uno a uno los diferentes objetos fueron eliminados, o discretamente alabados, y la lista continuaba. Hasta el final, con indudable orgullo (como si se tratara del verdadero creador o como si ese objeto, por su forma, por sus proporciones, por su sentido, fuera el más fiel reflejo del deseo y el pensamiento de las autoridades) el Mico Máximo, el Antropoide Erecto proclamó que el juego de aguas presentado por Laura era el ganador del concurso. Gran regocijo. Salutación. Aplauso unánime de los presentes. Los primates baten palmas y devoran bananas. Han descendido del árbol y se han instalado en casas con puertas y ventanas. Manejan automóviles. Fabrican lavadoras y cárceles. Abandonan las lianas en el museo y salen a recorrer las calles pisando la calzada con botines nuevos. Al reconocerse se saludan los unos a los otros, como que pertenecen a la misma familia. Monos del mundo, uníos. Nosotros también aplaudimos, como correspondía a nuestra nueva educación. Hemos evolucionado mucho y ya sabemos casi siempre por nosotros mismos cuándo debemos aplaudir. Después de ensalzar las virtudes del objeto premiado, que en su practicidad, plasticidad, colorido y funcionalidad reunía todas aquellas características que el sistema propiciaba, el señor Presidente invitó a la ganadora a adelantarse a recibir su premio. Ella lo hizo con extrema elegancia. En ese momento tenía una cara y un andar angelicales. Su mirada se había suavizado en extremo y hasta un brillo apenas húmedo de sus ojos revelaba la emoción que debía experimentar. El señor Presidente del Círculo de Artes la hizo subir hasta su propio estrado, un poco más alto que nuestra tarima, como correspondía a un mono jerárquicamente mayor,

la felicitó calurosamente (esto quiere decir que él estaba transpirando por el inmenso honor de presidir el acto) y le hizo solemne entrega de su premio. En medio del silencio tan grande como toda la sala más el jardín de álamos tristes y el recuerdo de nuestros antepasados, depositó en sus manos una preciosa medalla de oro provista de cintas con los colores patrios. Luego, ceremoniosamente, como si depositara en ella el peso de los antiguos iconos conservados en la ciudad gracias a la valentía y al arrojo de los soldados y que se habían protegido a sangre y fuego de los bárbaros invasores, de los enemigos de adentro y de afuera, de la artera y maligna conspiración asoladora, le entregó el máximo trofeo, el símbolo de la propagación y conservación de la especie, del triunfo del bien sobre el mal, del orden frente al caos, de las instituciones sobre la anarquía, ella, la reivindicadora, la depositaria del futuro, en cuyo regazo se alimentarían y buscarían calor y protección las generaciones venideras, ella, la iluminada, la vestal a quien se confiaba el porvenir de la ciudad, las llaves del reino: recibió un busto del máximo general de la nación, el héroe de 1965, que había aplastado la sublevación, salvando a la patria, a los niños, a los jóvenes, a los adultos y a los ancianos, a las abuelas y a los abuelos, también a los nietecitos, y que, para demostrar aún más su espíritu de sacrificio, su amor a la patria – renunciando a su vida privada, al bien ganado descanso– desde entonces nos gobernaba, para orgullo y honor de la nación, en el concierto mundial o con el consenso universal, no recuerdo bien.

Laura recibió emocionada el busto del general, de tono verdoso, como he visto que son todos los bustos de los generales, vivos o muertos, y lo acercó amorosamente a su pecho, como correspondía a una digna ciudadana, a una futura madre de la patria. De inmediato, y para finalizar la ceremonia, el Presidente invitó a la ganadora a poner en funcionamiento el aparato que ella misma había construido, a los efectos de que todo el público presente y los distinguidos invitados pudieran apreciar sus cualidades. Laura, apretando contra su pecho el busto del primer general de la nación, se acercó a su móvil y con gran serenidad apretó una de las mariposas ocultas bajo el vidrio irisado. De inmediato, un diluvio universal en forma de cascada estalló en la sala. Los surtidores, enloquecidos, comenzaron a girar, a mover sus aspas en todas direcciones, despavoridos, como padres a quienes el soldado les ha dado un golpe de sable en la cabeza y huyen espantados, desangrándose por el camino, la cabeza ya sin guía, ya sin sostén moviéndose para todos lados, la sangre manándole como ríos desbordados; los surtidores daban vueltas, desparramaban una potente lluvia que bañaba, que inundaba todo el local, escupiendo por sus trompas enfurecidas enormes chorros de agua que empujaban a la gente hacia las puertas, las arrojaba contra las paredes, como durante las manifestaciones del año 1965 los chorros de agua lanzados por los camiones militares derrumbaban a la gente por el suelo, los hacían

girar sobre sí mismos, reptar por las veredas, enceguecidos por el líquido, empujados por el agua; los surtidores manaban violentamente, disparando ráfagas líquidas sobre la concurrencia, golpeando los muebles, las paredes, recorriendo la sala una y otra vez, rompiendo los objetos, barriendo el suelo, subiendo por el muro y rebotando contra el techo. El público, enloquecido, enceguecido por el golpe sobre el rostro, en el cuerpo, presa del pánico, giraba en medio del torbellino acuático intentando en vano encontrar las salidas, pero éstas quedaban bloqueadas por el furor de la lluvia, al llegar a las puertas y ventanas, indefectiblemente, una fuerte ráfaga, como un viento, los detenía, haciéndolos rebotar contra las paredes, chocar entre sí, girar, volver, caer. Entonces yo, que había saltado a través de la ventana en el preciso momento de comenzar la fiesta, desde afuera, desde el jardín de álamos tristes y ninfas en las fuentes y el recuerdo de nuestros antepasados saltando de árbol en árbol, de fuente a camino, de camino a rama, de rama a niño que ya casi no recuerda, desde el jardín oscuro y callado y triste, lancé una tea ardiente hacia el interior del local, tal como Laura me lo había indicado. Entre los álamos, ella, tranquila, serena, indiferente al paisaje, me aguardaba. Ajena también al espectáculo de la gasolina, con la que había regado el salón, emanada de los surtidores como si fuera agua, y que se había convertido en un feroz incendio.

Cuando comprobé que todo ardía, me dirigí hacia el sendero convenido. Las llamas iluminaban al fondo, la tristeza oscura de los álamos.

—Rolando —me dijo Laura mientras iniciábamos la marcha—. Quítame esta mancha de la rodilla: un ángel ha vuelto a salpicarme.

Los Desarraigados

A menudo se ven, caminando por las calles de las grandes ciudades, a hombres y mujeres que flotan en el aire, en un tiempo y espacio suspendidos. Carecen de raíces en los pies, y a veces, hasta carecen de pies. No les brotan raíces de los cabellos, ni suaves lianas atan su tronco a alguna clase de suelo. Son como algas impulsadas por las corrientes marinas y cuando se fijan a alguna superficie, es por casualidad y dura sólo un momento. Enseguida vuelven a flotar y hay cierta nostalgia en ello.

La ausencia de raíces les confiere un aire particular, impreciso, por eso resultan incómodos en todas partes y no se los invita a las fiestas, ni a las casas, porque resultan sospechosos. Es cierto que en la apariencia realizan los mismos actos que el resto de los seres humanos: comen, duermen, caminan y hasta mueren, pero quizás el observador atento podría descubrir que en su manera de comer, de

dormir, caminar y morir hay una leve y casi imperceptible diferencia. Comen hamburguesas Mac Donald o emparedados de pollo Pokins, ya sea en Berlín, Barcelona o Montevideo. Y lo que es mucho peor todavía: encargan un menú estrafalario, compuesto por gazpacho, puchero y crema inglesa. Duermen por la noche, como todo el mundo, pero cuando despiertan en la oscuridad de una miserable habitación de hotel tienen un momento de incertidumbre: no entiendan dónde están, ni qué día es, ni el nombre de la ciudad en que viven.

Carecer de raíces otorga a sus miradas un rasgo característico: una tonalidad celeste y acuosa, huidiza, la de alguien que en lugar de sustentarse firmemente en raíces adheridas al pasado y al territorio, flota en un espacio vago e impreciso.

Aunque algunos al nacer poseían unos filamentos nudosos que sin duda con el tiempo se convertirían en sólidas raíces, por alguna razón u otra las perdieron, les fueron sustraídas o amputadas, y este desgraciado hecho los convierte en una especie de apestados. Pero en lugar de suscitar la conmiseración ajena, suelen despertar animadversión: se sospecha que son culpables de alguna oscura falta, el despojo (si lo hubo, porque podría tratarse de una carencia de nacimiento) los vuelve culpables.

Una vez que se han perdido, las raíces son irrecuperables. En vano el desarraigado permanece varias horas parado en la esquina, junto a un árbol, contemplando de soslayo esos largos apéndices que unen la planta con la tierra: las raíces no son contagiosas ni se adhieren a un cuerpo extraño. Otros piensan que permaneciendo mucho tiempo en la misma ciudad o país es posible que alguna vez le sean concedidas unas raíces postizas, unas raíces de plástico, por ejemplo, pero ninguna ciudad es tan generosa.

Sin embargo, hay desarraigados optimistas. Son los que procuran ver el lado bueno de las cosas y afirman que carecer de raíces proporciona gran libertad de movimientos, evita las dependencias incómodas y favorece los desplazamientos. En medio de su discurso, sopla un viento fuerte y desaparecen, tragados por el aire.

La Grieta

El hombre vaciló al subir la escalera que conducía de un andén a otro, y al producirse esta pequeña indecisión de su parte (no sabía si seguir o quedarse, si avanzar o retroceder, en realidad tuvo la duda de si se encontraba bajando o subiendo) graves trastornos ocurrieron alrededor. La compacta muchedumbre que le seguía rompió el denso entramado —sin embargo, casual— de tiempo y espacio, desperdigándose, como una estrella que al explotar provoca diáspora de luces y algún eclipse. Hombres perplejos resbalaron, mujeres

gritaron, niños fueron aplastados, un anciano perdió su peluca, una dama su dentadura postiza, se desparramaron los abalorios de un vendedor ambulante, alguien aprovechó la ocasión para robar revistas del quiosco, hubo un intento de violación, saltó un reloj de una mano al aire y varias mujeres intercambiaron sin querer sus bolsos.

El hombre fue detenido, posteriormente, y acusado de perturbar el orden público. Él mismo había sufrido las consecuencias de su imprudencia, ya que, en el tumulto, se le quebró un diente. Se pudo determinar que, en el momento del incidente, el hombre que vaciló en la escalera que conducía de un andén a otro (a veinticinco metros de profundidad y con luz artificial de día y de noche) era el hombre que estaba en el tercer lugar de la fila número quince, siempre y cuando se hubieran establecido lugares y filas para el ascenso y descenso de la escalera.

El interrogatorio se desarrolló una tarde fría y húmeda del mes de noviembre. El hombre solicitó que se le aclarara en que equinoccio se encontraba, ya que a raíz de la vacilación que había provocado el accidente, sus ideas acerca del mundo estaban en un período de incertidumbre.

– Estamos, por supuesto, en invierno— afirmó con notable desprecio el funcionario encargado de interrogarle.

– No quise ofenderlo— contestó el hombre, con humildad—. No sabe hasta qué punto le agradezco su gentil información— agregó.

– Con independencia del invierno— contemporizó el funcionario—, ¿quiere explicarme usted qué fue lo que provocó este desagradable accidente?

El hombre miró hacia un lado y otro de las verdes paredes. Al entrar al edificio, le había parecido que eran grises, pero como tantas otras cosas, se trataba de una falsa apariencia, salvo que efectivamente, en cualquier momento, volvieran a ser grises. ¿Quién podría adivinar lo que el instante futuro nos depararía?

– Verá usted— se aclaró la garganta. No vio un vaso con agua por ningún lado, y le pareció imprudente pedirlo. Quizás fuera conveniente no solicitar nada. Ni siquiera comprensión. Paredes desnudas, sin ventanas. Habitaciones rectangulares, pero estrechas.

El funcionario parecía levemente irritado. Parecía. Nunca había conocido a un funcionario que no lo pareciera. Como una deformación profesional, o un mal hábito de la convivencia.

– De pronto— dijo el hombre—, no supe si continuar o si quedarme. Sé perfectamente que es insólito. Es insólito tener un pensamiento de esa naturaleza al subir o bajar la escalera. O quizás, en cualquier otra actividad.

– ¿En qué escalón se encontraba? —interrogó el funcionario, con frialdad profesional.

– No puedo asegurarlo –contestó el hombre, sinceramente. Quería subsanar el error—. Estoy seguro de que alguien debe saberlo. Hay gente que siempre cuenta los escalones, en uno u otro sentido. Vayan o vengan.

– Usted, ¿iba o venía?

– Fue una vacilación. Una pequeña vacilación, ¿entiende?

De pronto, al deslizar los ojos, otra vez, por la superficie verde de la pared, había descubierto un diminuto agujero, una grieta casi insignificante. No podía decir si estaba antes, la primera o la segunda vez que miró la pared, o si se había formado en ese mismo momento. Porque con seguridad hubo una época en que fue una pared completamente lisa, gris o verde, pero sin ranuras. ¿Y cómo iba a saber él cuando había ocurrido esta pequeña hendidura? De todos modos, era muy incómodo ignorar si se trataba de una grieta antigua o moderna. La miró fijamente, intentando descubrirlo.

– Repito la pregunta –insistió el funcionario, con indolente severidad. Había que proceder como si se tratara de niños, sin perder la paciencia. Eso decían los instructores. Era un sistema antiguo, pero eficaz. Las repeticiones conducen al éxito, por deterioro. Repetir es destruir—. ¿En qué escalón se encontraba usted?

Al hombre le pareció que ahora la grieta era un poco más grande, pero no sabía si se trataba de un efecto óptico o de un crecimiento real. De todos modos— se dijo—, en algún momento crece se trata de estar atentos, o quizás, de no estarlo.

– No puedo asegurarlo – afirmó el hombre—. ¿existen defectos ópticos en esta habitación?

El funcionario no pareció sorprendido. En realidad, los funcionarios casi nunca parecen sorprenderse de algo y en eso consiste parte de su función.

– No –dijo con voz neutra—. Usted, ¿iba o venía?

– Alguien debe saberlo –respondió el hombre, mirando fijamente la pared. Entonces era posible que la grieta hubiera aumentado en ese mismo momento. Estaría creciendo sordamente, en la oscuridad del verde, como una célula maligna, cuya intención difiere de las demás.

– ¿Por qué no usted? –volvió a preguntar el funcionario.

– Ocurrió en un instante –dijo el hombre, en voz alta, sin dirigirse expresamente a él. Trataba de describir el fenómeno con precisión.

Ahora el agujero en la pared parecía inofensivo, pero con seguridad era sólo un simulacro.

– Supongo que bajaba, o subía, lo mismo da. Había escalones por delante, escalones por detrás. No los veía hasta llegar al borde mismo de ellos, debido a la multitud. Éramos muchos. Vaga conciencia de formar parte de una muchedumbre. Repetía los movimientos automáticamente, como todos los días.

– ¿Subía, o bajaba? –repitió el funcionario, con paciencia convencional. Él sintió que se trataba de una deferencia impersonal, un

deber del funcionario. No era una paciencia que le estuviera especialmente dirigida; era un hábito de la profesión y ni siquiera podía decirse que se tratara exactamente de un buen hábito.

– Se trataba de una sola escalera –dijo el hombre– que sube y baja al mismo tiempo. Todo depende de la decisión que se haya tomado previamente. Los peldaños son iguales, de cemento, color gris, a la misma distancia, unos de otros. Sufrí una pequeña vacilación. Allí, en mitad de la escalera, con toda aquella multitud por delante y por detrás, no supe si en realidad subía o bajaba. No sé, señor, si usted puede comprender lo que significa esa pequeñísima duda. Una especie de turbación. Yo subía o bajaba . en eso consistía, en parte, la vacilación –y de pronto no supe qué hacer. Mi pie derecho quedó suspendido un momento en el aire. Comprendí– con terrible lucidez– la importancia de ese gesto. No podía apoyarlo sin saber antes en qué sentido lo dirigía. Era, pues, pertinente, resolver la incertidumbre.

La grieta, en la pared, tenía el tamaño de una moneda pequeña. Pero antes, parecía la cabeza de un alfiler. ¿O era que antes no había apreciado su dimensión verdadera? La dificultad en aprehender la realidad radica en la noción de tiempo, pensó. Si no hay continuidad, equivale a afirmar que no existe ninguna realidad, salvo el momento. El momento. El preciso momento en que no supo si subía o bajaba y no era posible, entonces, apoyar el pie. Por encima de la grieta ahora divisaba una línea ondulada, una delgada línea ascendía –si miraba desde abajo– o descendía –si miraba desde arriba–. La altura en que estuviera colocado el ojo decidía, en este caso, la dirección.

– En el momento inmediatamente anterior a los hechos que usted narra –concedió el funcionario, casi con delicadeza–, ¿recuerda usted si acaso subía o bajaba la escalera?

– Es curioso que el mismo instrumento sirva tanto para subir como para bajar, siendo en el fondo, acciones opuestas –reflexionó el hombre, en voz alta–. Los peldaños están más gastados hacia el centro, allí donde apoyamos el pie, tanto para lo uno como para lo otro. Pensé que si me afirmaba allí iba a aumentar la estría. Un minuto antes de la vacilación –continuó–, la memoria hizo una laguna. La memoria navega, hace agua. No sirvió; quedó atrapada en el subterráneo.

– Según sus antecedentes –interrumpió, enérgico, el funcionario– jamás había padecido amnesia.

– No –afirmó el hombre–. Es un recurso literario. Fue una grieta inesperada.

Ascendiendo, la línea se dirigía hacia el techo. Podía seguirla con esfuerzo, ya que no veía bien a esa distancia. Sólo una abstracción nos permitía saber, cuando nos sumergimos, si la corriente nos desliza hacia el origen o hacia la desembocadura del río, si empieza o termina.

– Un momento antes del accidente –recapituló el funcionario–, usted, ¿subía o bajaba?

– Fue sólo una pequeña vacilación. ¿Hacia arriba? ¿Hacia abajo? En el pie suspendido en el aire, a punto de apoyarlo, y de pronto, no saber. No hay ningún dramatismo en ello, sino una especie de turbación. Apoyarlo, se convertía en un acto decisivo. Lo sostuve en el aire unos minutos. Era una posición incómoda pero menos comprometida.

– ¿Qué clase de vacilación? –preguntó de pronto el funcionario, iracundo. Estaba fastidiado, o había cambiado de táctica. La grieta tenía ramificaciones. Nadie es perfecto. No se sabía si esas ramificaciones conducían a alguna parte.

– Por las dudas, no actué –confesó el hombre—. Me pareció oportuno esperar. Esperar a que el pie pudiera volver a desempeñarse sin turbaciones, a que la pierna no hiciera preguntas inconfesables.

– ¿Qué clase de vacilación? –volvió a preguntar el funcionario, con irritación.

– De la derivativas. Clase G. Configuradas como peligrosas. No es necesario consultar el catálogo, señor –respondió, vencido, el hombre—. Una vacilación con ramificaciones. De las que vienen con familia. A partir de la cual, ya no se trataba de saber si se baja o sube la escalera: eso no importa, carece de cualquier sentido. Entonces, los hombres que vienen detrás –se suba o se baje siempre hay una multitud anterior o posterior– se golpean entre sí, involuntariamente, hay gente que grita, todos preguntan qué pasa, aúllan las sirenas, las paredes vibran y se agrietan, niños lloran, damas pierden los botones y paraguas, los inspectores se reúnen y los funcionarios investigan la irregularidad—. La mancha se estiraba como un pez.

– ¿Puede darme un cigarrillo?.

Esfuerzos Inútiles. Barcelona, Seix Barnal, 1984

El Exiliado

Su acento lo delata: arrastra un poco las eses y pronuncia de igual manera las b y las v. Entonces se produce cierto silencio a su alrededor. No es un gran silencio, pero él percibe alguna curiosidad en las miradas y un pequeño reajuste en los gestos, que se vuelven más enfáticos. (Cambios imperceptibles para un observador común, pero el exilio es una lente de aumento.) A partir de ese instante (y también otros) él se siente en la necesidad de compensar a los demás. Oh, es cierto que él es un extranjero y debe hacerse perdonar. Agradece la buena voluntad ajena, ésa que consiste en no preguntarle jamás de donde viene, ni que hacía antes, si ha solucionado o no los problemas de los papeles, cómo era el lugar donde vivía, si perdió algo en el camino, si se siente solo. Todos están dispuestos a disimular esa

pequeña anomalía, a tomarlo en cuenta, pese a todo, a no hacerle preguntas y especialmente: a no demostrar ninguna clase de curiosidad por su vida. Para corresponder a tanta amabilidad, él se obstina en ignorar su pasado (hace como si no lo tuviera), reprime cualquier malestar y demuestra gran conocimiento de las plazas de la ciudad, los monumentos, el nombre y la ubicación de las calles, los servicios públicos y la escasa flora del lugar. Puede indicar con precisión la ruta de los autobuses y de los metros y la composición de la Alcaldía, pero precisamente, el hecho de conocer todos estos datos (en especial: el nombre de los árboles del ornato público y el emplazamiento de los principales monumentos) crea cierta desconfianza a su alrededor y confirma que en efecto, se trata de un extranjero que vive entre nosotros. Evita muy cuidadosamente el uso de la primera persona del plural, para no sembrar dudas a su paso, porque los individuos suelen ser muy celosos en cuanto a la comunidad a la que pertenecen y él no desea ofender a nadie. Está muy agradecido al sol, que también lo calienta a él y por un ingenioso mecanismo sortea las trampas que se le tienden para intimidarlo: cuando alguien habla de un defecto nacional, él lo convierte de inmediato en una virtud. Por ejemplo, cuando su interlocutor, sin mirarlo especialmente fijo, menciona la mezquindad de los habitantes de la ciudad, él afirma que se trata del sano sentido del ahorro que ha permitido prosperar a las familias; si se habla de la rudeza y falta de urbanidad de los transeúntes, él asegura que es espontaneidad y falta de inhibiciones; si alguien comenta que en esa ciudad hay poca imaginación y sus habitantes son aburridos, él sugiere que en realidad, se trata del sentido común de la raza, poco dad – gracias a Dios – al delirio y a la aventura. Si el interlocutor persiste en enumerar los vicios y defectos del país, él da por terminada la conversación con un enfático << ¡Ustedes no saben lo que tienen! >>, y el ciudadano se interrumpe, mira alrededor, algo confuso, convencido de que el exiliado ama más el lugar que él. Pero de inmediato se recupera: no está dispuesto que nadie hable de su patria superlativamente, si no nació allí. Es entonces cuando el Exiliado comprende que ha cometido una falta irreparable y que por más esfuerzo que haga, siempre será un extranjero.

Monna Lisa

La primera vez que vi a Gioconda, me enamoré de ella. Era un otoño vago y brumoso; a lo lejos se diluían los perfiles de los árboles, de los lagos planos, como sucede en algunos cuadros. Una bruma ligera que enturbiaba los rostros y nos volvía vagamente irreales. Ella vestía de negro, (una tela, sin embargo, transparente) y creo que alguien me contó que había perdido un hijo. Le vi de lejos, como sucede en las

apariciones, y desde ese instante, me volví extremadamente sensible a todo lo que tuviera que ver con ella. Vivía en otra ciudad, según supe; a veces, realizaba cortos paseos, para mitigar su pena. De inmediato – y acaso muy lentamente– supe qué cosas prefería, evoqué sus gustos aún sin conocerlos y procuré rodearme de objetos que la complacerían, con esa rara cualidad del enamorado para advertir los pequeños detalles, como el coleccionista minucioso. Yo me volví un coleccionista, a falta de ella, buscando consuelo en cosas adyacentes. Nada hay superfluo para el amante.

Giocondo, su marido, estaba en conflicto con un pintor, según me enteré; era un comerciante próspero y basto, enriquecido con el tráfico de telas y como toda la gente de su clase procuraba rodearse de objetos valiosos, aunque regateara el precio. Pronto averigüé el nombre de la ciudad donde vivían. Era un nombre sonoro y dulce; me sorprendí, porque debí suponerlo. Una ciudad de agua, puentes y pequeñas ventanas, construido hacía muchos siglos por mercaderes, antepasados de Giocondo, quienes, para competir con los nobles y los obispos, contrataron a pintores y arquitectos para embellecerla, como hace una dama con sus doncellas. Habitaba un antiguo palacio, reconstruido, en cuya fachada Giocondo había mandado realizar incrustaciones de oro. Sin embargo, mi informante me hizo notar que lo más bello de la fachada del palacio era un pequeño paisaje, una acuarela enmarcada en madera, que representaba la campiña y en el medio un lago vaporoso, donde –apenas insinuado– levitaba un esquife. «Eso, seguramente, lo ha mandado hacer Giocondo», pensé, para mis adentros.

Desde que la vi, debo confesar que duermo poco. Mis noches están llenas de excitación: como si hubiera bebido demasiado o ingerido alguna droga enervante, cuando me acuesto mi imaginación despliega una actividad febril y poco ordenada. Elaboro ingeniosos proyectos, cultivo miles de planes, zumban mis ideas como abejas ebrias, la excitación es tan intensa que transpiro y me lanzo a comenzar diversas tareas que interrumpo, solicitado por otra, hasta que de madrugada, extenuado, me duermo. Mis despertares son confusos y poco recuerdo de lo que proyecté en la noche; me siento deprimido hasta que la visión de Gioconda –no soy un dibujante del todo malo y debo confesar que he realizado varios apuntes de su rostro, a partir del recuerdo de la primera vez que la vi– devuelve sentido a mis días y me alegra, como una secreta pertenencia. He descuidado por completo a mi mujer; ¿cómo explicarle lo sucedido, sin traicionar a Gioconda? Pero ya no comparto su lecho, y procuro pasar todo el tiempo afuera, perdido entre los bosques que se dibujan tenuemente en la bruma del otoño. Esos bosques leves y esos lagos que evoqué la primera vez que vi a Gioconda y que desde entonces acompañan todas mis representaciones de ella. Uno se enamora, también, de ciertos lugares

que asocia indefectiblemente al ser amado, y realiza febriles paseos por ellos, en soledad, pero secretamente acompañado.

Procuro obtener noticias acerca de la ciudad en que vive, porque temo que algún peligro imprevisto la aceche. Imagino catástrofes terribles –erupciones de volcanes, maremotos, incendios– o locuras de los hombres: las ciudades, en nuestros días, compiten en agresividad y envidia. Mentalmente, procuro contener las aguas de los ríos que la cruzan, y aprovecho para dar un paseo con ella por los puentes, esos deliciosos, íntimos y húmedos puentes de madera que crujen bajo nuestras plantas. (La primera vez que la vi, encandilado por la belleza de su rostro, no reparé, debo confesar, en sus pies. Ah, cómo nuestra observación tiene lagunas. Sin embargo, no es imposible reconstruirlos a partir de la perfección de las otras líneas. Ya sé que no siempre se cumple, en lo humano, esta armonía. Pero precisamente, en ella, lo asombroso, es el desarrollo sereno y armónico de los rasgos, uno a uno, por lo cual, visto un fragmento, es posible imaginar la totalidad).

No me preocupa, tampoco, el paso del tiempo. Demasiado sé que su belleza lo resistirá, dotada, como está, de un elemento de transparencia, una gracia interior que no depende de la sucesión de los otoños o del tránsito de los meses. Sólo un terrible daño provocado, la intervención de una mano asesina podría crispar esa armonía, y no temo por Giocondo: ocupado como está con sus negocios, indiferente a cualquier valor que no pueda atesorarse en arcas bien custodiadas, mantiene con ella un trato tan superficial como inofensivo. Lo cual me exonera hasta cierto punto de los celos.

Desde hace tiempo, me he convertido en un avaro. Hago toda clase de economías, para ahorrar el dinero que me permita realizar el viaje soñado. He dejado de fumar y de visitar la cantina, no me compro ropa y vigilo severamente la administración de la casa. Realizo yo mismo las pequeñas reparaciones necesarias en el hogar y aprovecho todas las cosas que los hombres no enamorados y disolutos desperdician, seguramente porque ya no sueñan. He estudiado minuciosamente las maneras de llegar a esa ciudad y sé que me falta poco para poder emprender el viaje. Esta ilusión llena de intensidad mis días. No intento, de ninguna manera, comunicarme con Gioconda. Con seguridad ella no reparó en mí, cuando la vi, ni hubiera reparado en hombre alguno: dominada por la pena, sus ojos miraban sin ver, contemplando, acaso, cosas que estaban en el pasado, que se encerraban en los lagos serenos donde yo no ceso de evocarla. Cuando mi mujer me interroga, contesto con frases vagas. No se trata sólo de conservar mi secreto: las cosas más profundas no resisten, casi nunca, su traducción en palabras.

Pero sé, estoy seguro de poder hallarla. Sus rasgos inconfundibles me estarán aguardando, en algún lugar de la ciudad. En cuanto a Giocondo, parece que continúa disputando con un pintor. Seguramente no ha querido pagar un cuadro o pretende desalojarlo de su taller, si

aquél le debe algo. Giocondo tiene la insolencia de los ricos y el pobre pintor debe vivir de su trabajo. Mi informante asegura que el pleito dura ya cerca de tres años, y que el pintor ha jurado vengarse. ¿Qué dirá mi Gioconda, de todo esto? A pesar de la fama de interesadas que tienen las mujeres de esa ciudad, sé que ella permanece ajena a los negocios de su marido. La pérdida de su hijo es todavía reciente y no encuentra consuelo. Giocondo procura entretenerla alquilando músicos que cantan y bailan en su jardín, pero ella parece no oírlos. Lánguida Gioconda, a pesar de su escote. Lamentablemente, no soy músico, de lo contrario, tal vez, tendría acceso a tu palacio. Tañería la flauta como nadie lo ha hecho hasta ahora, evocando los lagos y los bosques por donde sueles pasear, en otoño, lagos como suspendidos adonde a veces levita un esquife. Compondría versos y sonatas hasta que tú, suavemente, sonrieras, casi sin querer, como una pequeña recompensa a mi quehacer. Ah, esa sonrisa Gioconda sería un leve compromiso, la certeza de haber sido oído.

He llegado a la ciudad de los puentes, los lagos circulares y los bosques llenos de bruma que se pierden en el horizonte, entre nubes calmas. He paseado por sus calles angostas y sinuosas, con sus perros lanudos y sus mercados repletos de frutas doradas y telas sedosas. Por doquier se trafica, brillan las naranjas, se agitan los peces recién arrancados al mar, zumban las ofertas de los mercaderes, ávidos compradores auscultan vasijas de oro, las sopesan, adquieren suntuosas joyas delicadamente engarzadas, disputan por una pieza valiosa. Las calles están húmedas y a lo lejos se dibujan bosques vagarosos.

De inmediato, busqué quien pudiera darme informes sobre la familia Giocondo. No fue difícil: todo el mundo los conoce, en esta ciudad, aunque por una misteriosa razón, cuando los interrogaba, querían evitar el tema. He ofrecido dinero, las escasas monedas que me quedan luego del viaje, pero es una ciudad próspera, y mi fortuna muy pequeña. Probé con mercaderes que con cortesía me ofrecieron telas y alfombras de la India; luego, con los gondoleros que trasladan a los viajeros de un lugar a otro de la ciudad, porque debo decir que uno de los placeres más vivos que se pueden disfrutar aquí es el de atravesar ciertas zonas en esas finas y delicadas embarcaciones (que ellos cuidan mucho, como si se tratara de objetos preciosos, y engalanan con muy buen gusto) que se deslizan debajo de los puentes de piedra y de madera, removiendo apenas las aguas. Por fin, un muchacho joven, a quien elegí por su aspecto de pordiosero y su mirada inteligente, se prestó a informarme. Me hizo una terrible revelación: el pintor a quien Giocondo había contratado y con el que disputaba hacía años, decidió vengarse. Ha pintado un fino bigote en los labios de Gioconda, que nadie puede borrar.

El umbral

Aquella mujer no soñaba nunca y eso la hacía intensamente desgraciada. Pensaba que por no soñar ignoraba cosas acerca de sí misma que seguramente los sueños le hubieran proporcionado. Le faltaba la puerta de los sueños que se abre cada noche para poner en duda las certidumbres del día. Y la puerta de los sueños por la cual entramos al pasado de la especie, allí donde alguna vez fuimos dinosaurios entre el follaje o piedra en el torrente. Ella se quedaba en el umbral y la puerta estaba siempre cerrada, negándole el acceso. Le dije que eso mismo constituía un sueño, una pesadilla: estar ante la puerta que no se abre, aunque empujemos el picaporte o hagamos sonar la aldaba. Pero en realidad la puerta de esa pesadilla no tiene ni picaporte ni aldaba: es una superficie entera, marrón, alta y lisa como un muro. Nuestros golpes se estrellan en un cuerpo sin eco.

– No hay puerta sin llave – me dice ella, con la tenaz resistencia de la gente que no sueña.

– En los sueños sí – le digo– En los sueños las puertas no se abren, los ríos están secos, las montañas giran, los teléfonos son de piedra y nunca llegamos a tiempo para la cita. En los sueños nos falta la prenda íntima que cubre nuestra desnudez, los ascensores se interrumpen entre dos pisos, o se estrellan contra el techo y, al entrar al cine, los asientos de la sala están de espaldas a la pantalla. En los sueños, los objetos han perdido su funcionalidad para convertirse en impedimento, o tienen leyes propias que no conocemos.

Ella cree que la mujer que no sueña es la enemiga de la mujer despierta, porque le roba partes de sí misma, le sustrae la emoción palpitante de las revelaciones, cuando creemos descubrir algo que no sabíamos o habíamos olvidado.

– El sueño es una escritura – dice ella, con pesar– una escritura que no sé escribir y que me diferencia de los demás, de los hombres y los animales que sueñan.

Ella es como una viajera que, cansada, se detiene en el umbral y queda fija allí, como una planta.

Yo, para consolarla, le digo que quizás tiene demasiado sueño para cruzar la puerta, a lo mejor estuvo tanto tiempo buscando el sueño, antes de dormirse, que cuando las imágenes llegan a ella no las ve, porque el cansancio le hizo cerrar los ojos que están adentro de los ojos. Cuando dormimos, tenemos dos pares de ojos, los ojos más superficiales, aquellos que están acostumbrados a ver sólo la apariencia de las cosas y a tratar con la luz, y los ojos del sueño: cuando los primeros se cierran, éstos se abren. Ella es la viajera de un largo viaje que cuando llega al umbral se detiene, muerta de cansancio y ya no puede seguir hacia adentro, ni atravesar el río, ni cruzar la frontera, porque ha cerrado los dos pares de ojos.

– Quisiera poder abrirlos – dice, con sencillez.

A veces, ella me pide que yo le cuente mis sueños, y sé que luego, en la soledad de su cuarto, con la luz apagada, escondida, como una niña que está a punto de hacer una travesura, intenta soñar mi sueño. Pero soñar un sueño de otro es más difícil que escribir un cuento ajeno, y sus fracasos la llenan de irritación. Cree que yo tengo un poder que ella no tiene; eso le produce envidia y malhumor. Le gustaría que mi frente fuera como una pantalla de cine y mientras duermo, poder ver reflejada en ella las imágenes de mi sueño. Si sonrío o hago un gesto de contrariedad, durante la noche, me despierta. Y Me pregunta – insatisfecha– qué ha ocurrido de alegre o de triste. Yo no siempre puedo contestarle con certeza; los sueños son de un material tan frágil que muchas veces desaparecen en cuanto despertamos, huyen en las telas de los ojos, en las arañas de los dedos. Ella piensa que el mundo de los sueños es una vida suplementaria que algunos poseemos y su curiosidad se satisface sólo a medias cuando termino de contarle el último. (Contar sueños es uno de los artes más difíciles; acaso sólo Kafka lo logró sin estropear su misterio, banalizar sus símbolos o volverlos racionales.)

Como los niños, que no toleran las modificaciones y se deleitan con la repetición, insiste en que le cuente dos o tres veces el mismo sueño, lleno de personajes que no conozco, de formas raras, de accidentes irreales en el camino, y se fastidia si en la segunda versión hay elementos que no aparecían en la primera.

El que prefiere es mi sueño amniótico, el sueño del agua. Camino bajo una línea recta, sobre mi cabeza, y todo lo que está por debajo de ella es agua transparente, que no moja ni tiene peso, que no se ve ni se palpa, *pero se conoce*. Voy sobre el suelo de arena húmeda, vestido de camisa blanca y pantalón oscuro y los peces pasan a mi alrededor. Como y bebo bajo el agua, pero nunca nado ni floto, porque el agua es igual que el aire y respiro en ella con total naturalidad. La línea, encima de mi cabeza, es el límite que jamás atravieso ni me interesa trasponer.

– Probablemente es un sueño antiguo – le digo– Un sueño del pasado, de nuestros orígenes, cuando estábamos indecisos entre ser peces u hombres.

A ella, en cambio, le gustaría soñar con volar, con deslizarse de árbol en árbol, por encima de los tejados.

Mientras duerme, a veces yo ejerzo una pequeña presión sobre su frente, con la yema de mis dedos, para inducirle el sueño. No se despierta, pero tampoco sueña. Le cuento el último sueño que tuve: un prisionero en una breve celda de castigo, aislado de la luz, del tiempo, del espacio, de las voces humanas, en una infinitud de silencio y oscuridad. Hay un guardián, al lado de la puerta, y el hombre consigue inyectar – a través de las paredes del túnel, como la membrana del

útero— sus sueños al guardián, que no logra descansar, acosado por las pesadillas del prisionero. El guardián le promete liberarlo, si el hombre consigue ahuyentar al león que lo acosa, cada vez que se duerme.

— Tú eres el prisionero — dice ella, vengativa.

Los sueños son como cajas, y en ellos hay otros sueños. A veces conseguimos despertar en el segundo, pero no en el primero, y eso nos inquieta. En el segundo, trato de llamarla, pero ella no responde, no me oye, entonces despierto y vuelvo a llamarla, extendiendo mis brazos hacia ella, sin saber que estoy en el primero de los sueños y que esta vez tampoco responderá.

Le propuse que, antes de dormirnos, hiciéramos la experiencia de inventar una historia complementaria, los dos juntos. Seguramente algunos restos, desechos, residuos de esa historia elaborada por los dos pasarían imperceptiblemente al interior de nuestros ojos (a los que se abren cuando los superficiales se cierran) y así, ella conseguiría por fin soñar.

— Nos conduciremos mutuamente hasta el umbral — le dije— y una vez allí, dándonos un beso en la frente, nos separaremos, y cada uno atravesará la puerta — su puerta— y nos reencontraremos a la otra mañana, luego de un camino diferente. Me hablarás de los árboles que viste, y yo de la nave que me conduce a la ciudad adonde no quiero regresar.

Esa noche nos acostamos a la hora de costumbre, y yo fui el encargado de empezar la historia que nos conduciría imperceptiblemente — pero en común— hasta el venturoso umbral.

— Hay un hombre en una habitación desnuda— comencé.

— La cortina es muy suave — dijo ella—, de terciopelo rojo, pero está anudada en un extremo. — El hombre está echado en la cama — continué yo— aunque todavía conserva la camisa blanca y el pantalón oscuro.

— Creo que ese hombre tiene miedo de algo siguió ella— por eso conserva las ropas.

— A su lado hay una mujer — dije— de cabellos cortos y rubios. Los ojos son azules.

— No — corrigió ella— son verdes, con reflejos azules.

— Sí — acepté— Es hermosa, pero tiene la piel fría de aquellos que no sueñan.

— La mujer tiene un vestido rosa. ¿No te parece algo anacrónico un vestido de ese color, en medio de la cama?

— No, querida — dije yo— te queda muy bien. — Él está a punto de dormirse — observó ella. — Sí — confesé yo— Tengo mucho sueño. Camino lentamente hacia una puerta, que se dibuja más adelante.

— Caminas despacio, con las mangas de la camisa subidas y los ojos entrecerrados.

— Es que tengo mucho sueño.

– Ella te sigue, pero cada vez queda más atrás. Sus pasos son más cortos que los tuyos, y además, tiene miedo de perderse. ¿Por qué él no vuelve los ojos hacia atrás, para ayudarla?

– Está muy cansado y el sendero lo guía, lo empuja, como un imán.

– Es el imán de los sueños – dice ella.

– La mujer ha quedado muy atrás. Ya no se ve. Yo, en cambio, estoy en el umbral.

– Ha vuelto a perderse. El corredor es oscuro y las paredes estrechas. Ella tiene miedo. Le aterra la soledad.

– He visto otras veces ese umbral.

– En cambio, yo no lo veo.

– Si regresas, si das marcha atrás, no lo hallarás nunca.

– Tengo miedo.

– ¡Ah! ¡Qué umbral tan venturoso. Una luz se adivina al trasponerlo.

– No me dejes sola.

– No hay mucho lugar.

– No me abandones.

– Debo seguir. Estoy al fin del camino, mis ojos se cierran, ya no puedo hablar...

– Entonces – continúa – ella se precipita hacia adelante, hacia el aura vaga y oscura que dejaron los pasos de él, por el corredor sombrío, y antes de que trasponga el umbral, le hunde un puñal en la espalda.

Vacilo, en el umbral, caigo como herido lentamente en el sueño, es curioso, resbalo, me hundo, tengo ya un pie más allá del umbral, pero el otro se ha quedado atrás, no avanza, seguramente estoy en el segundo sueño, aunque el dolor en la espalda es quizás del primero, me gustaría llamarla pero sé por experiencia que no responderá, se habrá ido, mientras yo intento vanamente despertar y resbalo en un charco de sangre.

Desastres Intimos

La botella de lejía no se abrió. Patricia se sintió frustrada y, luego, irritada. Nuevo tapón, más seguro, decía la etiqueta del envase. El sábado había hecho las compras, como todos los sábados, en un gran supermercado, lleno de latas de cerveza, conservas, fideos y polvos de lavar. La marca de lejía era la misma y, al cogerla del estante, no advirtió el nuevo sistema de tapón. Ahora, mayor comodidad, decía la etiqueta, y la leyenda le pareció un sarcasmo. Eran las siete menos cuarto de la mañana; tenía que darle el biberón a su hijo, vestirlo, colocar sus juguetes y pañales en el bolso, encender el auto y apresurarse para llegar a la guardería, antes de que las calles estuvieran atascadas y se le hiciera tarde para el trabajo. Arterias,

llamaban a las calles; con el uso, unas y otras se atascaban: el colapso era seguro.

Después de dejar a Andrés en la guardería le quedaban quince minutos para atravesar la avenida, conducir hasta el aparcamiento de la oficina y subir en el ascensor, planta veintidós, Importación y Exportación, Gálvez y Mautone, S.A. Debía intentar abrir el tapón. Tenía que serenarse y estudiar las instrucciones de la etiqueta. En efecto: en el vientre de la botella había un dibujo, y, debajo, unas letras pequeñas. El dibujo representaba el tapón (Nuevo diseño, mayor comodidad) y unos delgados dedos de mujer, con las uñas muy largas. El texto decía: PARA ABRIR EL TAPÓN APRIETE EN LAS ZONAS RAYADAS. Miró el reloj en su muñeca. Faltaba poco para las siete. Nerviosamente, pensó que no tenía tiempo para buscar las zonas rayadas del tapón, como ninguno de sus amantes había tenido tiempo para buscar sus zonas erógenas. La vida se había vuelto muy urgente: el tiempo escaseaba. Aun así, alcanzó a descubrir unas muescas, que era lo máximo que sus amantes habían descubierto en ella. Según las instrucciones de la botella, ahora debía presionar con los dedos para desenroscar el tapón. Alguno de sus estúpidos ex-amantes también había creído que todo era cuestión de presionar. Efectuó el movimiento indicado por el dibujo, pero la rosca no se movió. AHORA, LEVANTE LA TAPA SUPERIOR, decía el texto. ¿Cuándo era «ahora»? Uno de sus amantes había pretendido, también, que ella dijera «ahora», un poco antes del momento culminante. Le pareció completamente ridículo. Como a un niño que se le enseña a cruzar la calle, o a un perrito cuando debe orinar. Sin embargo, los asesores de publicidad de la empresa donde ella trabajaba solían decir que había que tratar a los consumidores como si fueran niños: explicarles hasta lo más obvio. ¿Ella era una niña? ¿Que el tapón de la maldita botella no se abriera significaba que algo había fracasado en su sistema de aprendizaje? ¿Los empresarios de la marca de lejía habían diseñado el nuevo tapón para mujeres–niñas que criaban a hijos–niños, que a su vez engendrarían nuevos consumidores–niños hasta el fin de los siglos? Algo había fallado en el diseño. O era ella. Porque la tapa no se había abierto. Y se estaba haciendo demasiado tarde. «Serénate», pensó. Los nervios no conducían a ninguna parte. Desde que Andrés había nacido (hacía dos años), su vida estaba rigurosamente programada. Se levantaba a las seis de la mañana, se duchaba, tomaba el desayuno con cereales y vitamina C, se vestía (el aspecto era muy importante en un trabajo como el suyo) y, luego, llevaba a Andrés a la guardería. De allí, lo más rápidamente posible, hasta su trabajo. En el trabajo, hasta las cinco de la tarde, volvía a ser una mujer independiente y sola, una mujer sin hijo, una empleada eficiente y responsable. A la empresa no le interesaban los problemas domésticos que pudiera tener. Es más: Patricia tenía la impresión de que, para los jefes de la empresa, la vida

doméstica no existía. O creían que sólo la gente que fracasaba tenía vida doméstica.

A la salida de la oficina, iba a buscar a Andrés. Lo encontraba siempre cansado y medio dormido, de modo que conducía de vuelta a su casa, a la misma hora que, en la ciudad, miles y miles de hombres y de mujeres que habían carecido de vida doméstica hasta las seis de la tarde también conducían sus autos de regreso, formando grandes atascos. Después, tenía que dar de comer al niño, bañarlo, acostarlo y ordenar un poco la casa. Le quedaba muy poco tiempo para las relaciones personales. (Bajo este acápite, Patricia englobaba las conversaciones telefónicas con el padre de Andrés, o con la ginecóloga que controlaba sus menstruaciones y hormonas. Alguna vez, también, llamaba por teléfono a un ex-amigo o ex-amante: no siempre se acordaba de si alguna vez fueron lo uno o lo otro, y a las once de la noche, luego de una jornada dura de trabajo, la cosa no revestía mayor importancia.) Los sábados iba a un gran supermercado y hacía las compras para toda la semana. Los domingos llevaba a Andrés al parque o al zoo. Pero el único parque de la ciudad estaba muy contaminado, y en cuanto al zoológico, el Ayuntamiento había puesto en venta o en alquiler a muchos de sus animales, ante la imposibilidad de mantenerlos con el escaso presupuesto del que disponía. Si el tiempo no era bueno, Patricia iba a visitar a alguna amiga que también tuviera hijos pequeños. Patricia había aprendido que las mujeres con hijos y las mujeres sin hijos constituían dos clases perfectamente diferenciadas, incomunicables y separadas entre sí. Hasta los treinta y dos años, ella había pertenecido a la segunda, pero desde que había puesto a Andrés en el mundo (con premeditación, todo sea dicho), pertenecía a la primera clase, subcategoría madres solteras. En este riguroso plan de vida, no cabían los fallos ni la improvisación. No cabía, por ejemplo, un maldito tapón que no pudiera abrirse.

«Serénate», volvió a decirse Patricia. Podía prescindir de la lejía, pero, al hacerlo, se sentía insegura, humillada. Si no podía abrir un simple tapón de lejía, ¿cómo iba a hacer otras cosas? Los fabricantes, antes de lanzar el nuevo envase al mercado, debían haber realizado todas las pruebas pertinentes. Un elemento doméstico de uso tan extendido está dirigido a un público general e indiferenciado, los fabricantes optan por sistemas más fáciles y sencillos, de comprensión elemental, al alcance de cualquiera, aun de las personas más ignorantes. Pero ella, Patricia Suárez, treinta y tres años, Licenciada en Ciencias Empresariales y empleada en Gálvez y Mautone, Importación y Exportación, madre soltera, mujer atractiva, eficiente y autónoma, no era capaz de abrir el tapón. Tuvo deseos de llorar. Por culpa del tapón se estaba retrasando, además, estaba nerviosa, no sabía qué ropa ponerse y seguramente llegaría tarde al trabajo. Y tendría un aspecto horroroso. En su trabajo la apariencia era muy importante. La apariencia: qué concepto más confuso. No había tiempo para conocer nada, ni a nadie.

había que guiarse por las apariencias, todo era cuestión de imagen. Iba a contarle a su psicoanalista el incidente del tapón. Cuando no se tiene un buen amante, es necesario tener un buen psicoanalista: igual que un buen abogado, o un buen dentista. Por cuestiones de higiene, como la limpieza del cutis, del cabello o de la mente. Iba al psicoanalista antes de que naciera Andrés. En realidad, la decisión de tener un hijo la discutió ante sí misma ante el oído ecuánime o indiferente –Patricia no lo sabía– del psicoanalista. «Sea cual sea su decisión –había dicho él–, yo estaré de acuerdo con usted.» Patricia pensó que le hubiera gustado que un hombre –no el psicoanalista– le hubiera dicho lo mismo. Pero no lo había tenido. El padre de Andrés no quería tener hijos, y cuando se enteró del embarazo de Patricia, se consideró engañado, de modo que aceptó –a regañadientes– que su paternidad se limitaría a la inscripción del niño en el Registro Civil. Él no quería hijos y Patricia no quería un marido: a veces, es más fácil saber lo que no se quiere. Mientras intentaba abrir el tapón, Patricia pensó que la relación más estable de su vida era con el psicoanalista. Se le ocurrió que los psicoanalistas varones eran como machos cabríos: les gustaba tener una manada de mujeres dependientes, frustradas, que trabajaban para él y lo consultaban acerca de todas las cosas, como si él fuera el gran macho, el macho Alfa, el patriarca, la autoridad suprema, Dios. Seguramente si le contaba al psicoanalista la resistencia del tapón de lejía, él le iba a pedir que analizara todos los posibles significados de la palabra tapón. Ella diría que, cuando veía un tapón de botella (especialmente si se trataba del corcho de una botella de vino o de champán), pensaba en Antonio, el padre de Andrés, por su aspecto retacón. Enseguida, agregaría que siempre le gustaban los hombres feos, quizás porque con ellos se sentía más segura: por lo menos, era superior en belleza.

La lejía no se abría. Eran las siete y media, aún no había despertado a Andrés y no había decidido qué ropa iba a ponerse. Se le ocurrió que podía salir al rellano y, con la botella de lejía en la mano, golpear la puerta de un vecino, para que la abriera. A esa hora temprana, la mayoría de los hombres del edificio estarían afeitándose para ir al trabajo, y, aunque la vida moderna impide que los vecinos de una planta se conozcan y se hagan pequeños favores, como prestarse un poco de harina, una taza de leche o el descorchador, la visión de una débil y desprotegida mujer, desconcertada ante un envase de imposible tapón, halagaría la vanidad de cualquier macho del mundo. El vecino, en pantalón de pijama y con la cara a medio afeitarse, saldría a la puerta, y con un solo gesto, firme, seco, viril (como el tajo de una espada), desvirgaría la botella, la degollaría. Le devolvería la lejía desvirgada con una sonrisa de suficiencia en los labios, y le diría alguna frase galante como: «Sólo se necesitaba un poco de fuerza» o «Llámeme cada vez que tenga un problema»: una frase ambigua y autocomplaciente, que reforzara su superioridad masculina. Ella lo

aceptaría con humildad, porque era demasiado tarde y porque su madre siempre le había dicho lo difícil que era, para una mujer, vivir sola, sin un hombre al lado. Después de escucharla muchas veces (su madre enviudó muy joven), Patricia tuvo la sensación de que la dificultad (ésta sobre la que su madre insistía repetidamente) era una confusa mezcla de enchufes rotos, puertas encalladas, reparaciones domésticas, miedo nocturno, soledad e impotencia. Sintió que la dificultad tenía que ver oscuramente con el tapón. En ausencia de un hombre que arreglara los enchufes y abriera los tapones rebeldes, Patricia había considerado la posibilidad de tener una empleada doméstica. Pero no ganaba siquiera lo suficiente como para pagar el alquiler del apartamento, la guardería del niño, la gasolina, la ropa adecuada para su trabajo, muy exigente, la peluquería y la sesión semanal con el psicoanalista. El psicoanalista era mucho más caro que una empleada de servicio, aunque en ambos casos se trataba de limpiar. El psicoanalista no sólo era el macho Alfa de la manada: también era un deshollinador. Entonces, mientras lidiaba con el tapón, recordó que al mediodía tenía un almuerzo de negocios con el director de una fábrica de lencería femenina. La lencería femenina se había puesto de moda en los últimos años, y, en lugar de un coito a pelo seco, muchas personas preferían deleitarse con una gama de ligeros, bragas, sujetadores y arneses que excitaban la imaginación. No podía perder más tiempo. Tenía que despertar a Andrés, lavarlo, darle el biberón y vestirlo. Miró con hostilidad la botella de lejía, impoluta, de envase amarillo y tapón azul, que se erguía, incólume, a pesar de todos sus esfuerzos. No, no era que ella no pudiera: seguramente, se trataba de un error de fabricación. El que diseñó el tapón debía de ser un hombre. Un macho engreído, autosuficiente, seguro de sí mismo. Diseñó un tapón fallido, un tapón que las manos de una mujer no podían abrir, porque él, con toda probabilidad, jamás se había fijado en las manos de una mujer, en su fragilidad, en su delicadeza. El artilugio nuevo había sustituido al anterior, y ahora, en este mismo momento, en Barcelona, en New York, en Los Ángeles y en Buenos Aires (la lejía era de una importante multinacional), miles de mujeres luchaban para desenroscar un tapón, mientras Andrés empezaba a llorar, seguramente se había despertado hambriento e inquieto, su reloj biológico tenía requerimientos imperiosos, le indicaba que algo no iba bien, había ocurrido un accidente, un desperfecto, mamá la dadora, mamá el pecho bueno no venía a alimentarlo, no lo mecía, no lo besaba, no lo limpiaba, no lo vestía. Andrés empezaba a llorar como estaba a punto de llorar ella. Se hacía tarde, el niño tenía hambre, ella se retrasaba y el jefe no admitía explicaciones, carecía de vida doméstica, como todos los jefes, por lo cual no tenía lejía, ni tapones: el jefe era un tipo soberbio que no tenía ropa que lavar, ni trajes que limpiar, los calcetines usados los tiraba a la basura, comía en el restaurante y no tenía hijos. A la mañana, Andrés sólo bebía la leche si se la

administraba con el biberón. Debía de ser un resabio de su etapa de lactante. Cuando nos despertamos, pensó Patricia, casi todos somos bebés. Biberón sí, taza no. Cereales con miel sí, con azúcar no. Era así: los niños estaban atravesados por el deseo, algo que los adultos no se podían permitir. ¿El deseo de la botella de lejía era permanecer cerrada? «No seas tonta, Patricia --se dijo--, los objetos no tienen deseos.» Bien, si no era el deseo de la botella, debía de ser el deseo del que inventó el tapón. A ninguna mujer se le ocurriría que para abrir una botella de lejía era necesario emplear la fuerza. En el fondo, el inventor había diseñado el tapón perfecto: mudo y silencioso en su opresión, incapaz de abrirse, de soltar su tesoro, como algunos virgos queratinosos. (No recordaba dónde había leído eso. Seguramente en alguna revista, en el dentista o en la peluquería. Era el único tiempo del que disponía para leer.) El inventor debía de ser un tipo al que no le gustaba que las cosas se salieran de madre; pensaba que las cosas tenía que estar siempre contenidas. Atrapadas. Posiblemente, para él, la botella de lejía era un símbolo fálico. Guardar el semen, no perderlo ni malgastarlo, no derrocharlo inútilmente. Como Antonio, que hacía el amor siempre con preservativos, para evitar la paternidad. Ella hubiera jurado que, sin embargo, Antonio miraba con cierta nostalgia el líquido seminal que expulsaba en el inodoro: quizá lamentaba el desperdicio. El semen siempre olía un poco a lejía. Y Andrés estaba llorando. Patricia iba a tomar una decisión: abandonaría el frasco de lejía con su tapón hermético, indestructible. Lo dejaría sobre la mesa, luciendo su virginidad impenetrable y olvidaría el incidente. La última vez que había llorado por algo semejante fue cuando las tuberías se atascaron. Nadie le había enseñado nunca el funcionamiento de las tuberías: ni en la escuela, ni en la Universidad de Ciencias Empresariales. Y las tuberías del edificio donde vivía se atascaron en su ausencia, a traición, cuando estaba en la oficina. Ella había regresado ingenuamente a su hogar, como todos los días, sin saber que, al abrir el grifo, las tuberías iban a estallar. Sin previo aviso. De pronto, de las entrañas del edificio empezaron a salir líquidos extraños, malolientes, turbulentos y de colores sórdidos. Ella no entendía qué estaba pasando. Había alquilado el apartamento recientemente, y por un precio que de ninguna manera se podía considerar una ganga. Y ahora, de pronto, parecía que el apartamento se desgonzaba, que se licuaba en sustancias repugnantes, como ese cuadro, Europa después de la lluvia, que había visto en una exposición. Quiso pedir ayuda por teléfono, pero la voz automática de un contestador le respondió que, por un desperfecto de las líneas de la zona, las comunicaciones telefónicas están interrumpidas. Y el agua avanzaba por los suelos. Se echó a llorar, sin saber qué hacer. Entonces, aunque nadie lo esperaba, apareció Antonio, el padre de su hijo. Aparecía y desaparecía sin aviso, era una forma de dominación, pero ella no se lo había reprochado nunca. «Todo no se puede decir», observó el psicoanalista, en una ocasión, pero Patricia pensaba que,

con Antonio, nada se podía decir. Era muy susceptible. Antonio entró con su llave (que nunca le había querido devolver: insistía en que debía poseer la llave de la casa donde vivía su hijo) y la vio llorando, en medio de la sala, mientras el agua oscura, pegajosa, corría por el suelo y amenazaba con mojarle los zapatos. Era un hombre pulcro, muy obsesivo con la ropa, y no pudo evitar un gesto de disgusto. Este gesto endureció el llanto de Patricia. En realidad, no tenía que importarle lo más mínimo que Antonio se ensuciara los zapatos y el bajo de los pantalones, pero se sintió inexplicablemente culpable e insegura, tuvo lástima de sí misma y continuó llorando. Él no dijo nada (echó una mirada atenta y abarcadora que comprendió toda la situación: las tuberías repletas, el suelo inundado, el llanto de Patricia, su culpabilidad e impotencia) y, luego de estudiar el panorama, se dirigió rápidamente a la cocina, a un panel oculto entre el zócalo y la pared, dentro de un cajón, y con un par de pases enérgicos, inconfundiblemente masculinos, suspendió el chorro de agua. Patricia dejó de llorar, sorprendida. El empleado que hizo las reparaciones, cuando se mudó a ese piso, le había dicho que por ningún motivo del mundo tocara esas llaves, y ella había acatado la orden tan estrictamente que la olvidó por completo.

Una vez cortado el chorro de agua, Antonio llamó al portero por el intercomunicador del edificio (que ahora funcionaba) y le pagó para que secara el agua que inundaba el apartamento. Así eran los hombres de eficaces. Satisfecho de sí mismo, se sintió generoso y la invitó a tomar un refresco, con el niño, en el bar de la esquina, mientras el portero secaba el agua del suelo. No hablaron de nada, pero él le dio un consejo. Le dijo: «No debes llorar porque una tubería se ha roto.» Entonces Patricia, con mucha tranquilidad, de una manera muy serena, le arrojó el refresco a la cara, con su contenido de líquido y pequeñas burbujas de naranja. El líquido manchó la solapa del traje claro, nuevo, que él acababa de estrenar.

Ahora estaba llorando otra vez, pero no tenía a quién arrojarle la botella de lejía. Gimoteando, comenzó a vestir al niño.

—No creas que estoy llorando sólo porque el tapón de la botella de lejía no quiere abrirse —le explicó, como en un soliloquio—, sino por la sospecha que eso ha introducido en mí. Al principio, es verdad, pensé que se trataba de un fallo personal. Pensé que era yo, que no podía. Pero no se trata de mí, sino del tapón. Han fabricado un nuevo envase con fallos, han puesto las botellas en las estanterías y las hemos comprado con inocencia. Por culpa de eso se me ha hecho tarde, llegaremos con retraso a la guardería y a mi trabajo. No podré decirle al jefe una cosa tan simple como que el tapón de la lejía no se abría. Es un hombre muy eficaz, muy importante: carece de vida doméstica. Sólo le conciernen las cotizaciones de la Bolsa, las guerras de mercados, las especulaciones con divisas y las campañas publicitarias. Podré decir, a lo sumo, que me retrasé por un atasco. Los atascos,

hijo mío, son muy respetables. Son más respetables que un dolor de cabeza, la enfermedad de un pariente o la rotura de una tubería. Y tú --continuó Patricia, dirigiéndose al niño, pero como hablando para sí misma-- no has llorado sólo porque tenías hambre. Has llorado porque el tapón de lejía no se abría, yo estaba nerviosa y dudé de mí misma.

Esa tarde, mientras conducía hasta el consultorio del psicoanalista (todo había salido relativamente bien, a pesar del retraso), pensó que las lágrimas de las mujeres, esparcidas por la ciudad, eran un río blanco, ardiente, un río de lava, un río insospechable que circulaba por las entrañas oscuras, un río sin nombre, que no aparecía en los mapas.

—El tapón de lejía no se abrió —le dijo Patricia al psicoanalista, en cuanto comenzó la sesión— y no estoy dispuesta a perder el tiempo con interpretaciones. Es un hecho: el nuevo sistema de rosca de esa marca no funciona. Llamé a la distribuidora del producto. Había recibido numerosas quejas. El tapón había sido diseñado por un ingeniero industrial ávido de éxito, supongo, fuerte, seguro de sí mismo, pero ha sido un fracaso. Van a retirar los envases de circulación. En cuanto a mí —afirmó Patricia con decisión—, voy a pedir una indemnización.

—¿A la fábrica del producto? —preguntó el psicoanalista, sorprendido.

—Al padre de Andrés, por supuesto —respondió Patricia—. No se hace cargo de ningún gasto. Como si el niño no le concerniera.

Cuando llegó a su casa, Patricia se dirigió directamente a la cocina. Buscó un cuchillo de punta afilada, y, sin titubeos, agujereó el tapón. Lo perforó por el centro con una herida limpia y perfecta. La botella perdió toda su virilidad.

*POESIA

CONTRA LA FILOSOFÍA

Dicen los filósofos
que sólo lo inmediato es verdadero

Si no escribo este poema
nadie sabrá en el futuro
que una noche nos amamos con intensidad en un tren
—de San Sebastián a Barcelona—

Si no escribo este poema
no lo sabrá tu hijo
Si no escribo este poema
no lo sabrá tu marido

Si no escribo este poema
no lo sabrás tú
no lo sabré yo

Sólo lo inmediato es verdadero
Salvo para la poesía

De Otra vez Eros, 1994

AFRODITA

Y está triste
como una silla abandonada
en la mitad del patio azul
Los pájaros la rodean
Cae una aguja
Las hojas resbalan
sin tocarla
Y está triste
en mitad del patio
con la mirada baja
los pechos alicaídos
dos palomas tardas
Y un collar
sin perro
en la mano

Como una silla vacía.

"Diáspora" 1976

BITÁCORA

No conoce el arte de la navegación
quien no ha bogado en el vientre
de una mujer, remado en ella,
naufragado
y sobrevivido en una de sus playas.

"Linguística general" 1979

DEDICATORIA

La literatura nos separó: todo lo que supe de ti
lo aprendí en los libros
y a lo que faltaba,

yo le puse palabras.

"Evohé" 1971

DESPUÉS

Y ahora se inicia
la pequeña vida
del sobreviviente de la catástrofe del amor.

Hola, perros pequeños,
hola, vagabundos,
hola, autobuses y transeúntes.

Soy una niña de pecho
acabo de nacer
del terrible parto del amor.

Ya no amo.

Ahora puedo ejercer en el mundo
inscribirme en él
soy una pieza más del engranaje.

Ya no estoy loca.

"Otra vez eros" 1994

DISTANCIA JUSTA

En el amor, y en el boxeo
todo es cuestión de distancia
Si te acercas demasiado me excito
me asusto
me obnubilo digo tonterías
me echo a temblar
pero si estás lejos
sufro entristezco
me desvelo
y escribo poemas.

"Otra vez eros" 1994

ERÓTICA

Tu placer es lento y duro

viene de lejos
retumba en las entrañas
como las sordas
sacudidas de un volcán
dormido hace siglos bajo la tierra
y sonámbulo todavía

Como las lentas evoluciones de una esfera
en perpetuo e imperceptible movimiento
Ruge al despertar
despide espuma
arranca a los animales de sus cuevas
arrastra un lodo antiguo
y sacude las raíces

Tu placer
lentamente asciende
envuelto en el vaho del magma primigenio
y hay plumas de pájaros rotos en tu pelo
y muge la garganta de un terrón
extraído del fondo
como una piedra.

Tu placer, animal escaso.

ESCORIACIÓN

Herida que queda, luego del amor, al costado del cuerpo.
Tajo profundo, lleno de peces y bocas rojas,
donde la sal duele, y arde el yodo,
que corre todo a lo largo del buque,
que deja pasar la espuma,
que tiene un ojo triste en el centro.
En la actividad de navegar,
como en el ejercicio del amor,
ningún marino, ningún capitán,
ningún armador, ningún amante,
han podido evitar esa suerte de heridas,
escoriaciones profundas, que tienen el largo del cuerpo
y la profundidad del mar,
cuya cicatriz no desaparece nunca,
y llevamos como estigmas de pasadas navegaciones,
de otras travesías. Por el número de escoriaciones
del buque, conocemos la cantidad de sus viajes;
por las escoriaciones de nuestra piel,
cuántas veces hemos amado.

"Descripción de un naufragio" 1975

INVOCACIÓN

Si el lenguaje
este modo austero
de convocarte
en medio de fríos rascacielos
y ciudades europeas
fuera
el modo
de hacer el amor entre sonidos
o el modo
de meterme entre tu pelo

"Díaspóra" 1976

LA PASIÓN

Salimos del amor
como de una catástrofe aérea
Habíamos perdido la ropa
los papeles
a mí me faltaba un diente
ya ti la noción del tiempo
¿Era un año largo como un siglo
o un siglo corto como un día?
Por los muebles
por la casa
despojos rotos:
vasos fotos libros deshojados
Éramos los sobrevivientes
de un derrumbe
de un volcán
de las aguas arrebatadas
y nos despedimos con la vaga sensación
de haber sobrevivido
aunque no sabíamos para qué.

"Babel bárbara" 1991

LAS PALABRAS SON ESPECTROS

Las palabras son espectros
piedras abracadabras

que saltan los sellos
de la memoria antigua

Y los poetas celebran la fiesta
del lenguaje
bajo el peso de la invocación

Los poetas inflaman las hogueras
que iluminan los rostros eternos
de los viejos ídolos

Cuando los sellos saltan
el hombre descubre
la huella de sus antepasados

El futuro es la sombra del pasado
en los rojos rescoldos de un fuego
venido de lejos,
no se sabe de dónde.

"Babel bárbara" 1991

MENSAJES

Cómo amaba los manuscritos de tus manos
en la alfombra
en la mesa de todos los días
en los mansos atardeceres
en el polvo de la ventana
en la monótona arena de la playa
Mansas manos
mensajes monosilábicos

Pero nunca supiste qué palabra escribías.

"Linguística general" 1979

NAVEGACIÓN

En las mansas corrientes de tus manos
y en tus manos que son tormenta
en la nave divagante de tus ojos
que tienen rumbo seguro
en la redondez de tu vientre
como una esfera perpetuamente inacabada
en la morosidad de tus palabras

veloces como fieras fugitivas
en la suavidad de tu piel
ardiendo en ciudades incendiadas
en el lunar único de tu brazo
anclé la nave.
Navegaríamos,
si el tiempo hubiera sido favorable.

"Linguística general" 1979

NO QUISIERA QUE LLOVIERA

No quisiera que lloviera
te lo juro
que lloviera en esta ciudad
sin ti
y escuchar los ruidos del agua
al bajar
y pensar que allí donde estás viviendo
sin mí
llueve sobre la misma ciudad
Quizá tengas el cabello mojado
el teléfono a mano
que no usas
para llamarme
para decirme
esta noche te amo
me inundan los recuerdos de ti
discúlpame,
la literatura me mató
pero te le parecías tanto.

"Díáspora" 1976

ORACIÓN

Líbranos, Señor,
de encontrarnos
años después,
con nuestros grandes amores.

"Inmovilidad de los barcos" 1997

PLENILUNIO

Por cada mujer

que muere en ti
majestuosa
digna
malva
una mujer
nace en plenilunio
para los placeres solitarios
de la imaginación traductora.

"Díaspóra" 1976

REMINISCENCIA

No podía dejar de amarla porque el olvido no existe
y la memoria es modificación, de manera que sin querer
amaba las distintas formas bajo las cuales ella aparecía
en sucesivas transformaciones y tenía nostalgia de todos los lugares
en los cuales jamás habíamos estado, y la deseaba en los parques
donde nunca la deseé y moría de reminiscencias por las cosas
que ya no conoceríamos y eran tan violentas e inolvidables
como las pocas cosas que habíamos conocido.

"Díaspóra" 1976

R.I.P.

Ese amor murió
sucumbió
está muerto
aniquilado fenecido
finiquitado
occiso perecido
obliterado
muerto
sepultado
entonces,
¿porqué late todavía?

"Inmovilidad de los barcos" 1997

TANGO

La ciudad no eras vos
No era tu confusión de lenguas
ni de sexos
No era el cerezo que florecía –blanco–

detrás del muro
como un mensaje de Oriente
No era tu casa
de múltiples amantes
y frágiles cerraduras

La ciudad era esta incertidumbre
la eterna pregunta –quién soy–
dicho de otro modo; quién sos.

"Otra vez eros" 1994

ÚLTIMA ENTREVISTA

La última entrevista fue triste.
Yo esperaba una decisión imposible:
que me siguieras a una ciudad extraña
donde sólo se había perdido un submarino alemán
y tú esperabas que no te lo propusiera.
Con el vértigo de los suicidas
te dije: « Ven conmigo» sabiéndolo imposible
y tú –sabiéndolo imposible– respondiste:
«Nada se me perdió allí» y diste la conversación
por concluida. Me puse de pie
como quien cierra un libro
aunque sabía –lo supe siempre–
que ahora empezaba otro capítulo.
Iba a soñar contigo –en una ciudad extraña–,
donde sólo un viejo submarino alemán
se perdió.
Iba a escribirte cartas que no te enviaría
y tú, ibas a esperar mi regreso
–Penélope infiel– con ambigüedad,
sabiendo que mis cortos regresos
no serían definitivos. No soy Ulises. No conocí
Itaca. Todo lo que he perdido

"Inmovilidad de los barcos" 1997

MANUAL DEL MARINERO

Llevados varios días de navegación
y por no tener nada que hacer
esdtando la mar en calma
los recuerdos vigilantes
por no poder dormir,

por llevarte en la memoria
por no poder olvidar la forma de tus pies
el suave movimiento de ancas a estribor
tus sueños iodados
peces voladores
por no perderte en la casa del mar
me puse a hacer
un manual del marinero,
para que todos supieran cómo amarte, en caso de naufragio,
para que todos supieran cómo navegar
en caso de maniobras
y por si acaso
hacer señales
llamar con la o que es roja y amarilla
llamarte con la i
que tiene un círculo negro como un pozo
llamarte desde el rectángulo azul de la ese
suplicarte con el rombo de la efe
o los triángulos de la zeta,
tan ardientes como el follaje de tu pubis.
Llamarte con la i
hacer señales
alzar la mano izquierda con la bandera de la ele,
subir ambos brazos para dibujar
—en el relente nocturno—
las dulzuras lúgubres de la u.

"Descripción de un naufragio" 1974

ESCORADO

Mirándola dormir
dejé que el barco se inclinara
lentamente hacia un costado
precisamente el costado
sobre el que ella dormía
apoyando apenas la mejilla izquierda
el ojo azul
la pena negra de los sueños
y por verla dormir
me olvidé de maniobrar
pensando en las palabras de un poema
que todavía no se ha escrito
y por ello
era el mejor de todos los poemas
tan sereno

tan sutil como su piel de mujer casi dormida
casi despierta,
tan perfecto como su presencia inaccesible
sobre la cama,
proximidad engañosa de contemplarla
como si realmente pudiera poseerla
allá en una zona transparente
donde no llegan las sílabas orando
ni el clamor de las miradas
que quieren acercarse
en la falsa hipócrita intimidad de los sueños.

"Descripción de un naufragio" 1974

LA BACANTE

Allí, escondida en las habitaciones.
Ah, conozco sus gestos antiguos
la belleza de los muebles
el perfume que flota en su sofá
y su ira
que despedaza algunas porcelanas.
Husmea las flores encarnadas
las estruja nerviosamente
—esa belleza la provoca—
las rasga las lanza lejos
caen los doseles sobre el lecho
se pasea febril por las habitaciones
está desnuda y nada la sacia
abre cajones sin sentido
enciende el fuego en la chimenea
regaña a las criadas
y al fin temible, con el hocico temblando,
se echa desnuda en el sofá,
abre las piernas
se palpa los senos de lengua húmeda
mece las caderas
golpea con las nalgas en el asiento
ruge, en el espasmo.

"Diáspora" 1976

Y EL PSIQUIATRA ME PREGUNTÓ...

Y el psiquiatra me preguntó:
—¿A qué asocia el nombre de Alejandra?—

El dulce nombre de Alejandra
el olor de los pinos y cipreses
casas rojas castillos medioevales
una dama en el umbral
muebles púrpuras
la prodigiosa simetría de los parques
una hoja siempre en blanco
delante del ojo que acaricia
la falta de sonido
las lilas de los muros
un dolor enfermizo por casi todo
el muelle gris
las cosas que sólo existen en jardines
para decir cuyos nombres
es necesario empezar por Alejandra
la antigüedad de algunas piedras
respiración entrecortada
la dificultad
para hacer amigos,
en fin, medianoches fatales
en que todo nos falta
especialmente
un amigo
una amiga
inolvidables.

"Díaspóra" 1976

VIACRUCIS

Cuando entro
y estás poco iluminada
como una iglesia en penumbra
Me das un cirio para que lo encienda
en la nave central
Me pides limosna
Yo recuerdo las tareas de los Santos
Te tiendo la mano
me mojo en la pila bautismal
tú me hablas de alegorías
del Viacrucis
que he iniciado
–las piernas, primera estación–
me apenas con los brazos en cruz
al fin adentro
empieza la peregrinación

nombro tus dolores
el dolor que tuviste al ser parida
el dolor de tus seis años
el dolor de tus diecisiete
el dolor de tu iniciación
muy por lo bajo te murmuro
entre las piernas
la más secreta de las oraciones
Tú me recompensas con una tibia lluvia de tus entrañas
y una vez que he terminado el rezo
cierras las piernas
bajas la cabeza

Cuando entro en la iglesia
en el templo
en la custodia
y tú me bañas

***CRITICA**

Cristina Peri Rossi
por Mercedes Rowinsky

Es imposible leer la lírica de Cristina Peri Rossi y no sentir la inspiración de ser poeta. Aunque sólo sea por un instante, se desea poder lograr esa maestría, se anhela ser capaz de conseguir traspasar los límites inciertos de la temporalidad para entrar al campo de lo eterno. Su amor por la palabra se manifiesta, lógicamente, por medio del uso refinado de la lengua. A la vez, la resonancia en el manejo de la misma, refleja la habilidad de la creadora que, despertando en el lector la curiosidad por el léxico elegido a cada momento de la escritura, contagia la pasión que por la palabra siente ella misma.

El lirismo, en el caso de Peri Rossi, es una mezcla de ardor por la palabra y por la vida. Es una fusión de su compromiso con la lengua y con el ser humano. Es una combinación de sentimientos, quimeras, y sueños líricos a los cuales sólo podemos aspirar, pero –como lectores– siempre quedamos con la sensación que deja la imposibilidad de alcanzarlos y mucho menos de expresarlos.

Por medio de una dinámica lúdica, típica de Peri Rossi, su lírica expresa la ironía, el humor y la ternura que ella manifiesta a lo largo de toda su obra. Su magistral uso de imágenes y su capacidad para conmovernos con su lírica, se unen en esta concantenación creativa que despierta con avidez al lector más desprevenido y lo coloca ante

el despliegue imaginativo de una escritora que absorbe y proyecta las vivencias cotidianas por medio de un lirismo que es a la vez evocativo y provocativo.

Su prolífica trayectoria lírica demuestra, no sólo su incontenible caudal de creación, sino que a la vez, despliega una constante energía y pasión por lo vivido, por lo sentido, por lo añorado, por lo que fue y ya no es, pero más que nada, se basa en el caudal onírico de lo 'im/posible' de esta vida que sólo vivimos una vez.

La lírica de Peri Rossi es un claro desafío a lanzarnos a la vida con el desenfreno creado por quien desea absorber cada instante que se presenta, para así procesarlo a través de la epidermis, con los sentidos alertas para que no se escape ni el más mínimo detalle. Como el cinematógrafo que anhelante mueve en forma panorámica la cámara tratando, casi obsesivamente, de registrar cada expresión, cada parpadeo, cada movimiento, la poeta vive su vida capturando sensaciones, sueños y realidades que se presentan ante ella.

Desde una experiencia amorosa desbordante, hasta la desidentificación que ocurre ante el exilio, Peri Rossi logra verbalizar los más ocultos sentimientos del ser humano y al mismo tiempo, los va despojando de inhibiciones. De esta forma, lo transporta, por medio de la lengua a un medio desestabilizador y conmovedor donde la fragilidad del ser aflora para descubrir su esencia misma. Sin subterfugios ni espejismos, el ser descubre en la lírica perirrosiana, ese desbocar de sensaciones, ese embriagador uso del lenguaje donde las palabras se bifurcan en cada lectura cobrando sentidos múltiples, al revelar nuevos y desconocidos significados. De esta forma la experiencia de la lectura se torna en un devenir de descubrimientos siempre nuevos. La lectura se transforma, entonces, en esa búsqueda casi obsesiva donde el lector se regocija ante los hallazgos que parecieron escapársele en el primer intento. El re-descubrimiento semántico y semiótico del lirismo de Peri Rossi, se desdobra en las lecturas subsecuentes que el lector realice. Es así que el juego propuesto por la escritora encuentra en el ávido lector, a ese cómplice amoroso que se regocija ante el enriquecimiento dadivoso que la poeta ofrece por medio de un uso sabio de la lengua.

La vasta trayectoria lírica de Cristina Peri Rossi es extraordinaria, no sólo por la riqueza de su contenido, sino más que nada por la relación que sigue existiendo entre su obra poética y el resto de su creación en los diversos géneros. Entre las más salientes obras líricas cabe señalar: *Evohé. Poemas eróticos* (1971); libro que creó gran desconcierto cuando fue publicado en Uruguay dado su contenido erótico y homosexual; *Descripción de un naufragio* (1974), *Diáspora* (1976), *Lingüística general* (1979), *Europa después de la lluvia* (1987); colección que resultó de la invitación de la *Deutscher Peremischer Austandient* de Berlín, *Babel Bárbara* (1991); libro al que se le otorga el Premio Ciudad de Barcelona justo al cumplirse los veinte años de la llegada de Peri Rossi a esta ciudad.

Posteriormente, la autora continúa publicando y obteniendo premios por su poesía. Su poemario *Las musas inquietantes* (1999), presenta lo que Pere Gimferrer se refiere como una narración en movimiento. En la misma, Peri Rossi –inspirada por diversas obras pictóricas que a la vez aparecen en forma gráfica al final del libro– presenta una colección de cincuenta poemas que denotan su sensibilidad perceptiva y su conmovedora forma de expresión lírica. Gimferrer contextualiza la experiencia de la lectura de este poemario en forma precisa cuando al final del prólogo de esta edición expresa: “Abrir este libro es entrar en nuestras galerías interiores; la mirada que ahí vemos, de esfinge o de gorgona, es nuestra mirada. Eso distingue a la verdadera literatura.”

El galardón más reciente obtenido por Peri Rossi por su poesía, es el otorgado a *Estado de exilio* (2003) que obtuvo el XVIII Premio Internacional de Poesía Rafael Alberti. En el mismo, Peri Rossi expresa la cruel escisión del exilio y transmite la soledad que produce la búsqueda de referentes familiares al individuo. El proceso generativo de nuevos puntos de referencia, y la añoranza ante las ausencias creadas por el exilio se van descubriendo en los versos de Peri Rossi, dejando en el lector la sensación del desajuste existencial precedero que sufren todos aquéllos que se han visto en este contexto. La poeta presenta, en forma incisiva, tierna y regeneradora la esencia misma de la nostalgia persistente y precedera que se mantendrá a pesar del tiempo.

Cristina Peri Rossi, una de las escritoras de la lengua española más importantes de hoy, continúa ofreciendo al lector un caudal de producción que promete seguir cautivando y desconcertando. A la vez, la escritora brinda ese delicado y apasionante fervor por la palabra el cual incita al lector a la indagación y a la meditación sobre su ‘ser en el mundo’. La capacidad de la creadora para lograr ese ambiente íntimo en el momento de la lectura se logra debido a su innegable compromiso como escritora que presta atención al pulsar de un mundo que constantemente la sorprende, la provoca, la alegra o entristece, de acuerdo al momento histórico en que se encuentre. Sin embargo, y a pesar de haber sufrido el despojo de un exilio involuntario, Peri Rossi no se deja vencer por los desalientos y las traiciones diarias, sino que sobrevive en la palabra. Rescatando por medio de ella y en ella, la esencia misma del ser humano; recupera así la esperanza en el mismo y eleva la escritura a ese nivel de entrega absoluta donde la generosidad de la creadora se ve recompensada en el acto de la lectura, cuando el lector descubre el mensaje explícito –o no– que ella ha dejado como obsequio perdurable.

Mercedes Rowinsky Geurts es profesora asociada en el departamento de literatura de la Universidad Wilfrid Laurier de Canadá.

Vino nuevo en odres nuevos

Mario Bendetti

"Pienso, entonces, que se escribe porque se muere, porque todo transcurre rápidamente y experimentamos el deseo de retenerlo; la literatura es testimonio, precisamente porque todo está condenado a desaparecer, y eso nos conmueve ya veces nos pide a gritos residencia. Escribo, por lo tanto, porque estoy momentáneamente viva, en tránsito, y no quiero olvidar aquella calle, un rostro que vi mientras caminaba, o la alegría que sentí al manifestar por la calle junto a compañeros que no habían leído libros, ni sabían lo que bacía yo, ni me lo preguntaban, pero alcanzaba con saber que en ese momento estábamos uno al lado del otro, hacíamos algo juntos, y ese sentimiento creaba la confraternidad." Si se piensa que esta cita (reportaje a Cristina Peri Rossi, en *Marcha*, 27 de diciembre de 1968) pertenece a una escritora nacida en 1941, hay que admitir que algo está cambiando en las letras nacionales; por lo menos que una parte de los jóvenes que escriben han acelerado su ritmo de maduración vital, y, lo que es más estimulante, que ese cambio se ha producido en su nivel de simples seres humanos antes aun que en su calidad de escritores. A conclusiones como las arriba transcritas, o parecidas, también llegaron en su momento algunos escritores de promociones anteriores, pero por lo general esa certeza sobrevenía sólo después de los cuarenta.

Tal sazón no corresponde por cierto, a todos los jóvenes. También hay jóvenes viejos que respiran aliviados cuando alguno de sus mayores afloja el paso o cae en concesiones. Justamente por su ejercicio en varios géneros (cuento, poesía, ensayo); por su modo tajante, y a la vez austero, de expresar sus convicciones y de entender su militancia; por su franqueza sin cálculo cuando se ve conminada a hacer la nómina de sus preferencias nacionales (dos vivos: Onetti, Idea, y tres muertos: Felisberto, Megget, Falco); por su comprensible incomprensión de ciertos desgarramientos que sufren otros (el hecho de escribir un poema al Che no siempre significa la cómoda instalación que ella detecta); por la dimensión estética en que deliberadamente coloca su ejercicio literario; por haber sido premiada por sus pares (Jorge Onetti, Eduardo Galeano, Jorge Ruffinelli); en fin, por sus cálidas esperanzas no cicatrizadas. Cristina Peri Rossi es particularmente representativa de los jóvenes-jóvenes, y por eso valdría la pena encarar su personalidad

literaria como un ente total que incluya no sólo sus cuentos, sus poemas, sus ensayos, sino también su respuesta vital, comprometida.

Empezaré por un mea culpa. Admito que se trata de un prejuicio bastante necio, pero la verdad es que nunca me han gustado los títulos en gerundio; quizá por eso, cuando apareció el primer libro de Peri Rossi, *Viviendo* (1963), no lo leí de inmediato sino un par de años después. Curiosamente, y quizá por primera y única vez en mi experiencia de lector, encontré que el gerundio titular estaba justificado por el texto. Tal como lo quiere la gramática, expresaba allí el verbo en abstracto: los personajes de los tres relatos ("Viviendo", "El baile", "No sé qué") son seres marginales, que no consiguen afirmarse en ese imprescindible trozo de vida, inevitablemente concreto, capaz de dar sentido y justificación a un azar individual. Tanto Anabella, la prematura solterona de "Viviendo", como Silvia, la peluquera pueblerina ("El baile") que se deslumbra por error, o Sonia, la opaca y lúcida protagonista de "No sé qué", padecen una congénita imposibilidad de actuar, de influir de algún modo en su propio destino. El suyo no es el fracaso del que juega y pierde, sino del que no se atreve a jugar. No es la soledad que vive de recuerdos, sino la que no llegó a fabricarlos. Sin embargo, Anabella, Silvia y Sonia tienen sendas oportunidades de enderezar sus respectivas y monocordes existencias: sencillamente, hacen muy poco por asir la ocasión, cuando ésta las roza. No son víctimas del azar, sino más bien sus victimarias.

El presente está tan condicionado por rutinas, prejuicios y recuerdos ingravidos, que toda relación con él queda inmovilizada en una frustración cualquiera. Es, con todo, un mundo de apariencias, pero curiosamente la apariencia no es aquí una realidad idealizada o ambicionada, sino que constituye un nivel tan mezquino como las pobres vidas que a duras penas cubre. Extrañamente, ese tácito desprestigio de las apariencias infunde un cierto respeto en el lector, quien lentamente llega al convencimiento de que estos personajes hacen de su melancolía una suerte de compromiso. Viven sin amor porque eligen, conscientemente o no, la soledad; hay una parálisis social, una atonía sentimental, un sopor psicológico, en esos seres que contemplan desinteresadamente el alrededor y contagian su letargo al paisaje. Pero eso mismo los arranca, en tanto que personajes literarios, del mero realismo, y les inculca una condición poco menos que fantasmal. No se trata sin embargo de apariciones, de almas en pena, sino de esa índole espectral que tienen ciertos hombres y mujeres, incapaces de imbricarse en su medio: fantasmas sí, pero de carne y hueso. Ya señaló alguna vez José Carlos Álvarez que "hay algo de monocorde en estas tres narraciones; parecería que ellas forman parte de una letanía hecha de una grisura, una lluvia, un silencio, y una melancolía, provocados y buscados. Pero todo surge con tanta autenticidad en *Viviendo* y con una sugerencia tan atractiva, que bien se puede disculpar a la autora una reiteración que tiene algo de

transfigurante". En esa falta de reacción a los estímulos exteriores, en ese torpor aparentemente irremediable, hay seguramente un símbolo, una metáfora estructural que sólo ahora, al aparecer su segundo libro, se clarifica. Casi podríamos decir que los relatos de *Viviendo* son los museos antes de ser abandonados, o sea que se trata de un orden ya carcomido, sin respuesta válida para el hombre de hoy y su dramática conciencia.

En el lapso medio entre los dos libros, hay, entre otros, dos textos de la autora, aislados pero significativos: el relato "Los amores" y el poema "Homenaje a los trabajadores uruguayos del 1 de mayo, aplastados por soldados y policías". El primero lleva a una instancia de demencia la anquilosis temperamental, la resistencia al cambio, que ya aparecía en algunos personajes de *Viviendo*; el segundo, pese a su título de pancarta, es una reacción estremecida y estremecedora frente a aquellos sectores de la sociedad, voluntariamente ciegos y sordos, que sé autoconvencen de una paz que no existe. Este poema otorga verdadero sentido a la simbología latente en los relatos anteriores y posteriores, ya que Peri Rossi es en poesía mucho más directa que en su zona narrativa. Ese poema incluye una ironía desgarrada, una contenida energía que en cierta manera lo aproximan a los certeros poemas políticos de Ernesto Cardenal.

Los museos abandonados obtiene el Premio de los Jóvenes, de la Editorial Arca, en 1968, y es publicado en 1969, dos años que probablemente serán decisivos en la vida del país. La muerte está en las calles, la obcecación en el poder el poder pierde sus máscaras. Evidentemente, es hora de abandonar los museos, con sus estatuas que perdieron vigencia, sus momias acalambradas en gesto hipócrita, y también con sus irreparables deterioros y su olor a podrido. Es hora de abandonar las valetudinarias excusas, los lugares comunes en vías de desintegración, las cobardías en cadena. Es hora de salir al aire libre. No piense el lector, sin embargo, que Peri Rossi dice este mensaje con la exactitud y la puntualidad de un teorema o de un panfleto. De ningún modo, la narradora (que conoce bien su oficio y maneja hábilmente su instrumento) instala su convicción en una alegoría, pero luego ésta funciona de acuerdo a leyes alegóricas y no a pasamanería política. Para decir lo que quiere o lo que intuye, revisa el anaquel mitológico y extrae Ariadnas y Euridices, pero de inmediato ajusta los tornillos a los presupuestos míticos y, al poner al día sus símbolos, les hace rendir significados nuevos. Ahora sí hay presencias definitivamente fantasmales: son las viejas maneras de concebir arte y vida, muerte y justicia. A veces llega a pensarse que el mundo total es un gran museo destinado a quedarse solo, y esta imagen está en cierto modo refrendada por el único relato, "Los extraños objetos voladores", que transcurre fuera de los vacantes repositorios culturales.

Este cuento, que ocupa exactamente la mitad del volumen, me parece el punto más alto de la producción de Peri Rossi. Ciertamente

engolosinamiento metafórico, cierta anfractuosidad poética, que a veces aminoran la eficacia de los tres relatos de museos, están ausentes de este riguroso texto, en que la autora muestra su mejor condición de cuentista nato. Sin hacerle trampas al lector, ni trampearle a sí misma, Peri Rossi construye una atmósfera de creciente terror, pero conviene aclarar que se trata de un espanto normal, de cotidiano desarrollo, algo que no golpea sino que (lo que es mucho más grave) transforma. Aquí el estilo es despojado; la anécdota (pese a la insólita pauta en que transcurre), de una sobriedad sin fisuras; el penitente final produce en el lector el buscado sobresalto metafísico. Todo esto metido en un contorno regulado por la costumbre; norma esta poco menos que obligatoria, ya que a medida que el relato avanza, casi podría decirse que el lector asiste a sucesivas efracciones de la rutina, y hasta se vuelve corresponsable de esa fractura de tradiciones. El cuento es la historia de una amenaza (un objeto marrón se instala en el espacio, y su presencia nihilista trastorna y limita progresivamente la realidad), una suerte de ultimátum absurdo y sin embargo verosímil. Todos los recursos literarios de la autora (que son casi siempre eficaces, originales) están puestos al servicio de una alarma, es cierto; pero una alarma en que nos va la vida.

Después de la enquistada soledad de *Viviendo*, este abandono de los museos, del orden antiguo, de la caduca estructura. ¿Qué vendrá después? Quizá puedan hacerse pronósticos a partir de la frase final del último cuento, "Los refugios": "Cubrí a Ariadna con una de las sábanas que protegían a las estatua, del polvo y del tiempo. Nos quedamos adentro, en silencio, hasta que todo estalló, como una gran fruta madura, como una formidable víscera descompuesta". O sea: después del abandono, la presencia fantasmal de los viejos mitos, de los antiguos moldes; después de esa presencia y de su fracaso, el estallido renovador, la destrucción para construir. Ahí adquiere su sentido la dedicatoria que encabeza el volumen: "A los guerrilleros. A sus héroes innominados. A sus mártires. A sus muertos. Al Hombre Nuevo que nace de ellos. Aunque éste sea, en definitiva, el más torpe homenaje que se les pueda hacer". Sin embargo, no es un torpe homenaje. Este afán de transfigurar en arte, de convertir en alegoría, un angustioso pero decisivo viraje de la historia, de nuestra historia, esta intención de convertir en estremecimiento estético un cataclismo social; este propósito de no hacer panfleto sino remoción; todo ello forma parte de una respuesta revolucionaria al desafío de este siglo, de este año, de este mes, de este minuto (1).

(1) Con posterioridad a la redacción y publicación (en el semanario *Marcha*) de este trabajo. Cristina Peri Rossi obtuvo precisamente el Premio *Marcha* con su novela *El libro de mis primos*.

Mario Benedetti (1969)

El deseo obsesivo
Clima de complejidad psicológica en esta novela que relata un
amor romántico entre dos seres muy controvertidos

JUANA VAZQUEZ

El Mundo, España, 25 de septiembre de 1999

La nueva novela de Cristina Peri Rossi, *El amor es una droga dura*, es la historia de la pasión desmesurada, obsesiva y desequilibrada de un hombre —uno de los más prestigiosos fotógrafos publicitarios del momento—, de tal forma que se convierte en su principio vital.

La novela tiene como soporte central, sin duda, el amor incontrolado e imposible de los románticos, todo lo demás nos habla rabiosamente del aquí y ahora de la gran ciudad y de todo aquello que mueve a muchos de sus habitantes: anfetaminas, éxtasis, cocaína, alcohol en grandes cantidades, fármacos reparadores, psicoterapeutas, medicina naturista, etc.

Este clima urbano finisecular rodea a unos personajes, Nora y Javier, complejos y controvertidos, y perfila unas relaciones confusas donde las pasiones borran las distancias entre la más infantil ternura y la más oscura pasión, entre el sufrimiento y el placer, la vida y la muerte.

Intimamente unido al amor está el tema de la tortura que produce la contemplación de la belleza. El deseo de adueñarse de ella lleva a Javier a la fotografía, quiere aprehenderla en lo que tiene de fugaz. Desde pequeño ha sufrido —lo que después una psicóloga ha definido como el síndrome de Sthendal—, conmociones físicas y psíquicas ante la contemplación de algo que le perturba profundamente por ser bello, y no puede llegar a tocarlo, mirarlo o poseerlo, y así fue con Nora, «el rostro y el cuerpo de la mujer, habían quedado fijados en su retina como un trozo de celuloide... Comenzó a transpirar y contuvo un arrebató de ansiedad que podía convertirse en pánico».

Todo el propósito de cambiar que se había hecho después de haber estado al borde de la muerte (era adicto a la intensidad, llevaba una existencia competitiva a tope, llena de viajes, dominada por el estrés, el tabaco, la droga, el sexo...) se le viene abajo. Abandona su retiro bucólico, la vida en pareja con una compañera de trabajo y se queda, sin voluntad alguna, a merced de los caprichos de esta bellísima, desconcertante y sexualmente ambigua Nora. Ella marca todo su ciclo vital.

No falta en este cóctel de deseo obsesivo, desequilibrio y alucinaciones, la destrucción del yo. Javier en sus fantasías ve a Nora

vestida de negro con un estilete en la mano y le suplica que se lo clave para desangrarse lentamente a su lado, y es que nunca sabrá de verdad quién es ella, qué desea, qué pretende y si de verdad le ama.

La implicación del arte, las obsesiones o manías sexuales, los fetiches, la inestabilidad psíquica de ambos personajes y sus alucinaciones, dan una dimensión diferente a un amor romántico, que no hace ascos a frases tópicas como «te quiero», «te amo», «te adoro»...

El final no es hijo de la tensión narrativa anterior, sin embargo está dentro de ese clima de complejidad psicológica predominante en la novela. En ocasiones, Peri Rossi descompone las palabras en sus diferentes elementos morfológicos o juega con los mismos como con los distintos yoes de Nora (com-placido, pene-trante, ad-mirar, en-ajeno...). Añadir que El amor es una droga dura es una novela que acaba enganando al lector.

TAMBIÉN RELATOS DE AMOR ENTRE MUJERES **Peri Rossi 'cuenta' el amor**

ESTHER L. CALDERÓN

Nunca se sabe si es del verdadero, pero muchas veces, sobre todo al comienzo, afirmaríamos que sí. El amor –o algo que parece serlo– sobreviene de pronto y evoluciona a lo largo del tiempo y del tacto. Cristina Peri Rossi ‘cuenta’ tres fases del idilio en ‘Por fin solos’, que tiene por subtítulo matizador ‘Una historia de amor en quince episodios’.

Estamos ante una original propuesta en fondo y forma. Peri Rossi (Montevideo, 1941) estructura el libro en tres fases o si se quiere, tres tipos de historias de amor distintas: Enamoramiento o “Por fin solos”, duración o “Ni contigo ni sin ti” y decadencia o “Cómo determinar que el amor ha muerto”. Los relatos de cada bloque vienen precedidos de un pequeño ensayo sobre ese amor (consecutivamente) mágico, dependiente o en decadencia.

El amor sin género

“Y es que el amor, como el teatro, tiene actos. El primero casi siempre es el mágico, porque estamos fascinados por el otro” – afirma en el primer ensayito la autora y continúa: “La sabiduría popular dice que nos enamoramos de quien imaginamos y nos separamos cuando lo conocemos. Freud intentó explicarlo: “el amor es la sobrevaloración del objeto en el cual se depositó la libido””.

Sea como fuere, lo que no podemos negar es que la percepción de la realidad, del tiempo y de los otros cuando se está inmerso en este

ciclón, cambia de un modo considerable. Entre los cuentos, el amor heterosexual y lésbico, y así Peri Rossi dice sin decir, que los efectos, fases y sentimientos son exactamente iguales.

Entre la decepción o el “contigo”

Y al evolucionar, en esa segunda etapa, la decepción está a la vuelta de la esquina. “Entre la realidad y el deseo (...) se establece un conflicto” –señala Peri Rossi en el segundo ensayo y continúa “la convivencia que se soñaba llena de alegría, emoción y compañía empieza a hacerse pesada y conflictiva.(...) Acostarse en la misma cama para hacer el amor no es lo mismo que dormir juntos todas las noches.”

La tercera parte tiene en el último relato, titulado ‘Punto final’ una buena metáfora: “Cuando nos conocimos, ella me dijo: Te doy el punto final. Es un punto muy valioso, no lo pierdas. Consérvalo, para usarlo en el momento oportuno. Es lo mejor que puedo darte y lo hago porque me mereces confianza. Espero que no me defraudes.”

La autora

Cristina Peri Rossi ha sido profesora de literatura, traductora y periodista. Sus obras, entre cuentos, novela y poesía, han sido traducidas a nueve idiomas. Ha colaborado además con numerosos diarios, como ‘El País’, ‘Diario 16’ y ‘El Periódico de Catalunya’. Fue Premio Ciudad de Barcelona en 1991 con el libro de poemas ‘Babel bárbara’. En 1972 se exilió a España, se nacionalizó en 1975, sin perder la nacionalidad uruguaya, y vive en Barcelona desde entonces.

En el 2002, Peri Rossi colabora junto a otras destacadas escritoras en ‘Otras Voces’ (Egales), nueve historias muy distintas pero con un nexo común, el amor que se atrevió a decir su nombre. La identidad lésbica, el amor, la sexualidad, la amistad y la maternidad, tienen cabida en este libro, con una destacada riqueza de matices y estilos.
